ALFAGUARA

Liliana Heker

Noticias sobre el iceberg



Narrativa Hispánica

Liliana Heker

Noticias sobre el iceberg

ALFAGUARA

¿Se puede, a lo largo de cuarenta años, amar cada día más?
A Ernesto,
que sigue haciéndome posible este milagro.

¿Por qué desde que he podido tener dos pensamientos seguidos, desde la edad de cuatro años, he deseado cosas gloriosas, grandes, confusas, pero siempre inmensas?

MARÍA BASHKIRTSEFF, *Diario de mi vida*

Sí, he tenido el privilegio de conocer las paredes más nobles, pero la buena fortuna me reservó la mejor para el final, el último amor de mi vejez. En forma, en superficie, en elasticidad, en iluminación y en ese algo indefinible que es, como todos sabemos, la belleza última de una pared, la esencia misma de su ser, la alegría que corona mi vida. Nunca podré olvidar el modo en que se apoderó de mi pincel.

JOYCE CARY, *La boca del caballo*

Lo había encontrado una semana atrás en una compraventa de Carmen de Patagones. Greta venía caminando sin rumbo, todavía conmovida por lo que había experimentado en su loca escapada a los glaciares, y se preguntaba si era lícito esto de andar de acá para allá desparramando entre aprendices ansiosos una pasión que hoy para ella no era más que un humito. Tal vez por el sacudón que le había provocado lo del iceberg, el andardeacaparallá se le estaba presentando tan abarrotado de ideas colosales e intenciones abolladas que casi la aplasta. *Siempre queda el rebusque de matarse*. La frase se le cruzó como venida de un tiempo lejano, de esa etapa temprana de su vida en la que el mero planear un suicidio con todos los chiches la habría aplacado. Ahora ni eso. Hace falta fuego en el cuore para que la muerte propia resulte un programa tentador, pensó. Ella a los veintitrés años, sentada en el suelo, piernas a lo buda, escandalizando a su pequeña audiencia con la argumentación minuciosa de lo que decidió hace unos días (¿son los whiskies de más que tomó o es la labia con la que se viene arreglando para suplantar un par de tetas *comme il faut*?): se va a suicidar a los treinta y ocho, limpia y serenamente. En la cúspide. Esto último no lo dice. Perspicaz a pesar del whisky Greta sabe dónde debe frenar para no volverse vulnerable —ser invulnerable es la ley primera—. En cambio sigue explayándose —cree que en tono desapasionado— acerca del cuasisilogismo que la llevó a esa decisión: o ya conseguiste lo que buscás y entonces, para qué seguir viviendo, o fracasaste a lo bruto y en ese caso, ¿hay salida más ética que el suicidio? Barrunta que con la novela breve que publicó el año pasado ya mostró mérito suficiente como para que los otros le crean un poco. Y también, a juzgar por la mirada turbia que advierte en algunos varones, como para compensar la falta de opulencias. Sin embargo, aunque cierta zonita suya sensible al halago paladea el pequeño éxito, está sabiendo con todo el cuerpo que tiene miedo. ¿Si de verdad no llega? El sueño es demasiado alto y el tiempo que le queda, ay, demasiado corto. Porque no quiere envejecer, de eso sí está segura, no lo soportaría. Matarse a los treinta y ocho, claro que sí, para ni siquiera olfatear los cuarenta, puaj.

Qué despropósito, pensó en la calle, todavía desentendida del lugar de Patagones por donde caminaba: cosa de pendejos la sublimación del suicidio. La frase le dio un poco de risa. Tal vez por eso se deshizo del recuerdo de sus veintitrés años y miró a su alrededor. Entonces lo vio. Un escritorio antiguo y enorme, de roble, lleno de compartimentos diversos y con unas persianitas en la elevación del frente que parecían soñadas, baratísimo para tanta suntuosidad. Era una especie de llamado. O una señal. Justo lo que necesitaba.

—Justo lo que necesito —un minuto después se lo estaba diciendo al viejo de la compraventa —. Lo llevo.

El viejo la miró con expresión divertida.

—¿Puesto? —dijo.

Viejo jodón, si me hubieses conocido hace unos años sabrías que no andás tan errado.

—Me gustaría. Lástima que vivo en Buenos Aires.

El viejo hizo un gesto con la boca: mirala vos a la porteña.

—¿Todas las compras las hace tan sencillito?

Qué te importa, viejo metido.

—Sí —dijo—. Y aunque no lo crea, igual me salen bien.

Mentirosa, dijo la enana jodida que porta en la sesera (que no suele, a modo de conciencias más ortodoxas, reclamarle buena conducta pero en cambio no le deja pasar una); sabés de sobra que desde hace años eso dejó de ser cierto.

No lo creo.

¿Qué cosa? ¿Qué alguna vez sí fue cierto?

Callate.

—Qué —dijo. Se dio cuenta de que el viejo había estado hablando, ¿desde cuándo?

—Nada. Era solo una sensación —el viejo pareció pensar algo—. Pero rara vez me equivoco con la gente.

Sensación de qué. Greta sintió una ola de pavor. ¿Qué vio el tipo este en mí?

—Pero esta vez está totalmente equivocado —dijo por las dudas.

El viejo se rio. Y ella se quedó con la incómoda sospecha de que, ¿por vanidad tal vez?, había perdido la oportunidad de averiguar algo esencial que el hombre había descubierto en ella, algo que tal vez podría cambiarle la vida de una buena vez. ¿Pero vos estás loca?, ¿qué cuernos esperás que te revele el viejo este que, encima, parece medio chiflado? Para quitarle a su interlocutor cualquier rol salvador se dedicó a interrogarlo sobre el asunto del camión. ¿Podía él indicarle cómo conseguir a alguien que le lleve el escritorio hasta Buenos Aires?

Y a mí, pensó de golpe. Porque acababa de darse cuenta de que, con el arranque súbito que había tenido de irse cuatro días a los glaciares —con avión, excursiones, hotel y corderitos varios incluidos—, sumado ahora a esta compra y el acarreo, iba a quedar muy ajustada de fondos; no le vendría mal ahorrarse el viaje de vuelta.

—Marita Volkonski —dijo el viejo.

—Perdón —dijo Greta—, le estaba preguntando quién podría cargar el escritorio hasta mi casa.

El viejo la miró con cierta suficiencia.

—Campeona de Valetodo 2011 —dijo lacónico.

Prefirió no alargar la conversación preguntándole al viejo qué era eso del valetodo. Al día

siguiente emprendieron viaje. Greta, el escritorio y Marita Volkonski.

Travesía luminosa, se le cruzó, y miró el camino. Ya había tenido tiempo de sobra de enterarse de qué era eso del valetodo y de entusiasmarse con la historia de Marita Volkonski al punto de vivir en carne propia el empecinamiento de la adolescente fortachona que quince años atrás, contra viento y marea, se anima a un camino que, según su padrastro, solo está destinado a unos pocos hombres; Greta, sentada en el asiento del acompañante del camión, comparte con Marita la etapa clandestina de estudiar artes marciales, el descubrimiento del valetodo, disciplina en la que por fin podrá desplegar las artes aprendidas y otras nuevas que ya la están reclamando, su felicidad la primera vez que se encuentra en un ring luchando cuerpo a cuerpo con otra chica tan audaz y tan desorejada como ella. Greta bebe tan a fondo el relato de Marita que en algún momento del viaje se sorprende a sí misma medio siglo atrás en el centro de un ring valiéndose de unas artes marciales de las que hoy, más allá de lo hechicero del nombre, sigue ignorándolo casi todo y de un poderío físico del que siempre ha carecido. Pero qué hermoso suena, por Dios: artes marciales, ah, ah, cuán diversos e inesperados son los caminos de la pasión.

¿Y esto que estaba pasando ahora en el camión? Marita Volkonski canturreaba a su izquierda. La miró. Sorprendente la liviandad con que esos brazos poderosos hacían accionar el volante. Como si ejecutaran una danza. Las manos, son las manos las que danzan, pensó; danzan con un impulso que les viene del cuerpo entero. Y de la canción. Qué disparate: cómo podía Greta concebir algo que, según su intempestivo delirio, irradiaba del centro de esta mujer a la que apenas conocía y la incitaba a cantar. “Vamos amarraditos los dos, espumas y terciopelo”. Incongruente. Lo que cantaba Marita Volkonski: incongruente. Todo lo que estaba sucediendo era incongruente, sobre todo esta sensación de un ímpetu olvidado que ahora mismo destellaba desde el centro de su propio cuerpo y la hacía ¿cantar? ¿Estaba cantando realmente? ¿Todo este tiempo había venido cantando a coro con Marita Volkonski? “La gente nos mira con envidia por la calle, murmuran las vecinas, los amigos y el alcalde”. Debía ser efecto del escritorio, que se bamboleaba en la caja del camión. ¿Como una esperanza? Shhh. Mejor no analizarlo demasiado: pasa y listo.

Fue en ese momento que se le cruzó: *travesía luminosa*, y miró el camino para averiguar dónde estaban. Un cartel le indicó La Vitícola. Tengo que acordarme, pensó. Pasábamos por La Vitícola (ya averiguaría dónde quedaba) y entonces, inexplicablemente, se me cruzó: travesía luminosa. Lo pensó como si lo recordara tiempo después: el momento fulgurante en que algo comienza. Tuvo la sensación de que ya le había pasado algo por el estilo unos días antes, mirando lo del iceberg, cuando se escuchó murmurando una palabra que la sorprendió. ¿Milagro? No, milagro no; era otra palabra que en ese momento le resultó inexplicable y que ahora no recordaba. Tendría que indagar cuál era.

Solo que en los seis días que siguieron, luego de haber quedado resueltos la subida a su departamento por dos pisos de escalera, el desalojo de la mesa para asados y la instalación, en su reemplazo, del escritorio de las persianitas —tareas desempeñadas con toda solvencia por Marita Volkonski sin más ayuda por parte de Greta que algunas exclamaciones desesperadas en los momentos de peligro—, dos cuestiones ineludibles hicieron que se olvidara del iceberg y del instante inefable que había pretendido atesorar en La Vitícola. Una fue el escritorio mismo, majestuoso e inhabitado parecía preguntarle: ¿Y para esto me trajiste? La otra cuestión fue su gata Prascovia: desde que Greta había vuelto de su viaje al sur estaba rara; se pasaba todo el día abajo del sofá, contra la pared, deliberadamente inaccesible a sus caricias. Igual que había ocurrido con Ilich. No, Dios mío, ruega día y noche, igual que con Ilich no, ¿acaso esta vez, en lugar de hacer conjeturas imbéciles, no había actuado en seguida? Lo había hecho, claro que sí. Solo que las consultas al veterinario, ecografías y otros menesteres a los que había estado sometiendo a Prascovia, además de procurarle el dictamen doctoral de que a la gata no le pasaba absolutamente nada —cómo *nada*, idiotas: ¿esto de esconderse de mí es nada?—, volvieron más contundentes la reclusión de Prascovia y el terror de Greta.

Hasta que por fin esta mañana, mientras se prepara el mate, ella cree descubrir qué le pasa a la gata: no le gusta el escritorio. Con cierto alivio, deja el mate preparado y se dispone a hacer sus ejercicios matinales.

Antebrazos pegados al suelo, manos en cuenco albergando como en un nido la cabeza, pie izquierdo que se impulsa, pierna derecha que quiere elevarse. ¡Plaf! Caída estruendosa de las piernas. Punto en el que Greta podría haber aceptado de una vez por todas que la vertical y afines no se hicieron para ella, en cuyo caso, desalentada como habría estado por la derrota, es probable que ni se le hubiera ocurrido atender el teléfono. Pero pese a sus setenta y siete años es la que es, decide volver a intentarlo: un buen modo (se dice) de espantar la adversidad.

¿Adversidad, dijiste? (se mete la enana jodida) ¿Desde cuándo te permitís una palabra tan ajena a tu gaya figurita?

(Furia de Greta. Pero no; la maldita enana no va a conseguir moverle el piso). Desde que Prascovia se niega a salir de abajo del sofá. (Simplificación astuta, lo sabe, del descalabro universal, local y sobre todo personal que últimamente hace que ella se despierte llena de espanto en mitad de la noche). ¿Eso merece o no el nombre de adversidad?

Habría que preguntarle a la gata. Capaz que encontró su lugar en el mundo.

¡De ninguna manera! ¡La voy a sacar de ahí aunque me desnuque!

El mandato es tan rotundo que el pie izquierdo se impulsa por las suyas y alienta a elevarse a la pierna derecha, que a su vez arrea las caderas de tal modo que, sin tiempo de pensar en el miedo que tiene, Greta se encuentra (por primera vez en su vida sin ayuda) haciendo la vertical.

Eso no se llama vertical y vos lo sabés muy bien.

Patas para arriba se considera vertical y se acabó. Sueño cumplido.

Si todos los sueños los cumplís así…

Y no sabe por qué rumbo especulativo la habría llevado la ironía de la enana jodida si en ese momento no hubiese sonado el teléfono.

Escucha los timbrazos cabeza abajo; luego la voz en el contestador de un muchacho que dice ser estudiante de periodismo y estar interesado en hacerle una entrevista para. *Mirá vos, ¿y por qué no la vas a entrevistar a tu abuela?* Reacción altiva, pero inmediata bajada de copete: *Porque usted misma, señora, podría ser mi abuela*. ¡Idiota! El idiota terminó su mensaje y las piernas vacilan pero ella se propone aguantar hasta cinco. Unodostrescuatrocinco. ¡Plof! Caída estruendosa de las piernas. Igual se siente vencedora; el logro ha insuflado su autoestima. Se levanta como puede y enfila hacia el sofá para espiar a Prascovia. Minutos después vuelve a sonar el teléfono. *Estudiante ansioso*. Esta vez atiende.

El estudiante se llama Marcos y la entrevista es un trabajo práctico que él debe presentar para

recibirse. *En mis tiempos, querido, nadie necesitaba recibirse de periodista.* Prematuro decírselo, ya se las va a ingeniar para zampárselo alguna vez, si por azar lo encuentra.

—¿Y por qué a mí? —en cambio dice.

Porque usted, señora, podría ser mi abuela.

Tate, tate, folloncicos, ya te quiero ver a vos, a los setenta y siete pirulos, haciendo la vertical. ¿Qué? Tanto monólogo interior la hizo perder la respuesta de Marcos y ahora es tarde para averiguarla. Greta le dice que, como él seguro debe saber, hace más de veinte años que ella no contesta entrevistas. Él le dice que lo sabe pero que justamente por eso, y que la tesis y. Y en ese momento ella recuerda lo que un rato antes, en la cocina, conjeturó sobre el mal que aqueja a Prascovia.

—Esperate —le dice—. ¿Sos fuerte?

—¿Fuerte? ¿En qué sentido?

La respuesta le resulta promisoria.

—Nada espiritual, no te asustes. Solo pensaba si me podrías ayudar a trasladar un escritorio.

—¿En serio me lo dice? —a Greta le parece que suena eufórico—. Esto es como un sueño.

¿Por qué un sueño? ¿Qué le pasa a este chico?

—Pero es pura realidad —dice Greta—. Y bien pesada. Un escritorio antiguo, de roble y lleno de cajoncitos, ¿te parece que podrás?

—Claro que voy a poder.

—Entonces te espero hoy —mira la hora—. A las tres.

Dos minutos después está acostada de panza en el suelo, mirando abajo del sofá. Prascovia sigue contra la pared y la observa con cierta perplejidad. Greta se arrastra hasta donde puede con un brazo extendido pero solo alcanza a rozarle una pata.

—No importa —dice—, te prometo que vas a volver a ser la de antes.

Cuestión de fe que a veces le da buenos resultados pero que —lo sabe muy bien— no funciona con los gatos, que suelen tomar sus decisiones con independencia de voluntades ajenas. Solo que en este caso ella cree haber descubierto qué le pasa a Prascovia: supo de entrada, de la manera en que saben los gatos, que el escritorio, pese a las persianitas, no tiene nada que ver con lo que Greta está buscando. Un mero énfasis, nada más que eso. O sea que, desde que llegó del sur, ella se ha estado mintiendo. Y aun cuando durante tantos años y con tanta destreza ha ejercido la mentira no tiene la facultad de mentirle a Prascovia; a los gatos no les gusta la falsedad. ¿Es razón suficiente para que incumpla el juramento hecho veintidós años atrás? ¡Basta de especulaciones!, la espera un día duro. Ánimo, muchacha, a la ducha, a la ducha, no somos machos pero somos mucha. ¿Mucha qué? ¿Mucha espuma tal vez? No intenta buscar la respuesta y entra en el baño.

Che madán que parlás en francés, escucha. Es su propia voz. Suele pasarle; escucharse de pronto entonando un tema traído desde algún rincón remoto de su vida hasta un presente cantable y cantado. ¿El acarreo de la memoria fue provocado esta vez por alguna asociación encubierta? A veces le sucede; ¿ahora también? No tiene interés en indagarlo, solo quiere disfrutar el momento: es una brecha placentera esta por la que emerge su propia voz, desentendida de proyectos inalcanzados, inquisidores sarcásticos y asociaciones indiscretas, trayendo un canto rescatado del pozo de lo apenas atendido y arrastrado hasta sus cuerdas vocales por el imán de su memoria que, entre otras maravillas y trastos, almacena canciones. No solo llegan, como en este caso, mientras se ducha; suceden en las caminatas que, como recreos, emprende por alguna calle arbolada o —si la ocasión lo permite— por la orilla del mar. (Los recreos, conviene aclararlo, son espacios privilegiados que la liberan de la responsabilidad —del desafío— de haber sido puesta en el mundo: caminar sin motivo es uno de ellos. O tomar sol, percibiendo cómo su cuerpo se nutre de una energía luminosa y doradora que ella puede paladear gota a gota; o nadar, sintiendo en cada partícula de su piel la maravilla del agua; u observar a la torcacita que cada tanto hace nido en la ventana: su ritual paciente de empollar y más adelante preparar a sus pichones para la vida. Experiencias de índole bien distinta a la del intento de hacer la vertical o a la de otras prácticas más accidentadas en las que cada una de sus células lidia por ponerse a tono con la empresa). Las canciones pueden irrumpir mientras se prepara un mate o mira la calle desde la ventana de su estudio o viaja en colectivo (en cuyo caso la canción sucede solo en su cabeza, tan loca no está). Son de orden diverso; abarcan desde marchas revolucionarias hasta rondas infantiles; tangos, boleros, foxtrot, romances ladinos, rock and roll, folklores diversos, himnos patrióticos, pasodobles y rancheras: nada de lo cantable le es ajeno. La irrupción no siempre es involuntaria; le ha sucedido durante la noche cuando, en un estado de vigilia extrema, fatalmente se le cruza algún pensamiento inoportuno que, en general, tiene que ver con el sentido de la existencia o con la muerte.

Lindos temitas para encarar en la cama; ¿acaso no sabés desde siempre que los problemas nunca se solucionan durante la noche?

Shh, estamos de recreo en la ducha; prosigamos.

Es entonces que, cuando la muerte o el fracaso están por acuciarla, voluntariamente busca el comienzo de alguna canción y empieza el trabajo o el desafío —¿siempre el desafío?— de desplegarla hasta en sus mínimos detalles. La tarea tiene sus inconvenientes, claro. Puede ocurrir

que alguna frase, o tal vez una mera palabra, se niegue. En esos casos ella revuelve en vano el hueco y corre el riesgo de descarriarse. La salvan las reglas. Porque el juego nocturno de la memoria tiene sus reglas: ella está obligada a no pensar en ninguna cosa que no sea la canción; no es fácil; a veces el pensamiento se le pierde en alguna dificultad que ha tenido a la tarde, o en el pandemónium de su propia muerte, cuando ella no esté para darle una apariencia de orden a su propia vida. Increíblemente, en ese aspecto no es muy distinta de la niña insomne que fue; la única ventaja de la actualidad es que ella, de algún modo, ha aprendido a domesticar la tendencia errabunda de su pensamiento. ¿Y la desventaja? Que la muerte se ha vuelto menos fantasiosa. Buuu, murmullo de desaprobación de la audiencia: siempre estamos a punto de morirnos. Sí, pero. ¡Silence please!: nada de cálculo de probabilidades ahora. Greta está en la ducha, y la ducha es un lugar privilegiado; la voz resuena de otra manera y el agua que se desliza hace que sienta su cuerpo como atemporal. Mejor que atemporal. Joven. Es un buen síntoma este de cantar, ¿señal de que ha vuelto la alegría? No exageremos pero es cierto que por el momento ha conseguido abolir la instancia de la decrepitud y el miedo de no poder terminar la novela que busca hace décadas; para colmo de bienes, gracias al chico que va a venir a entrevistarla está por solucionar lo de la reclusión de Prascovia: buenos indicios. Vuelca la cabeza hacia atrás y deja que el agua le corra por la cara. *Meta champán que la vida se te acaba, muñeca brava, flor de pecado*. Ah, guacha, la asociación apareció al fin, ¿no podemos hacer que cantar sea solo cantar? *Y cuando estés al final de tu carrera*, canta a toda voz. *Tus primaveras verás languidecer*. Cierra la canilla.

¿Y chau? ¿Fin de capítulo a toda orquesta? Vamos, querida, dejémonos de mentiras que estamos sin testigos. Tus primaveras, según lo entiendo, hace unos cuantos añitos que empezaron a languidecer. En cuanto a lo del final de tu carrera…

Qué. El final de mi carrera qué.

Vos sabrás. Y ahí sí tenés un lindo final. Abierto, de los que te gustan. Andá, preciosa, terminá de secarte y encará el día. Que, si no interpreté mal, viene duro.

Está de mal humor, arrepentida de haberle dicho al tal Marcos que viniera; seguro que al día siguiente el portero de al lado la habría ayudado, y sin pedirle entrevistas a cambio. Se le cruza una frase de Bernard Shaw que le encanta pero que siempre le llega a destiempo: No hay mayor placer que el de no haber ido. Casi una muletilla en los tiempos en que vivía como si ningún acontecimiento pudiese dejarla afuera; ávida, golosamente, decía que sí a cualquier invitación. Solo que, ante la instancia de cumplirla, solía tironearla su costado insociable y se enfurecía por haber aceptado. Era ahí donde entraba Bernard Shaw: No hay mayor placer que el de no haber ido. Pero demasiado tarde, ya no podía volverse atrás así que abatía la rabieta, se transfiguraba ante el espejo y se lanzaba a lo que fuera, ¿acaso la danza de la vida no se había hecho para ella?

Se ve que no cambié tanto, piensa y abre el placard. Las tres menos veinte y ni siquiera empezó a cambiarse. ¿Para qué, si se puede saber? Astutamente elude esta nueva fuente de cavilaciones. Con minuciosidad elige, prueba, descarta.

¿Operación Sonia?

Nada que ver. ¿A qué viene esta irrupción de Sonia?

Nota que sigue malhumorada, lo que no le impide continuar con el pequeño ritual de autoperfeccionamiento, no muy diferente del que una tarde muy lejana hizo que por primera vez se le ocurriera la posibilidad de lo fáustico-femenino. Pero nada de Fausto justamente ahora. Vade retro, borrarlo ya mismo de la sesera: es el temita que debe evitar a todo trapo. Se mira de frente y de perfil a ver si las calzas le quedan bien. Aprueba. ¿Remerón o remera al cuerpo?

Vamos, Greta, qué más da, ¿no tuviste, en los últimos años, diversas oportunidades de sospechar que quizá la idea que tenés de tu gaya figurita puede estar algo distorsionada?

Terminala con la gaya figurita.

Pero el asunto no se le va de la cabeza. No es la primera vez. Suele perturbarla desde el primer día en que una chica le cedió el asiento en el colectivo. ¿Qué vio en mi cara?, se preguntó entonces. Y ahora mismo, ante el espejo, se pregunta si la imagen que tiene de sí misma no será irreal. ¿O es la única real? Esa que emana desde su interior y la hace verse como si. ¡Basta! Faltan tres minutos para que el maldito Marcos.

Momento en que el maldito Marcos —¿quién si no?— hace oír el timbre del portero eléctrico. Greta se pone a los apurones el remerón y baja.

Lo había imaginado parecido a Kierkegaard, asociación sin fundamento con otro —inteligentísimo, ostentosamente gay, muerto por la dictadura— que desde los remotos tiempos del jardín de infantes la había salvado en más de una ocasión. El que está observando a través del vidrio tiene poco que ver con Kierkegaard; rasgos delicados, casi hermosos. Otra sorpresa es que Kierkegaard no vino solo: una chica con un ancho mechón de pelo verde parece estar tratando de convencerlo de algo. Greta abre la puerta.

Albertina, se presenta el mechón verde y da una especie de saltito. Padres culturales, a Proust lo conocen de refilón, establece Greta en un esfuerzo porque la chica no le caiga simpática. Con Marcos el primer vistazo es más pragmático, ¿tendrá fuerza suficiente para mover el escritorio?

—Es este —señala Greta cuando terminan los primeros acercamientos.

—¡Con persianitas! —dice la chica—. ¡Mi sueño dorado!

Greta se encoge de hombros.

—Por mí, si te lo querés llevar —¿rápida mirada de Albertina a Marcos? *Te dije que la mina está más loca que un plumero*—. ¿Te parezco loca? —le suelta a la chica como quien tira un baldazo.

—¿Y por qué no? —dice Albertina—. Vos dijiste una vez que un creador siempre tiene que estar un poco loco.

Tomá pa’ vos, querida Greta. No acusa el impacto.

—Lo dije en otro sentido.

—No entiendo —dice Albertina—. ¿Otro sentido que qué?

—¡Pará, Albertina! —a Greta la sorprende el exabrupto de Marcos; tiene la impresión de que a él también lo sorprendió—. Perdón —le dice a Greta—, ¿qué tenemos que hacer con el escritorio?

—Sacarlo de acá.

—¿Y llevarlo a dónde?

—No me importa —¿otro intercambio de miradas entre Marcos y Albertina?—. Quiero decir que me da lo mismo si lo dejan en el comedor, o en el hall, o donde les parezca más fácil. Después veré qué hago con él. Lo único que necesito es que quede libre el lugar para que ponga la mesa que estaba antes.

—¿Antes de qué? —dice Albertina.

Marcos resopla.

—Qué te importa antes de qué. Vos sabés que necesito hacer esta entrevista así que al molde, nena; y usted me dijo que.

—Pará, sí, tenés razón. Y te juro que la vas a hacer. Pero necesito el lugar para traer mi mesa antigua —le parece advertir una mirada ávida en Albertina—. Y no te hagas ilusiones,

muchacha, no es ninguna antigüedad. Antigua solo en mi historia: una simple mesa para asados.

—¿Cómo para asados? —dice Albertina.

Marcos la va a fulminar en cualquier momento, piensa Greta.

—Esperen —dice—, esto va muy rápido, ¿quieren que tomemos café? Acomódense tranquilos; en seguida traigo.

Un ritual sanador la preparación del café; como el mate cada mañana: pequeños actos pautados que una realiza sin sobresaltos y, por añadidura, para la obtención de algo grato. ¿No se podrá vivir solo para estas pequeñas preciosas obtenciones? Descartar toda aspiración gigante, eso; qué paz entonces. Pensarlo más tarde: ahora solo sacarle el jugo a esta pausa en soledad. Todo está ocurriendo de un modo distinto al esperado. Aunque, pensándolo bien, ¿qué era lo esperado? ¡Qué se vayan!, grita su alma negra. Bancátela, querida, vos los trajiste a tu casa. A ella no, solo a él. Calma, sos una persona mayor. Buaaa, qué feo suena eso. Pero sí, actuar con sensatez y evitar que la entrevista se desvíe por carriles indeseados. No parece una tarea difícil; cada uno a su manera, son simpáticos. Pone en una bandeja las tres tazas, la azucarera y un plato con galletitas de chocolate, vierte en las tazas el café recién preparado y enfila hacia su estudio.

Tienen cara de haber discutido. ¿Y? Qué cuernos le importa a ella.

—Acá está el café, chicos —dice la abuelita de los cuentos. Deja la bandeja en el escritorio.

—Marcos quiere que me vaya.

Fue como un estampido.

—Yo no dije eso —dice Marcos.

Greta está buscando una frase apaciguadora pero Albertina no le da tiempo.

—No dijo eso pero sí dijo que está podrido. Eso, podrido de que yo haga preguntas sin sentido cuando el Gran Entrevistador parece que tiene preparadas… Ufa, no me mires con esa carucha, no es para tanto, si ya sé que el que tiene que hacer la entrevista… Es una preguntita, una sola, después te juro que —se ríe; mira a Greta—. No me cree —dice.

Greta también se ríe.

—La verdad, yo tampoco te creo.

—¿Tan rápido me deschavo? Yo que aspiro a ser —engola la voz— una dama llena de misterio —y le da un mordisco a su galletita.

Marcos aprieta el puño. Yo soy la adulta acá, se obliga a pensar Greta.

—Por Dios, Albertina, ¿siempre sos así?

—Es peor —dice Marcos en voz baja.

—No —dice Albertina—, solo cuando se me mete algo en la cabeza.

Greta siente el sacudón. Pero no, nada de asociaciones melosas.

—En fin, no hagamos una guerra de esto, por favor —dice; y armándose de coraje—: ¿Qué es lo que querías saber, Albertina?

Albertina se hincha, se empluma, irradia. Dice:

—¿Por qué carajo querés cambiar ese escritorio tan hermoso por una mesa para asados?

No van a hurgar en mi comarca, no señor, los recibo en mi casa.

Los recibís por interés, nena.

No importa; me equivoqué. Yo no quería entrevistas, hace veintidós años que me juré que nunca más. Te indagan y te indagan, se meten en tus deseos, en tu impotencia, qué se siente siendo escritora, escribe todos los días, qué fue de esa novela que usted una vez dijo que. ¡Basta! No van a sacarme lo que todavía es solo mío.

¿No estarás exagerando? Ella solo te preguntó por qué querés deshacerte del escritorio. ¿Y? Por qué querés deshacerte del escritorio, vamos a ver. Porque a tu gata no le gusta y entonces se niega a salir de abajo del sillón, ¿o no era por algo tan sencillo como eso?

Claro que sí, a veces la enana jodida sabe hacer las cosas. Es por la gata y listo, ¿a quién diablos podrían interesarle los motivos profundos de una gata? Un baño de calma la inunda.

—Les voy a contar —¿la historia de Caperucita? Marcos y Albertina la miran con cara de expectación—. ¿Les gustan los gatos?

Exclamación a coro y un bálsamo que flota, por virtud del cual el mundo se suaviza, se aquieta. Acunados por la contingencia que los hermana, los visitantes se disponen a escuchar y la anfitriona a contar lo que viene sucediendo con la gata desde que ella volvió del sur y de qué modo esta mañana ella se dio cuenta de qué era lo que la había contrariado.

—¡El escritorio! —dice Albertina.

El escritorio, en efecto; a Prascovia no le gusta el escritorio que trajo (acá, de acuerdo a lo previsto, esmerada omisión del motivo que tiene la gata para que no le guste) y expresa su contrariedad de la manera que sabe. Greta la conoce bien: Prascovia es terca; se va a mantener en rebelión hasta que la mesa para asados sea restituida a su lugar.

Y como una cosa lleva a la otra y los tres se encuentran con excelente disposición y los visitantes ya están estudiando la mejor manera de mover el escritorio, ella, mientras va trasladando a la pieza del pasillo las poquísimas cosas que quedaron en los cajones, les cuenta el momento en que, en el noventa y tres, descubrió la mesa en el supermercado, perdida entre sombrillas y medioigluses.

Para asados, decía el cartelito. Pero quién conoce el destino de lo que construye (había escrito esa misma tarde apenas vino con la mesa y la tuvo armada en el estudio); el carpintero que la hizo, tal vez inspirado en la que fue la mesa de su infancia —¿por qué la imaginación estará tan atada a la infancia?, ¿no será eso lo que ahora mismo quiero indagar?, ¿no siento el deseo creciéndome desde la yema de los dedos?, ¿será esta mesa, Dios?, ¿será esta mesa que estoy estrenando la que, como un elixir mágico, está trayéndome el deseo? ¿Cuál deseo? ¿Es este el deseo de lo que deseo?—. ¡Pará de una vez con esos cruces! ¿No podés mantener en línea la

cabeza al menos por un rato? Estábamos en el carpintero que la hizo, ¿no? El carpintero. Stop. Que mientras serruchaba y martillaba (siguió escribiendo esa tarde dichosa de 1993 en que estrenó su mesa) debía imaginar esa mesa que estaba construyendo rodeada de comensales barulleros y jamás se la habría figurado con este desorden de papeles y un gato que dormita con la cabeza semiapoyada entre el tabulador y el bloqueador de mayúsculas. Aunque, ¿por qué suponer que el hombre la construyó previéndole un sentido? Capaz que serruchaba con la mente en blanco y meta cantar *O sole mio*. ¡Por favor, Greta!, ¿cuántos años tiene tu carpintero? Por qué la imaginación estará tan atada a. ¡Basta de cruces o no vas a parar nunca con el relato!

Y arrasada por ese amor a primera vista, está contando Greta antes de llevar las últimas cosas a la pieza del pasillo, y lee el entusiasmo en la cara de Albertina y Marcos, ¡esta mesa!, ¡la quiero!, le dije al muchacho de la maquinita marcadora de precios (omisión habilidosa del hombre de ojos azules que, a su izquierda, está pendiente de su arrebato), ¿cómo tengo que hacer para llevármela?

Y mientras vuelve de la pieza del pasillo, como un zarpazo, la golpea la conciencia de que ese rapto entre sombrillas y medioigluses de treinta años atrás no difiere del que hace una semana la ha compelido a venirse desde el sur con un escritorio. O sí: difiere en un detalle. Y nada mínimo. Porque cuando Greta descubrió su mesa en el supermercado, no estaba sola.

—¿Pasará por la puerta?

Estruendo. Patas de escritorio contra suelo. Los dos visitantes (fragmentos de sus cuerpos en el rincón del hall desde donde Greta los mira) maniobrando con un empeño que, según se ve, excede sus posibilidades.

—No pasa, ¿no ves? —voz de Marcos—. Es más ancho que la puerta.

—Sí entró, tiene que salir.

Científica, Albertina. O emperrada, eso: pertenece a la estirpe de las emperradas. Si te conoceré, flaquita.

—Esperen —se acerca—, así seguro que no pasa, pero si consiguen ponerlo vertical…

Y después ladearlo, y torcerlo, y girarlo, y. Qué buena teórica es ella, siempre certera para dar indicaciones desde afuera. Una imagen la arrasa y está a punto de voltearla. La imagen del hombre de ojos azules luchando amorosamente para pasar una heladera. ¿Fue a la semana de venirse a vivir con ella? Abril de 1992, claro. No, no tiene que pensar en eso, culpa de la historia del supermercado que contó recién que se le haya venido esta escena a la cabeza. ¡Fuera! No, ahí sigue el hombre de ojos azules empujando la heladera, limando los marcos de la puerta de la cocina, volviendo a empujar, y ella, la científica, suministrando receta magistral para minimizar el rozamiento. Con esas palabras lo dijo, *minimizar el rozamiento*, y él, tal vez un poco admirado pese a su cara de duda, ¿paladeando la Experiencia Múltiple de convivir con una escritora o

meramente resignado?, agarrando el aceite de oliva que la teórica acababa de alcanzarle para-minimizar-el-rozamiento y frotando a lo grande los marcos de la puerta, no obstante lo cual la heladera quedó tan trabada como antes. Solo que aceitosa, igual que los marcos y que él mismo que, en lugar de matarla, se puso a reír. Mamita, cómo se reía y cómo, bajo esa risa protectora, ella también empezó a reírse hasta que los dos, doblados y aceitosos y debilitados por las carcajadas, con los ojos llenos de lágrimas, sintieron o ella sintió —porque qué diablos sabía, cuándo se preocupó en serio por saber lo que de verdad sentía él: ella sintió— que esa risa la amparaba como un aura, ah la imbécil pretensiosa. ¡Basta!

—No, no, más a la izquierda —rápida recuperación del director técnico. Remembranzas out. *No va a pasar* (voz atenuada de Albertina). ¡Vas a pasar, hijo de puta! (voz interior de la mandamás).

—Va a pasar —ella, pero con sobriedad.

Y ahí nomás, como quien comanda un barco o lleva a cabo una empresa desmesurada, empieza no solo a indicar sino a realizar ella misma (manos a la obra, muchacha, la vida es inagotable) giros, vueltas, cambios de ruta, avanzá, avanzá, tenés que pasar porque yo digo que vas a pasar. El armatoste que se traba.

—¡Vas a pasar, hijo de puta!

Lo dijo al fin. Se ríe. Y entonces, como mezclándose con su propia risa, ¿una tenue carcajada de Marcos? ¿Ocurrió? ¿Está ocurriendo? Miralo vos al gallito, tan serio y apocado que parecía. Qué te dije (voz de Marcos, apenas audible). Touché (voz de Albertina, ídem). ¿Lo dijeron? Greta quiere reaccionar, ponerse altiva, qué quisiste decir con eso de “qué te dije”. Qué te dijo. Pero tiene miedo. ¿De qué? ¿De que ese diálogo no haya ocurrido o de que haya una respuesta que no quiere escuchar?

—¡Más a la izquierda! —dice.

A la luz de esa indicación, Marcos sostiene, Albertina desplaza, Marcos ladea, Albertina empuja, y por fin el armatoste pasa medio cuerpo.

Descanso de la compañía.

—Sos fuerte, Albertina —dice Greta para instalar (¿en sí misma?) la normalidad.

—Y claro. Hago box.

—Box —soñadora—, eso sí que me falta. En mis tiempos de adolescente ni a una loca como yo se le habría ocurrido que una chica podía boxear —pausa para saborearse a sí misma—. Pero al fútbol sí que jugué.

Y ahí nomás, contra su decisión de no dar confianza, mientras también ella —ahora sí con todo— maniobra con el armatoste, se encuentra contándoles el partido memorable que después de un asado, todos borrachos, jugaron narradores versus actores, y ella hasta metió un gol. Se ríe.

—Jugué con ventaja. Era la única chica y los varones del otro equipo no se animaban a marcarme muy de cerca así que me abrí paso y.

—¡Goool! —grita Albertina.

Marcos levanta el índice.

—Va a cuenta de lo que me va a contar —dice—. ¿Así que yo no le parezco fuerte?

Greta lo observa manipular el armatoste. No es hábil; solo lo mueve el amor propio. Y las ganas de conseguir la entrevista.

—Sos varón —se ríe sin alegría—. Se supone que en los varones la fuerza no es mérito, es obligación —la expresión de Marcos la alarma; tiene que hacer un esfuerzo para contener el gesto de acariciarle el pelo. Mandatos, ah; él tiene el mandato de ser fuerte, ¿y yo?—. Qué le vamos a hacer, Marcos —dice—, la vida es difícil para todos. No solo para todas.

La conmueve el esfuerzo que el chico está haciendo. ¿Y la flaquita de mechón verde? Como si los dos trataran de sobreponerse a algo. Se encoge de hombros, ¿quién no? Ve cómo la última porción del armatoste atraviesa la puerta del estudio, cómo es enderezado y cuidadosamente depositado en el hall.

—¿Y ahora a dónde lo llevamos? —dice Marcos.

Desconcierto. Greta no había pensado en eso. En realidad, no había pensado en nada fuera de que la mesa tenía que estar de nuevo en su lugar para que la gata volviera a ser la que era.

—No importa, déjenla en el hall nomás, ya vamos a ver. ¿Pero me podrían traer la otra mesa? Juro que es más amable de transportar.

Los guía al patiecito de atrás. El balcón de Julieta, les explica, señalando la balaustrada curva con formato de otros siglos. Ahí se la ve contra la pared lateral, indignamente plegada. Mi mesa.

—Te debe resultar difícil, ¿no? —dice Albertina.

—Qué cosa.

—Desprenderte del escritorio de las persianitas —señala la mesa larga, de listones—. La verdad que esta no tiene nada que ver.

—Pero es *mi* mesa —dice Greta—. La otra correspondía al deseo de otra persona —ve que Marcos anota algo, my god, voy a tener que cuidarme de lo que digo—. Y eso los gatos lo saben. Prascovia lo sabe. Por eso no quiere subirse.

Buena explicación, retaceada pero no mentirosa. Y parece haberles dado ánimo a los visitantes. Alzan la mesa, que en efecto es dócil de transportar, y la despliegan en el lugar donde había estado el armatoste. Albertina vuelve al hall y acaricia la superficie de roble. Greta piensa que eso que para ella pasó a la categoría de armatoste, para Albertina debe ser el escritorio soñado. Así son las cosas.

—¿Y ahora? —dice Marcos.

—Ahora qué —cierta brusquedad en el tono; no le importa—. Un poco de paciencia, por favor. Ya vamos a empezar.

—No, la gata. ¿Por qué no sale?

Brusquedad aplacada. Greta echa sobre el sofá una mirada que es como un ruego, pero no cree

que eso haga salir a Prascovia.

—Supongo que porque le falta la escenografía: máquina, papeles, esas cosas.

La voz entusiasmada de Albertina desde el hall:

—¡Los llevamos!

Greta corre al hall en el momento en que Albertina está abriendo una persianita.

—¡No están ahí!

Greta sabe que su exclamación salió desproporcionada. Y tardía. En la mano de Albertina, como un trofeo, se agita uno de los cuadernos *La materia en el arte*.

—Dejá eso —señala la superficie vacía del escritorio—, ¿no ves que mis cosas no están guardadas ahí?

—Y esto qué es —insistente, maleducada, Albertina blande el cuaderno.

—Eso está ahí por error.

Error, sí, eso ha sido: error de borracha. Pero no borracha de alcohol; aprendió hace mucho que para arrebatos de exaltación no le hacen falta suplementos. Tal vez nunca le hicieron falta solo que hubo un tiempo en el que ella necesitó agotar todas las instancias que le ofrecía ese mundo en explosión en el que se estaba dando forma a sí misma: anfetaminas, tabaco, sexo a discreción. Y whisky, claro; hay que demostrar, ¿hay que demostrarse?, que una puede beber sin parar.

¿Como beben los hombres?

Como beben los que se animan a vivirlo todo.

Pero esa vez, la tarde en que volvió de Patagones —ahora empieza a tenerlo claro—, no le había hecho falta tomar nada. Entró en el departamento con Marita Volkonski cargando el escritorio. Va ahí, le dijo señalando el lugar donde estaba la mesa abarrotada con sus objetos amados. A los apurones desenchufó, amontonó y fue depositando en el suelo todo lo que un día, con grandilocuencia, había llamado *los pedazos de mi alma*. Marita trasladó la mesa, irrespetuosamente plegada, al balconcito de Julieta, ubicó en su lugar el escritorio, tomaron café, charlaron, y al fin Marita dijo que tenía que seguir trabajando y ella la acompañó hasta la puerta de abajo.

¡Fue entonces, ahora lo tenía! Cuando volvió y se lo topó en el estudio, poderoso como el más poderoso de los sueños. Fue en ese momento que empezó a suceder la borrachera. Y no difería demasiado de otras que, en tiempos lejanos, la habían hecho correr bajo los árboles o aullar en plena calle. ¡Allá voy, hermanos muertos!, imprevistamente gritó. Y sin detenerse a pensar en lo desolado de su grito, desentendida del equipaje y de su casa, como si temiera que el impulso se le esfumara, de un tirón acomodó sobre el escritorio todo lo que había amontonado en el suelo, enchufó la máquina y la encendió. Buscó en el Winword la carpeta Vera y el optimismo3. Pero no abrió el archivo Vera3-ideas, ni el Vera3-apuntes, ni el Vera3-proyecto-1 ni el dos ni el tres, ni ningún otro de los Vera3-proyecto-x ni de los Vera3-trama-x ni de los Vera3-comienzo-x ni de los Vera3-conbruja-x ni de los Vera3-sindiablo-x, ni ninguno de los infinitos Verax que, desde hacía años, venía llenando con páginas que a veces eran como deslumbramientos y que algún día, cuando por fin consiguiera darle forma a ese caos ardiente, iba a ser su novela final, la que había decidido escribir apenas terminó *La memoria de Uma Harán*, esa que, nomás sucedió lo que sucedió, se hizo el juramento de perseguir hasta que alcanzara la medida de sus sueños. La novela que por fin cerraría el ciclo. Ahora mismo era el momento de empezar a darle forma a esa

lava candente que un día iba a completar lo que en la adolescencia se había propuesto como su destino. Creó el archivo Vera3-nuevo y, sobre la página en blanco, en negrita y con subrayado, escribió: **Capítulo uno**.

¿Fue la exaltación o el desconcierto lo que la llevó a levantar la cabeza para mirar por encima del monitor? Como si esperara encontrar, flotando en el aire, la frase desde la cual, como un desprendimiento, saliera de un saque la historia que ella se seguía prometiendo. Aunque tal vez, por la dirección de la mirada, lo que anhelaba encontrar era de índole más terrenal: la musa acomodada en su estante. Prascovia. La gata solía esperarla por las mañanas recostada en el estante que estaba contra la pared, justo encima del monitor, en el hueco que dejaban varios libros amados, justo a la altura en que ella podía verla con solo elevar un poco la cabeza, y se quedaba ahí mientras Greta escribía. De tal modo que ella solo tenía que sacar la vista de la pantalla para encontrarla. Pero en este caso la esperanza era errónea. Cierto que Prascovia solía acompañarla siempre que ella se sentaba ante la máquina pero el ritual del estante solo ocurría de mañana las veces en que ella se sentaba a su mesa muy temprano, con el mate recién hecho y la intención de escribir. Ahí sí la musa la esperaba en su sitial y ella pensaba: el día empieza bien. A esta hora de la tarde, naturalmente, el estante estaba vacío.

Ahí se dio cuenta de que, desde su llegada, no había visto a Prascovia. No se alarmó. Conocía a sus gatos. Todos habían sido bastante rencorosos respecto de las ausencias prolongadas de ella. No le perdonaban así nomás que los hubiese dejado. Durante un rato tenía que rogarles, seducirlos, hasta que por fin deponían el rencor y se le entregaban. En ese aspecto, Prascovia era la más vengativa. Durante horas no se dejaba ver. Greta solía arrastrarse debajo de la cama y de los sillones hasta que la encontraba y, desde su precario mirador, la llamaba sin muchas expectativas. La gata la observaba a distancia. Igual Greta se quedaba tranquila: sabía que recién cuando ella terminara de acomodar el equipaje y se dispusiera al descanso, la gata vendría. Ahí sí el romance del encuentro era apoteótico. Esta vez el ingreso a su casa con Marita y el escritorio había sido lo bastante movido como para que Greta olvidara cualquier práctica habitual. Pero ahora necesitaba la presencia de la gata. De pies a cabeza sentía que estaba transitando un momento único. Y debía admitir que, más allá de su racionalidad endiablada, era un poco supersticiosa. Amablemente supersticiosa, había dicho una vez en un reportaje: solo creía en los augurios buenos. Eso sí: se aferraba a cada uno de ellos con uñas y dientes. Y bien; la gata, instalada en el estante de la biblioteca, o bajo el atril, o en la mesita del mate, o en cualquier lugar desde donde hubiese decidido asistir al rito del tecleo y desde donde Greta podía verla y tocarla, era un buen augurio. El ángel de la guarda de la literatura. Así que se levantó de la silla para buscarla abajo de los muebles. No tuvo que ir muy lejos. Estaba ahí nomás, debajo del sillón de su estudio, contra la pared. Con su verde mirada de perplejidad observaba la cabeza de ella que debía emerger entre la funda del sillón como una rastrera flor azteca. No te esfuerces, querida Greta, parecía decirle esa mirada; por el momento no pienso moverme de acá. Entendido.

Greta volvió dócilmente a su silla. Leyó **Capítulo uno** y notó que el entusiasmo ahora era menos que un soplo. Eso no estaba bien. Cambio, fuera. Buscar nuevo indicio agorero. ¡Las persianitas! Concentrarse en las persianitas. Mí-as, ¿no es maravilloso? Boluda, se dijo. Pero igual fue levantándolas una a una. Los pequeños anaqueles irrumpieron como una promesa. ¿Qué iba a guardar ahí? Algo secreto, se le cruzó. Le dio risa; se estaba comportando como si tuviera ocho años pero ¿por qué no?, siempre se tienen ocho años en un rincón del corazón, se dijo y volvió a reírse. Le había vuelto el buen humor. Registró mentalmente sus pertenencias privadas: cartas de amor, algunos poemas que le habían dedicado, una colección epistolar de sus amigas de la adolescencia, textos primerizos e impublicables, algunas fotos. No, nada de eso era lo adecuado. Entonces lo supo en una explosión de confianza: lo que guardaría detrás de las persianitas eran sus cuadernos con el diario manuscrito.

Había empezado a llevar ese diario a los dieciocho años, de eso no tenía duda porque debió ocurrir poco después de la madrugada en que supo cuál era la historia que quería escribir; por ese entonces ya tenía bien claro que una escritora que se precie debe llevar un diario. En realidad lo sabía desde los trece, cuando leyó el *Diario de Ana Frank* e hizo un primer ensayo, entusiasmada con el ensueño de su propia muerte prematura y el desconsuelo del mundo al descubrir, cuando ya era demasiado tarde, la genialidad cercenada de la niña autora. Cierto que el entusiasmo se le apagó y tiró todo lo escrito apenas se animó a reconocer que era una farsante, que no escribía desde el corazón como se debe escribir un diario sino pensando en una posteridad hasta el momento imposible. Fue así que más adelante, pese al embeleso que le provocó el *Diario de María Bashkirtseff*, se cuidó muy bien de imitarla. Pero a los dieciocho, apenas arrancó con la que sería su primera novela, la decisión de llevar un diario fue irrevocable. Lo fue anotando en cuadernos hasta 1992, cuando tuvo su primera computadora y los archivos de Word Perfect y más tarde de Word reemplazaron las hojas rayadas de La materia en el arte y las cuadriculadas de la última etapa. No había vuelto a mirar esas hojas desde entonces. Y era natural. Lo manuscrito tiene una carga muy especial, escribió en ese mismo momento —no debajo de **Capítulo uno** sino en un archivo que creó de urgencia—, como si contuviera algo intolerablemente privado. Mi desnudez, algo así. Se quedó pensando: no era solo eso. No es solo eso lo que me impidió durante tantos años leer los diarios manuscritos (escribió), es la conciencia de que el pasado me va a saltar encima como un tigre, ese pasado en el que me valía de los cuadernos o del primer papel que tenía a mano para anotarlo todo, en bares, en colectivos, en el umbral de cualquier casa, porque sentía hasta en la yema de los dedos que nada de lo que se me cruzaba debía perderse ya que algún día iba a constituir algo tan. Se detuvo, incómoda; no estaba segura de querer escribir lo que estaba escribiendo. Cerró el archivo. ¿Quiere guardar los cambios en Documento1? No guardar. A qué venía tanta especulación. Le molestara o no, todo eso que la había constituido anidaba inalterable en estos cuadernos que, cobardemente, nunca se había animado a leer. *Cobardemente*. La palabra la sacudió como una descarga eléctrica. Ella tenía

muchos defectos pero cobardía no. Sin más vueltas se levantó de la silla y buscó la caja con el letrerito en la tapa: “Diarios manuscritos”. Ahí estaban los cuadernos, un poco percudidos: los primeros, La materia en el arte, la marca preferida desde su infancia. Los que siguieron, con espiral y cuadriculados. Se encogió de hombros: los gustos cambian con el tiempo. Sacó el cuaderno que estaba arriba de todos. 1966, decía en la tapa. Fue a la primera página. 10 de enero, leyó. Y debajo de la fecha, escrita con su letra espantosa, la primera frase como un estallido. “Ser la más grande”. Cerró el cuaderno con una violencia que un momento después la llevó a preguntarse qué era lo que la había espantado. ¿Acaso no guardaba, viva y detallada, la memoria de cómo había sido en esa época y en cada una de sus épocas vividas? ¿La memoria no era su don, el único, tal vez, con que la habían dotado en la cuna sus poco ortodoxas hadas? Ahora mismo, en un archivo que ya no existía, ¿no había anotado algo que tenía que ver con sus delirios de medio siglo atrás? Pero verlo en crudo, escrito con semejante impudor, sin el filtro organizador, ¿amansador?, de la memoria, era otra cosa. Esa pendeja irresponsable la estaba interpelando. Y no era lo peor esa interpelación. No pudo evitar verse, juzgada por esa frase, en la lectura de otros.

¿Con “otros” te referís a la posteridad, Greta querida?

No. Lo que me da terror es tratar de imaginarme esa frase leída con relación a una historia cuyo final desconozco. ¿Va a sonar profética o ridícula?

A pendeja irresponsable, querida. A eso va a sonar. Vos misma lo dijiste.

Resopló. Tengo que terminar de una buena vez esa novela, se dijo. Por las dudas que se muriera esa misma noche, borró **Capítulo uno**, que, como una amenaza, encabezaba el vacío. Dejó el archivo Vera3-nuevo para alguna idea futura. Echó una ojeada rápida a los diarios (algunos párrafos la retenían como un imán pero se esforzó por desentenderse de ellos lo antes posible), repartió los cuadernos en los pequeños anaqueles y cerró las persianitas. No pensó más en el asunto. Al punto que ni siquiera lo recordó cuando, un rato antes de que Marcos llegara y para facilitar la mudanza, sacó lo que había sobre el escritorio y en los cajones, y amontonó todo en la pieza del pasillo.

Albertina sigue agitando el cuaderno.

—¿Es algo secreto? —se ríe; parece exultante—. Me encantan los secretos.

*Y a mí me desencantan las pendejas metereta*s. Trata de serenarse.

—No, nada secreto —dice—. Pero no me gusta que me toquen mis papeles.

Marcos mira a Albertina como si quisiera morderla.

—Perdón —dice—, estamos actuando como tarados. Pero solo queríamos ayudarla —hace un gesto casi infantil—. Y conocer a la gata.

El guacho sabe cómo seducir, piensa Greta. No dice nada y el silencio está resultando molesto. Mejor; no tiene interés en aflojar la situación.

—Claro —dice al fin Albertina—. Son como el alma.

—¿Qué? —Greta siente una especie de sobresalto.

—Los papeles —dice Albertina—. Son como el alma —y con suavidad, como si se tratara de algo muy frágil, deposita el cuaderno sobre el escritorio.

Estoy por pisar el palito, piensa Greta. Va sacando los cuadernos de los pequeños anaqueles, los apila y enfila con ellos para la pieza del pasillo. Se detiene en la mitad.

—Vengan —dice—. Si quieren me ayudan a traer a mi mesa la máquina y las otras cosas pesadas.

Pisé el palito, no puedo evitar que me gusten. Entran los tres a la pieza del pasillo. Greta apoya los cuadernos en un escritorio pequeño estilo español.

—Mi escritorio de adolescente —extiende el brazo como quien presenta a un amigo.

—¿El que heredó de su prima Sonia?

El brazo amablemente extendido se retrae.

—¿Cómo sabés?

—Usted lo dijo en una entrevista —dice Marcos—. Que fue como si Sonia le hubiese pasado el cetro.

¿El cetro? Ella nunca pudo haber dicho semejante boludez. Sonia no era su escritorio, que carecía de significado en la vida de su prima; Sonia era su belleza, que irradiaba de su cuerpo sin esfuerzo, y ese cetro sí que nunca se lo habría podido pasar. El pelo, entre rojizo y dorado, con trenzas larguísimas, y los enormes ojos grises. Esa es la figura que mejor guarda de su prima y para la pequeña Greta encierra todo lo hermoso que una chica puede ser. Ella tiene cuatro años y sueña con alcanzar la imagen de su prima, que ya tiene doce. Primer escalón hacia lo imposible,

pensará después. Su pelo es castaño y finito; de bebé, dice su madre. Pero a los cuatro años no cree en imposibilidades: el futuro que ve de sí misma son dos trenzas más largas y más dorado-rojizas que las de su prima. A los catorce años Sonia ya no usa trenzas sino el pelo al viento. Así, con esas palabras la piensa Greta a los seis años: pelo al viento. Tal vez ya ha empezado a tramar algo suyo, ¿no?, un mundo hecho de palabras. Pero a los seis años eso no es un consuelo: ella solo sabe que su pelo nunca va a ser espeso, ni rojizodorado.

—¿Estás seguro de que dije "cetro"? Y antes de que me contestes, ¿podrías dejar de tratarme de usted?

—Voy a tratar pero me cuesta. Y ya que estamos, ¿podemos volver a Sonia?

Greta ve cómo él, discretamente, pone el celular sobre la mesita y toca la pantalla.

—¿Estás por grabarme?

—Si le parece. Pasa que justo su prima Sonia era uno de los temas que me proponía tratar. ¿Usted sentía que eran parecidas, o más bien lo que quería era ser como ella?

¡Ni una cosa ni la otra!, está a punto de decirle como quien necesita alejar de sí un fantasma que desde hace tiempo la acosa. Pero la distrae un problema más inmediato: pese a la insistencia de ella, Marcos se resiste a tutearla, y eso la pone ante un conflicto: tratarlo de usted le resultaría ridículo y tutear a alguien que no la tutea hace que se sienta mal. Trata de explicárselo de algún modo.

—¿Es por una cuestión ideológica? —dice él.

Ella se impacienta un poco; este chico convierte cualquier diálogo trivial en parte de la entrevista, piensa. Y encima se salteó lo de Sonia, con las ganas que ella tiene de aclararle la cuestión. Pero más ganas tiene de terminar de una buena vez.

—Si estás tan apurado por empezar mejor dejamos la mudanza para más tarde y volvemos a mi estudio —encara hacia el estudio con los visitantes detrás—. Y te aclaro, Marcos, que lo del tuteo-notuteo no es por una cuestión ideológica —dice, un poco enojada. Se sienta. Ellos se sientan—. Aunque tal vez sí —sin proponérselo agrega.

Porque de pronto se le ocurre que es justamente en cuestiones como esa donde se puede rastrear la raíz de la ideología (¿acaso el que está enfrente no es tu semejante? Entonces, ¿por qué te tomás con él una confianza que él no se toma con vos?). Aunque a través de los años esa ideología pueda ir encontrando su expresión formal y consolidando sus razones, el fundamento sigue siendo el mismo: a quién considerás tu semejante. Si un hombre durmiendo en la calle o una mujer humillada por la señora-de-la-casa o un chico sin infancia te movió la sangre para siempre acá vas a estar, bien plantada de este lado de la realidad —¿la entrevista le está sacudiendo las ideas?; en este tiempo en que vive preguntándose si cuando era joven el mundo era más sencillo o ella era más ingenua ya que veía con tanta certeza el derrotero a seguir, en este

tiempo en que suele sentir que la realidad se le escapó de las manos hasta tal punto que le da miedo mirarla a fondo, ¿es posible que vuelva a entusiasmarse?—. Ahora, si no sentís hasta los huesos que ese hombre y esa mujer y ese chico son tus semejantes, que tienen derecho a una vida como la que deseás para vos y que lo que les pasa te concierne, andá a cantarle a Gardel con el verso de la ideología. Vi a varios en los sesenta ensañándose con el *Martín Fierro* por su inoperancia para hacer la revolución. Y los veo ahora muy orondos, sentados en los altos sillones del poder. Será que, deprimidos por la ineficacia militante del *Martín Fierro*, nunca llegaron a enterarse de que, si algo arde adentro tuyo, basta el *Mamboretá* de Carriego o un chico vendiendo estampitas para darte cuenta de qué lado de la realidad estás. Llamalo como se te cante. ¿Quién es el prójimo para vos? En la respuesta que te das está el verdadero color de tu ideología.

Está hablando más de la cuenta. ¿Otra vez el síndrome de abstinencia? Porque, la verdad, linda mezcolanza se mandó entre ideología y buena educación. Seguro que al chico le enseñaron que no hay que tutear a las ancianitas y el problema es solo de ella por no saber acomodarse a la edad que tiene. Tomá pa’ vos, ya vas a aprender de qué es capaz esta ancianita.

Nota que Marcos duda antes de hacerle una nueva pregunta pero puede apostar a que también esta vez van a ganar las máximas recibidas sobre cómo tratar a los longevos. Máximas que, se ve a las claras, no recibió Albertina. O, si las recibió, se las sacó de encima como un abrigo pesado. En cambio ahí está el angurriento viendo por cuál socavón de la vida de ella va a arremeter ahora pero insistiendo en tratarla de usted.

—Y ya que sacó el tema de los sesenta —dice Marcos—, ¿cómo se le ocurrió una novela como *Hilda Wangel* en una época tan ideologizada?

Ah, se desvió del camino trazado, tal vez sea posible conducirlo por donde una quiera. Greta se acomoda en la silla. Esta segura de que en este asunto, que supone dichoso y sin tropiezos, va a poder soltarse sin necesidad de estar alerta. Se acomoda en la silla y empieza a hablar.

Hilda Wangel

Es fácil. Solo tiene que dejarse llevar como por una corriente amable por la pasión temprana que Ibsen despertó en ella. No duda de que por esa vía va a desembocar sin accidentes en el hallazgo de Hilda Wangel. Sabe cómo hacerlo. Contar de entrada —eso es impactante— que apenas descubrió al gran noruego se guareció en su lectura como en un refugio familiar. Error, eliminar: ni *familiar* ni *refugio*, en un territorio hostil, eso; se refugió en su lectura como quien se mete en un territorio hostil cuya familiaridad solo a ella le ha sido concedida. ¿Fue con *Casa de muñecas*? Decididamente no. Sí había sido lo primero que leyó —era lo más conocido entre las adolescentes rebeldes— pero no fue esa lectura la que la marcó. Hasta la decepcionó un poco; sintió que su propia idea de la libertad que una mujer era capaz de alcanzar iba mucho más allá de lo que se mostraba en *Casa de muñecas*. La obra que la marcó de verdad poco más adelante fue *Brand*; una frase de Brand que en plena adolescencia se le clavó como una flecha. “Si lo das todo menos la vida, has de saber que no diste nada”. Dios mío, ahora que lo piensa, con qué facilidad se adueña una de propuestas grandiosas cuando aún todo está por ser vivido. Dar la vida, por favor, ¿sabía ella lo que estaba enunciando cuando, embriagada por la sonoridad de la frase, se dijo “dar la vida”? Lo que pasa es que el tiempo que queda por delante parece infinito y entonces una no duda de que puede alcanzarlo todo, todo lo bello y todo lo heroico que. Interrupción. Rebobinando, ¿cómo vino a parar a *Brand*?, no es de eso que se ha propuesto hablar, otra vez las consecuencias del síndrome de abstinencia, tiene que cuidarse. No es *Brand* el tema, es *Solness, el constructor*. Solness, que mira el fuego del hogar y predice, ¿o de algún modo provoca?, el incendio. Voluntad subterránea. Ahí está: ahora ella podía poner en palabras eso que le venía sucediendo desde la vez del perro. ¿Qué perro? ¿De dónde salió ese perro? ¿Es que no puede dejarse llevar lo más pancha por un discursito tan bien maquinado y familiar sin que se le aparezca un perro? Sonia les tenía terror a los perros, cada vez que se cruzaban con uno tironeaba del brazo de la pequeña Greta para que se alejaran las dos de las garras del monstruo, razón por la cual ella, apenas tuvo uso de razón, entendió que los perros eran un peligro inminente. Consecuencia: huía de ellos. Pero a los ocho años, sentada a una mesa en medio del campo sin su papá y su mamá —¿por qué estaba ahí?, ¿y con quiénes estaba?—.

Ahí te quería agarrar, escopeta: así que tu prodigiosa memoria no era tan prodigiosa.

Era, y lo sigue siendo. Pero no siempre tiene sentido revolver en el pozo; estos de la mesa apenas conforman un marco para el acontecimiento, ¿importa quiénes son? No. Importa el acontecimiento así que dejémoslos comer en paz. Ella ni los ve; se percibe sola en esa mesa, sin

protección, y está concentrada en ocultar el esfuerzo que hace para cortar el asado sin parecer inexperta en el uso del cuchillo. Entonces ve a un perrazo que da vueltas alrededor de la mesa. Tom. Alguien lo nombró y el nombre se le va a clavar en la memoria como un mojón. Su primer impulso es salir corriendo pero ¿con qué argumento? Algo dentro de ella le prohíbe formular el motivo palmario: les tengo miedo a los perros. ¿Por qué no puede formularlo y ni siquiera puede decírselo a sí misma? Lo entiende de golpe como una explosión: porque no me gusta que no me gusten los perros. ¿Empieza ya entonces a construir su imagen? La persona que Greta aspira a ser ama a los perros. Imposible que lo haya enunciado así pero fue eso lo que supo a los ocho años en aquella mesa en medio del campo. Y ahí mismo lo convirtió en un hecho: venciendo todo miedo, cortó un pedazo del asado que tenía en el plato, lo agarró con la mano y, cuando el perro pasó detrás de ella, se dio vuelta y extendió la mano. No la retiró hasta que Tom tuvo la carne bien agarrada entre los dientes. Fue su primer amigo perro. Y Greta aprendió algo sobre sí misma que no la abandonaría.

¿Para bien o para mal?

Claro que para bien. ¿Acaso podría concebir mi historia sin esa voluntad subterr. Interrupción súbita de la corriente reflexiva. ¿Motivo? Acaba de darse cuenta de que el caso Tom constituye un ejemplo inadecuado: la voluntad de ese día no tuvo nada de subterránea; era bien palpable. Entonces ¿cuándo descubrió lo de la voluntad subterránea? No fue descapotando cielos, eso seguro; lo de los cielos vino mucho después; en los años que siguieron al día del perro no le hizo falta descapotar nada porque amaba lo encapotado y lo tormentoso y el frío polar y el calor intenso y cualquier fenómeno extremo que la hiciera percibir su cuerpo todopoderoso e instalara en ella la conciencia, única y acuciante, de estar viva. Entonces, Dios querido, ¿fue la vez que ahora como un hachazo se le instaló en la cabeza? Alguien que ella amaba pero que no la dejaba vivir.

Y pensaste.

¡No!

Sabés muy bien que lo pensaste: si no existiera yo sería libre como el viento.

¡Basta! No llamemos voluntad subterránea a lo que no fue otra cosa que un puro y desgraciado azar.

Ah, bueno, así que cuando las papas queman renunciamos a nuestros vistosos poderes, los denominamos azar y chau pinela.

No renuncio a nada y tampoco acepto elucubraciones a la violeta. Lo único que me importa es saber cuándo empezó esta sensación que después de leer *Solness, el constructor* iba a llamar voluntad subterránea.

Te ofrezco un ejemplo menos incómodo: tenés cinco años, un primo tuyo al que se considera el genio de la familia dio examen de ingreso a la secundaria y sacó el puntaje más alto. La familia entera aúlla de admiración. Y la enana de cinco años piensa: No es para tanto, yo también

voy a sacar ese puntaje.

Y qué. Cualquiera sueña a los cinco años: ser princesa, tener las trenzas de Rapunzel, sacar el puntaje más alto.

Cierto, pero a vos el sueño te alteró durante los siete años siguientes; cada vez peor cuanto más se acercaba tu propio examen. Porque crecía tu conciencia de que el propósito podía ser desbaratado por una mera comita de más o de menos. Quién no comete un error así de tonto: ella. Ella no puede cometerlo porque ese error hará que le saquen medio punto, lo que va a impedir el cumplimiento del mandato que se impuso a los cinco años. Ah, si pudiera volver atrás, si pudiera no habérselo prometido nunca. Pero eso no es posible; por mucha voluntad subterránea de la que se jacte no hay manera de hacer retroceder el tiempo. Felizmente hay otras soluciones: una epidemia de poliomielitis, pongamos por caso.

Por favor, no es así.

Es así porque a los once años lo pensaste así.

A los once años no sabía nada de voluntades subterráneas.

Pero lo intuías, ¿o no es eso lo que estamos tratando de indagar? Una epidemia de poliomielitis feroz que arrasó el país dos meses antes del temido examen, desbarató los hábitos de la gente, hizo que se anticipara el fin de las clases y, como no podía ser de otra manera, anuló por ese año el examen de ingreso. O sea que pudiste cumplir con lo que te habías propuesto. O al menos pudiste no incumplirlo.

Sucedió simplemente. ¿O no hay casualidades?

Hay, pero el asunto no está ahí. El asunto está en que a los once años atribuiste esa casualidad a la fuerza de tu deseo. ¿No será un poco asesina tu voluntad ibseniana?

Repito: la voluntad ibseniana no existía en ese tiempo.

¿O simplemente no tenía nombre?

Si no tenía nombre, no existía. Y basta de interrupciones. Si no, no vamos a llegar nunca.

A dónde.

A Hilda Wangel. ¿Acaso ella no arrancó con Ibsen para llegar sin sobresaltos a la elección de Hilda Wangel? Tiene que recuperar el estado de calma que la inundó hace apenas unos minutos cuando Marcos sacó el tema; deslizarse hacia la invención de esa pequeña novela que le cambió la vida. Sin desvíos, hasta ahora su cabeza no hizo otra cosa que desviarse. Greta tiene bien claro que en la invención de cualquier historia hay tantos cruces que meterse a desmadejarlos la expondría a mostrarse desnuda. Y no es eso lo que quiere. Pero sabe cómo arreglarlo: volver al día en que leyó *Solness, el constructor* pero desentendida esta vez de la voluntad subterránea de Solness, que no viene al caso, y apuntando solo a la muchacha que lo alienta a subir: Hilda Wangel. Contar cómo la sacudió de pies a cabeza ese personaje. Pero no del modo en que había sacudido a otros amantes de Ibsen que ella conocía, hombres todos. Qué maravilla de muchacha esta Hilda Wangel, ¿verdad? Qué personaje para ser amado. Cuál hombre con ansias de grandeza

no soñaría con tener junto a sí a una Hilda Wangel que lo alentara a llegar a la meta. Solness es un arquitecto excelso y, con esa feroz voluntad ibseniana que Greta ya aprendió a reconocer (ojo, no meterse de nuevo por esos andurriales), se ha propuesto subir al punto más alto de la torre altísima y largamente soñada que ha construido y se está inaugurando. Es una tradición entre los arquitectos renombrados esa subida. Pero en este caso Solness tiene miedo. Cómo no va a tener miedo si la torre que acaba de construir es desmesuradamente alta. Se detiene a mitad de camino. Vacila. Entonces Hilda Wangel, desde allá abajo, le grita: ¡Más alto, más alto! Y él sube, claro. Cómo no va a subir con el impulso de la muchacha maravillosa que le grita desde abajo. Ella grita "¡más alto!" y él sube y sube. Pese al miedo, pese al vértigo, sube. Y, como no podía ser de otra manera, cuando llega al punto más alto se cae de cabeza. Y se mata. Entonces Greta, la joven lectora de dieciocho años devota del gran noruego, se anima a desafiar al autor sagrado y piensa: Qué fácil, querido Henrik, gritar "más alto" cuando el que busca las alturas es el otro. Mucho *Casa de muñecas*, mucho feminismo a la violeta pero acá mostraste la hilacha, querido maestro. Igual no me enojé con el querido Henrik, dice, me enojé con Hilda Wangel. Si le gustan tanto las alturas que trepe ella, caramba, ¿qué se lo impide? Ahora te parecerá natural, Albertina, pero en ese tiempo me sentía muy sola pensando cosas así. Parecía de lo más sensato que, si de alturas se trataba, el destinado a escalarlas fuera Solness, macho él, claro. Y si una muchacha era tan sensible e implacable como para entender lo sublime de llegar a la cúspide sin claudicar, lo único que podía hacer era empujarlo a él a que no claudicase, a que viviera y muriera en su ley. Empujarlo, sí, pero desde el suelo. ¿Por qué? Eso pensaba yo a los dieciocho años. Y una madrugada me desperté decidiendo: tengo que escribir un cuento con eso.

¿Así, de sopetón, Greta? ¿No hubo un empujoncito desde afuera en tu caso?

Oídos sordos. Nada la va a desviar del fragmento de su historia que más le gusta contar: lo que le pasó a partir de esa mañana. Porque hasta entonces la escritura había sido para ella algo así como un modo de expandir la energía que la desbordaba por los cuatro costados, ideas o impresiones o sentimientos que la atravesaban y que, si no las ponía en palabras sobre el papel, no la dejaban vivir. "Escribir es vivir con la pluma en la mano", estúpidamente había escrito a los catorce años. Pero estúpido o no, a los dieciocho era algo como eso lo que seguía sintiendo. Versos hubo, claro, de amor o de soledad o de vida que estalla, y disparates, y manifiestos contra la religión y contra el poder y contra la imbecilidad del mundo, y desbordes de alegría, y pasajes de infancia, y juegos con las palabras, y un registro caótico de sus terrores. Una actividad íntima, vital, sin la cual no habría podido respirar. Pero las historias, que la venían acompañando desde que había aprendido a desentrañar esos dibujos arbitrarios que eran las letras, las historias las escribían los otros. Por eso fue raro ese impulso de escribir algo que al principio imaginó como un cuento.

¿Raro, Greta? ¿Inesperado ese asalto de la ficción una madrugada de otoño de tus dieciocho años? Parece que seguimos negando el empujoncito pero ¿no tuviste a tu manera tu propia Hilda

Wangel, que te venía corroyendo desde hacía una semana? Solo que, como mina rara avis que eras, parece que te tocó el negativo de la foto. Un Hildo, digamos.

Basta, no es el tema. El envión existió, es lo que cuenta.

Y con tanta fuerza que unos minutos después, sin analizarlo demasiado, se encontró haciendo algo insólito; buscó la máquina de escribir que había sido de su padre y, sin saber muy bien por qué, anotó: “Tenía ocho años cuando la vimos por primera vez; junto a la Tapia Sagrada, como llamábamos de chicos a un carcomido fragmento de murallón de unos seis metros de alto: todo lo que quedaba de la cárcel vieja además del mástil”. ¿De dónde habían salido esa tapia y esa cárcel vieja, a quien habían visto por primera vez y quiénes eran esos que la vieron? No tuvo tiempo de indagar en esos misterios, y no le importó hasta mucho después. Siguió con la historia como si una corriente poderosa la arrastrara. Otro problema sí la perturbó: la máquina. No le resultaba fácil soltarse a máquina. Entonces, ¿por qué insistía con el tableteo?, ¿tenía tal vez la imagen cinematográfica de que los escritores escriben a máquina?, ¿qué estaba sospechando acerca de sí misma? Tampoco se lo preguntó en ese momento. Su problema inmediato era de índole más práctico: le costaba encontrar las teclas. Para no cometer errores habría tenido que detenerse a buscar cada vez la letra correcta pero el impulso la llevaba a ir al compás de su cabeza, a saborear ese ritmo sostenido que había visto justamente en los escritores de las películas. Siguió como podía, cometiendo tantos errores que el texto se le volvía ilegible. Tres días después realizaría una acción a la que solo la pudo instigar la pasión desenfrenada: anotarse en las Academias Pitman. Los triunfadores del mañana, así decían los carteles con los que estaba empapelada Buenos Aires. Un hombre y una mujer mirando hacia el futuro enfrentaban aguerridos ese futuro con el arma infalible: un diploma de dactilografía de las Academias Pitman. Ella no tenía el menor interés en enfrentar el futuro con un diploma de las Academias Pitman pero necesitaba escribir sin pensar en las teclas, así que se anotó y fue. Entre un ejército de futuros triunfadores del mañana, la benjamina de Ibsen se encontró ante un teclado sin letras, con el mandato de escribir a ciegas, sin la más mínima falta, qwert poiuy. Cien veces. Se volvía loca. Al menor error hacía lo que su instinto le dictaba: retrocedía un lugar y ponía la letra correcta. ¡Pecado imperdonable! La capanga venía, le sacaba con ferocidad la página mancillada y la hacía empezar todo de nuevo. Sin discusión posible. Ella, que polemizaba mentalmente con Ibsen, nunca pudo convencer a la capanga de que no le importaba en lo más mínimo que una letra estuviera superpuesta a otra, que ella venía porque. No había apelación: una triunfadora del mañana no podía tener en sus páginas una letra superpuesta. Aguantó quince días. Al décimo sexto mandó al diablo a la capanga y a los futuros triunfadores del mañana y no volvió más. Pero le sirvió. Aunque nunca llegaría a escribir con todos los dedos, había adquirido la soltura de usar ese teclado como un músico improvisa, sin que una leve vacilación mecánica interrumpiera la corriente de su inventora cabeza.

Exageración: su cabeza no era tan inventora como había parecido esa primera mañana en que

escribió: “Tenía ocho años cuando la vimos por primera vez” y de un tirón, con innumerables errores y desde una narradora misteriosa, habló de la Tapia Sagrada y del mástil que estaba delante de la tapia y remataba en una figurita indescriptible a la que llamaban la Esfinge y a la que atribuían poderes mágicos. “Aquel que consiga trepar por las grietas, pararse en la parte superior de la Tapia Sagrada y tocar la Esfinge será Rey del Mundo”, escribió que estaba escrito en la tapia, y que siempre podía verse a algún chico que escalaba un tramo, miraba hacia arriba la interminable pared gris, y al fin saltaba al suelo. “Pero la tarde que digo pasó algo distinto”, escribió, y fue como un maelstrom que la atrajo y la impulsó hacia lo desconocido. La historia empezaba por fin. La que cuenta la escena está con otras nenas mirando trepar a los varones cuando aparece una chica desconocida, vestida con pantaloncitos cortos y comiendo uvas. El Colo, pelirrojo de ojos verdes que les gusta a todas, trepa más rápido que los otros y se les adelanta. El resto de los varones, uno tras otro, van saltando al suelo. El Colo queda solo; mira para abajo, como para saltar. Entonces, desde atrás, se escucha un grito.

—No aflojés, principito.

Es la de las uvas.

Los varones hacen burla. ¡Arriba, principito!, gritan con voz chillona. Pero el Colo no salta.

Ahí el suspenso. El pie del Colo que busca otra grieta, el aliento contenido de los espectadores. Vacilación del Colo.

—Más alto —la de las uvas.

Y el Colo vuelve a subir.

El pobrecito va a morir, dice una de las nenas. Algunos gritan. El Colo mira para abajo.

—No —dice la de las uvas—. Hasta arriba de todo.

—Callate, malvada —dice la nena dramática de recién—. El pobrecito va a morir.

—Hasta arriba —dice la de las uvas. Uno de los chicos la empuja. Ella cae al suelo pero no parece importarle. Se levanta y, con los ojos fijos en el Colo, que sigue subiendo, hace que sí con la cabeza.

Nadie se anima a hablar. El Colo se queda quieto un momento. Parece que dudara.

—Ya falta poco —dice la de las uvas.

El Colo intenta dar otro paso pero pisa mal y se tambalea. Algunas nenas gritan y la que cuenta la historia cierra los ojos. Cuando los abre él está apoyando los antebrazos en la parte superior de la tapia. Da un envión y queda arriba.

Hay una ovación. Después, un silencio tremendo. El Colo ha dado un paso hacia arriba y extiende el brazo. Creo que me voy a morir, dice la nena dramática. Él apoya la mano en la Esfinge. Es el Rey del Mundo.

—Y yo soy Hilda Wangel —se oye desde atrás—. La nueva vecinita.

No había salido tan nítido de entrada, claro, pero fue esa mañana que descubrió la ficción.

Vamos, querida, no sigamos engañándonos. Eso es lo que contaste hasta el hartazgo en las

entrevistas que vinieron después de la publicación. “Esa mañana en que inexplicablemente descubrí la ficción y que me cambió la vida para siempre”. Pero es mentira, y lo sabés muy bien. O es solo una parte de la verdad.

Como el origen de toda historia inventada. Viene entrecruzado hasta el infinito de recuerdos, de miedos, de asociaciones locas, de momentos de una inexplicable felicidad. Razón por la cual no queda otra que simplificar, ¿verdad? Ya lo explicó Tristram Shandy: Narrarlo todo es imposible.

No me vengas con citas cuando las papas queman. Acá no hay cruces infinitos. Hay uno solo, que te estuvo corroyendo durante una semana. Y tiene nombre.

El Chajá, le iba a decir; poeta. Se le presentó en el café La Comedia, de Corrientes y Paraná. Greta no conocía en persona a poetas ni a escritores de ningún otro tipo. Simplemente leía: poesía, novelas, teatro, todo lo que le caía en mano. Para ella un poeta era alguien sagrado, casi incorpóreo. Cuando estaba en cuarto grado la maestra le había regalado un libro, *El niño poeta*, y ella se había bebido el título como un elixir mágico. Niño poeta, ¿puede existir algo más bello?, se esforzaba en pensar mientras avanzaba en la lectura, aun cuando el niño del libro no era tan niño y como poeta resultaba demasiado patriótico para el gusto de Greta. Se quedó con la esencia: niñopoeta; suficiente para ensoñar. Después vinieron las rimas de Bécquer, y los poemas de Amado Nervo y de Alfonsina Storni y de Darío y de Juana de Ibarbourou y de García Lorca y de Miguel Hernández y de Guillén y de Tuñón y de Whitman, ah, Whitman, *yo misma me celebro y a mí misma me canto*, ¿puede existir algo que haya sido escrito de manera tan directa para ella? Se le había abierto una puerta que la estaba llevando al infinito. Hacía poco había descubierto a los poetas de El Pan Duro y había entendido, como se entiende un fenómeno casi milagroso, que también ahora, y hablando de un mundo que era su mundo, se podía hacer poesía. ¿Se le cruzó algo parecido a “No estoy sola”? Categóricamente no. En ese tiempo ella no soñaba siquiera con ser parte de ese mundo que sentía luminoso. Poetas eran los otros, escritores eran los otros, los que eran capaces de conducirla a un territorio más vasto y tentador que el que ella habitaba. Se refugiaba en lo que esos constructores remotos habían compuesto para ella; luego: no podía ser ellos. Simplemente, por un impulso elemental e ineludible, escribía. Contra el mundo, contra la tristeza, contra el aburrimiento, contra la injusticia, contra las peligrosas aventuras de su cabeza, para no morirse de soledad, para no volverse loca, para no reventar de risa ante la ridiculez que, como un radar, percibía en individuos irreprochables. Escribía. En eso estaba una tarde, en una mesa junto a la ventana del café La Comedia, a donde solía ir huyendo de su madre que, aun cuando ya no se valía de la palabra “huraña” para definirla, seguía considerando una ofensa personal que su hija, educada con tanto esmero y tan promisoria como parecía (¿parecía promisoria?, ¿había empezado a despuntar algo de la niña muda que había sido? Ya discutía con sus profesores, eso es cierto, y hacía canciones, y escribía monólogos que luego graciosamente actuaba, y era capaz, para regocijo de sus compañeras, de deslumbrar al

profesor de filosofía con una exposición que armaba ahí mismo con conocimientos venidos de un ámbito no escolar, pero ¿esas pequeñas extravagancias aportarían algo a las expectativas de su madre?), su niña no tan tonta, en suma, no se comportara como una chica normal. Entonces, para conformarla, ella fraguaba una actividad normal, compartida con una inventada niña normal y se iba solita su alma hasta el café La Comedia. Ahí se sentaba junto a la ventana con su cuaderno. Fue en uno de esos atardeceres que sintió una presencia extraña: levantó los ojos y vio a un hombre parado junto a su mesa, mirándola.

Que venía observándola desde hacía días, dijo; que tenía curiosidad por saber qué escribía con tantas ganas una chica tan jovencita —¿mirada un poco obscena?; quedarse en el molde—. Que a él le interesaban mucho estos empeños de la juventud —¿cuántos años tenía el tipo?, parecía medio viejo— por una novela que estaba escribiendo. Porque ahora estaba escribiendo una novela aunque en realidad, hasta el momento, era conocido solo como poeta, ¿ella lo había reconocido? —¿cómo diablos iba a reconocerlo? No había visto a ningún poeta ni en foto. Y la foto era lo que menos le importaba de los escritores. De carne y hueso sí, en los últimos tiempos se moría por conocer alguno. Para algo como eso venía a La Comedia; le habían contado que ahí no solo iban actores famosos, también escritores, quién te dice—. No, no lo reconocí, admite con sobriedad. El ahí le zampa un libro. ¡Un libro! El tipo que tiene enfrente escribió un libro. Ella se impresiona pero trata de disimularlo; de refilón mira el nombre. Él sin duda lo advierte: “Pero me llaman Chajá”, le chanta ahí mismo. ¿Le chanta? Siente que por algo, al rememorar la escena, se le cruzó esa palabra. Por segunda vez. Chanta, no Chajá deberían llamarlo, le va a decir a Hertha Bechofen dos años después de este encuentro en La Comedia, cuando le cuente, muerta de risa, su aventura adolescente. En este primer rato de tenerlo enfrente (ahora está sentado) no encuentra ningún motivo para que se le cruce esa palabra. Se le está abriendo la puerta hacia un mundo desconocido que ambiciona. Y desde hace tiempo no les hace asco a las puertas abiertas, ni siquiera a las rendijitas. Si puede entrar a un mundo que la tienta se mete de cabeza, después verá cómo salir. Con el Chajá no se engaña, desde el primer roce aparentemente casual (un dedo de él recorriendo el dorso de su mano) sabe que lo que él quiere es acostarse con ella. Ella lo observa tender las redes; reconoce que lo viene haciendo con bastante soltura; la primera falla se produce en la parte en que el galán le lee sus poemas; voz algo empalagosa, miradas furtivas a la víctima (para ver si yo me caía desmayada por la emoción, le va a contar a Hertha). La víctima no cae desmayada; ya leyó la poesía suficiente como para saber que el galán no está a la altura de César Vallejo ni de Whitman. Tampoco es Bécquer, lo que tendría su encanto. Igual pone cara de alumna atenta. Lo que el galán no sospecha es que, a partir del tercer poema, ella tiene tomada la decisión de acostarse con él. Y no porque la atraiga gran cosa; es bastante viejo pero sobre todo se ve a las claras —segunda falla— que es menos inteligente que ella. Lo que pasa es que hace un tiempo decidió que no quiere ser virgen. Ser virgen es ser vulnerable, ha pensado. Es estar a merced del primero que consiga llevarse el premio. Ella no quiere estar a merced de nadie.

Prefiere decidir ella quién va a ser el desflorador. Un poeta, aunque no sea de los mejores, no está mal. Al menos debe tener cierta imaginación. Seguro que el tipo en su cabeza ya está armando la bonita fábula del poeta y la niña. Aceptable. La niña hace todo lo que corresponde para que la fábula no se arruine. Emociones tiene, pero seguro que no las que supone el galán. Entrar en un hotel alojamiento, eso la vuelve loca. Y un rato después verse en el espejo del techo. Desnuda. Se gusta desnuda, observando la escena desde el techo. Estoy en la cama con un hombre, dice la imagen. Eso es lo que más le gusta. Pero también le gusta saberse mirada. Y no le desagradan ciertas caricias. La acción en sí de ser desflorada le resulta más que nada incómoda, pero no lo demuestra. Todo está sucediendo —ella considera— para regodeo del galán. Y no se verifica ninguna aspereza digna de mención hasta el momento en que la desflorada se despierta —porque increíblemente se durmió, o sea que algo salió bastante bien más allá de la incomodidad—. Porque apenas abre los ojos ¿qué ve?: al galán en pelotas sentado en el borde de la cama leyendo su cuaderno. Esa fue la verdadera violación, va a estar en condiciones de decirle dos años después a Hertha. Ahora, la furia que siente es inexpresable. Querría gritarle algo al tipo pero no sabe qué. Solo lo observa desde la cama. Por fin él se da vuelta, verifica que está despierta y, con la superioridad que le confiere ¿qué?, ¿ser hombre?, ¿ser viejo?, ¿haberla desvirgado?, ¿poseer en letras de molde sus propios escritos?, agitando el cuaderno y con la boca un poco torcida le zampa: “Sí, está bien, pero acá no hay historia: en las historias la gente fuma, usa corbata, estornuda”. Ella explota por dentro: nunca le pidió una opinión al tipo ese y tampoco pretendió escribir una historia. No le sale decírselo pero la indignación la arrasa. Lo que de verdad desea es darle una formidable patada en los huevos. Pero la fuerza física no es ni va a ser su arma. Le queda un solo recurso entonces; todavía no lo ve con claridad pero ya lo presiente: va a demostrarle al violador —¿va a demostrarse a sí misma?— que, si se lo propone, es bien capaz de escribir una historia. Sin necesidad de estornudos ni de corbatas pero tan contundente que al Chajá le va a caer como una buena patada en los huevos.

O sea que por fin llegamos a la madre del borrego. No fue por un impulso milagroso que esa madrugada te encontraste con la ficción.

¡Qué borrego ni que madre! Conozco muy bien el corazón de mis impulsos. Solo que no viene al caso.

Viene, querida. Tal vez a esta altura del partido no estaría mal que te preguntaras si ese corazón tuyo siempre te lleva por la buena senda.

Oídos sordos. Lo que descubrió bien pronto (y es de eso que quiere hablar) fue que contar una historia no era soplar y hacer botellas. Había palabras de más y palabras de menos por donde mirara pero eso no era lo peor; lo peor era que se le cruzaban personajes que no tenían nada que ver y que parecían pedirle a los gritos ser contados pero que no iban a ninguna parte. ¿O tal vez era ella la que no les permitía ir al lugar al que querían dirigirse? Ojo al piojo, no caer en la trampa de la enana jodida. Si desechaba ciertas tramas que como un aluvión atravesaban su

insubordinada cabeza era porque una noche, en un hotel alojamiento, se había prometido escribir algo que resultaría más fulminante —más doloroso para el orgullo del macho herido— que una patada en los huevos. Así que, por el momento, debía desechar toda imaginería que no la condujera a esa patada.

O sea que la precoz lectora de Ibsen se había propuesto llegar a la torre más alta.

Y qué. Cada uno —y cada una, querido Henrik— se busca la Hilda Wangel que tiene a mano para que lo impulse a subir.

A ella le había tocado un Hildo y con los años, y solo en la intimidad, lo erigiría en el disparador de su destino literario (pobre Chajá, si alguna vez llegó a sospecharlo). Pero para eso todavía falta.

Ahora lo único que sabe es que ahí, en esa Hilda Wangel que come uvas y grita ¡más alto!, está la historia que quiere escribir. ¿Si tiene que ver Ibsen con esa ocurrencia?, ¿si tiene que ver el Chajá? Quién puede decretar por cuál suma de incidentes se abre paso un destino, qué cruce de acontecimientos, vivencias, frustraciones y pesadillas debe darse para que aparezca una necesidad que permanecía oculta y que incita a hacer lo que esa madrugada de sus dieciocho años hizo Greta. Levantarse de la cama y empezar a escribir una ficción.

Después de ese primer madrugón en que de un saque inventa la tapia, el rey del mundo y la irrupción en el pueblo de la nueva vecinita, las cosas ya no son tan fáciles. ¿Quién es esa que cuenta la historia y por qué la cuenta? Y del chico que sube ¿qué sabe? Es una especie de ente, salido vaya a saberse de qué tiniebla de su propia infancia, pero ¿qué puede decir de él? ¿Y por qué el Colo? ¿De dónde salen los nombres? Difusamente empieza a saber que con su idea fija de "llegar a lo más alto" Hilda va a ir hundiéndoles la vida a varios de los que la rodean pero, a quiénes y de qué manera les va a arruinar la vida, cuál va a ser el suceso crucial que desencadenará el drama, cuál drama, y, lo más acuciante, cómo va a terminar la propia Hilda Wangel. ¿Triunfante?, ¿ferozmente castigada?, ¿con destino abierto? Aprende a los bandazos que nada está definido de antemano; la historia es suya, y suyas van a ser todas las decisiones. Mamita querida, en qué baile se metió. Pero le gusta este baile; por primera vez siente que eso caótico que se le agolpaba e inútilmente la sacudía desde que tuvo uso de razón empieza a tener un sentido.

Se levanta a la madrugada porque las posibilidades se le amontonan y no la dejan dormir. Hace mucho que abandonó la Pitman y con dos dedos escribe a la velocidad que le dicta su cabeza. Da clases para subsistir y mientras le explica el teorema de Pitágoras a un adolescente odiador de las matemáticas se le ocurre algo que un rato más tarde, en el colectivo que la lleva a su casa, apunta en un cuaderno. Escribe mientras camina por la calle, cuando toma mate con su madre, en los encuentros con sus amigas. Convive con Hilda Wangel y con cada uno de los que la rodean; vislumbra cómo son algunos de los habitantes de ese pueblo, que ahora le resulta menos ignoto. Va aprendiendo qué es eso de ver el mundo y contarlo desde una mujer que no es

ella. Descubre el trabajo de construir una ficción.

Y un buen día, casi dos años después de la madrugada inaugural, llega al final. Es un bodoque, ella lo sabe, pero ahí está, entero, lo que quería hacer. O al revés: ahí está, entero, lo que ella quería hacer pero es un bodoque. Lo lee y no hay caso: no sabe ni por dónde empezar a cambiarlo. Ahí otra vez interviene el bar La Comedia. Ella está en una mesa, al lado de la ventana, pero ya no esperando la llegada del Escritor sino leyendo su propio original. Debe tener cara de desesperación porque en eso escucha:

—¿Qué te está pasando, Gretel?

Se sobresalta. Siglos que no es llamada Gretel.

Levanta los ojos y él la está mirando, muerto de risa. Hansel. Hansel y Gretel, así se llamaban a sí mismos: los dos raritos del jardín de infantes. Ahora es muy alto y flaco. Una versión juvenil de Kierkegaard.

Garita, se acuerda. El apellido era mucho más largo y más vasco pero desde chico lo llamaban Garita. Cree que el nombre nunca lo supo. Ella siempre lo llamó Hansel. Se entendían. Y ahora, sentados los dos en una mesa de La Comedia, también se entienden. Él le cuenta que es gay. Y ella le cuenta, como nunca pudo contárselo a nadie, lo que está escribiendo y el terror que tiene ahora que lo ve escrito y lo siente tan lejos de lo que quiso hacer.

—Conozco a la persona que te puede ayudar —dice él.

Es así como, a los veinte años, Greta conoce a Hertha Bechofen. Es austríaca, de Viena, llegó a Buenos Aires en el 38 huyendo del nazismo, y Garita es una especie de protegido suyo.

Fuera de la locura de escribir (dice Greta) todo lo que sé sobre la construcción de un texto lo aprendí con Hertha. Ya hablaba castellano casi a la perfección pero la cosa no iba por ese lado. La forma, los secretos de la forma, eso fue lo que me reveló. Hablaba poco, pero sabía lo que decía. Y yo absorbí sus palabras como una esponja. Fue mi amiga, o yo siempre la sentí así. Tal vez lo que en seguida le gustó de mí fue que yo amara a Ibsen y a Thomas Mann. No sé. Lo cierto es que pude trabajar *Hilda Wangel* hasta que, por fin, fue lo que yo quería que fuera.

Resultó una pequeña revolución esa breve novela cuando salió, les dice a los visitantes. Supongo que tuvo bastante que ver la edad. Veintidós años, imagínense. Pero a mí me enfurecía que ponderaran mi edad. Y también que les pareciera algo notable que yo fuera mujer. No. O el mérito estaba en lo que había escrito o que le fueran a cantar a Gardel. En todo lo demás los halagos me gustaron, para qué nos vamos a engañar. Ahora pertenecía al pequeño mundo literario. Existía para ese mundo y trabajaba de figurita difícil. Eso tiene su encanto. Además estaba la época, claro. Los dorados sesenta, cuando a los jóvenes nos resultaba más fácil.

¿Qué? ¿Qué cosa les resultaba más fácil a tus jóvenes? ¿Escribir? ¿Algo como eso era lo que estabas por decirles? Mirala vos a la omnisciente; así que ahora se siente capaz de dar cuenta de todos los jóvenes de su generación. Ojito, parece que otra vez te falla la lógica; ¿no estarás tomando el todo por la partecita? No era a tus jóvenes, abuelita de los cuentos; era a vos. Cuando

a vos te resultaba más fácil escribir, decilo de una vez con todas las letras.

Callate, no es esa la cuestión ahora.

Es la única cuestión. Ahora.

Mira la cara expectante de Marcos y de Albertina. ¿Habrá hablado de más? ¿Qué parte de la historia realmente les contó?

—¿Vivir? —escucha.

La pregunta de Albertina parece haberla despertado de un sueño.

—No entiendo de qué estás hablando —dice.

—Te preguntaba si a los jóvenes de tu tiempo les resultaba más fácil vivir —dice Albertina.

—Vivir nunca es fácil —nota que está enojada—. Cómo se te pudo ocurrir semejante —se traga la palabra "estupidez"— ingenuidad.

Albertina se encoge de hombros.

—Como te interrumpiste en la mitad de la frase… Supuse que era eso lo que estabas queriendo decir.

—Te aviso desde ahora: no me gusta que *se suponga lo que quiero decir*. Lo que quiero decir lo digo —¿qué le está pasando?, ¿a qué viene tanto descontrol?—. ¿Y qué quiere decir eso de "los jóvenes de tu tiempo? Parece que estuvieras hablando de la prehistoria.

Tiene un sobresalto. Acaba de tomar conciencia de que está hablando nada menos que de sesenta años atrás. Mucho, ¿no? Trata de recordarse a sí misma a los veinte años, escuchando a su madre que le cuenta cómo a un tío suyo, en la Semana Trágica, unos hombres lo arrastraron de la barba por ser judío. Historia antigua, eso le parecía. Y encima se quedó corta con el ejemplo; la Semana Trágica fue en 1919, apenas cuarenta años antes de la tarde en que Greta está escuchando el relato de su madre. ¿Cuál sería el ejemplo correcto? Es adolescente y en un bar escucha a un viejo contándole a otro que, cuando era muy chico, vio llorar a un vecino suyo porque Roca había promulgado la Ley de Residencia. ¡Me van a echar, me van a echar!, cuenta el viejo que decía el vecino y ella piensa, qué impresionante, este viejo ya había nacido en los tiempos de Roca… El espanto la arrasa: esto que fue su vida, esto entrañable y familiar que sigue conviviendo con ella y la constituye, para sus visitantes debe ser solo la ilustración de un incidente que leyeron en un libro de historia. Trata de que la idea le resulte divertida.

—Perdoname, Albertina —se ríe—. No parece: *es* la prehistoria. O por lo menos suena a lección de colegio. —Astolfi, se acuerda, libro obligado como si toda la historia antigua, moderna y nacional hubiese estado reproducida en sus páginas. Mejor no lo menciona—. Qué le vas a hacer, cuando una ha vivido tanto se vuelve histórica. Le guste o no.

—Pero le gusta —dice Marcos con énfasis; parece haber descubierto algo que lo fascina.

Greta tiene ganas de saber qué lo fascinó y, sobre todo, en qué se basa para afirmar que le gusta ser histórica; ella no está tan segura de que eso le resulte agradable. Pero, por las dudas, no intenta averiguarlo. Mejor desviarlo del tema. Sonia, ahí está la solución. Antes de que fueran a parar a *Hilda Wangel* él dijo que le interesaba el tema Sonia.

—Puede ser —dice—. Pero no quiero desviarte de tus temas. Me habías dicho que querías preguntarme sobre Sonia. Adelante.

Marcos se ríe; mira fugazmente a Albertina.

—Te lo dije —risita de Albertina—. Maneja los hilos.

Marcos sacude la cabeza.

—Delirios de Albertina, no se preocupe —dice—. Claro que me interesa el tema Sonia.

Vacilación de Greta. No puede dejar pasar así como así la mirada que Marcos le dirigió a Albertina, y menos el "maneja los hilos" de la chica. Sí, puede. ¿Qué le importa al fin y al cabo lo que piensan de ella? La entrevista no va a ser eterna y la mesa ya está en el lugar que le corresponde.

—Empecemos entonces —dice.

Marcos revisa su libreta. Se ve que encuentra el ítem.

—¿En algún momento sintió que usted y su prima Sonia eran parecidas?

¿Parecidas? Una ráfaga de terror la atraviesa. ¡No hagas asociaciones pueriles, están hablando del pasado!

—No, nunca —dice—. ¿Sabés qué pasa? Sonia para mí era su exterior, el pelo, y esa esbeltez, y la destreza para todo. La marca de mi fatalidad: yo nunca iba a ser como ella. Yo era su juguete, ahí está; y me resultaba un descanso tremendo. Nunca sentí ese descanso con otras personas. Aprendía las canciones que ella cantaba y la imitaba cuando ella bailaba frente al espejo. Pero no porque quisiera bailar como ella: bailaba porque la hacía reír.

Mentirosa, ¿ya no te acordás de las horas que te pasaste ante el espejo tratando de descubrir de donde saldría esa gracia que a vos se te seguía negando? ¿Y la noche en que le pediste a Dios ser como ella? Qué dicha, qué facilidad eso de tener un cuerpo que ilumina por su sola presencia, sin el más mínimo esfuerzo. Solo que ahora tenés miedo, ¿no? A ver si el pedido se te cumple a destiempo.

—Pero al fin, ¿la querías o la odiabas? —está diciendo Albertina.

¿Odiarla? No. Solo quiere que se muera de una vez, ¿qué sentido tiene esta existencia que se prolonga? O no volver a verla, como se juró que haría después de la última visita. Si lo único que puede hacer por ella (¿o lo hace por sí misma?) es rescatarla por unos minutos de ese pozo sin fondo en el que nunca termina de hundirse. Sacar a relucir a una parienta con sombrero de plumas que las visitó en la casa de su abuela y las hizo llorar de risa o recobrar la escena atesorada en que Greta es una niña con flequillo llevada a babuchas por la prima grande, agarrada a sus trenzas como a bridas hasta que Sonia la tira sobre la cama y le hace cosquillas.

¿Te acordás? Entonces el pequeño resplandor, algo que debe estar fulgurando en esa cabeza en la que solo quedan pocos pelos blancos con algún remoto reflejo rojizo. Greta también resurge en ese resplandor, dichosa y amada por la prima grande y a distancia infinita de la mujer que ha contado el recuerdo y a la que Sonia no reconoce.

La última tarde que la vio les tocó el turno a los boleros, ya lo tenía decidido desde antes de entrar al geriátrico. ¿Te acordás cómo era ese que se llamaba *Mi carta*? "Querida, vuelvo otra vez a conversar contigo", empieza Greta, como la maestra que pone la eme y la a para que el pequeño alumno complete la palabra. Y da resultado. Sonia está cantando ahora. "La noche tiene un silencio que me invita a hablarte, y siento que tú también estarás recordando, tesoro, las incidencias de este amor extraño". Ya no es la chica de trenzas sino una muchacha de cintura muy apretada y melena al viento. "Pero hay una melena", canta Greta cambiando bruscamente de ritmo, "que me tiene loca", canta Sonia. "Y es esa melena, melenita de oro", cantan las dos, triunfales. Y no existe el tiempo, ni existe la destrucción, ni existe la muerte.

—¡Orejones!

—Qué.

—¡Orejones! —vuelve a gritar Sonia.

Hay un pequeño derrumbe. ¿Y qué esperabas, tarada? No hay vuelta atrás.

Greta se levanta y va a llamar a la enfermera.

—No sé qué le pasa —le dice—. Pide orejones.

—Sí, claro —dice la enfermera, como si se tratara de la cosa más natural del mundo—. Ya se los llevo.

—Yo tengo que irme —dice Greta.

Y mientras se jura que esta es la última vez le da un beso en la frente al ser que ahora parece haberse olvidado, incluso, de los orejones.

—¿Por qué la iba odiar? —dice Marcos—. ¿Te creés que las cosas son siempre blanco o negro? Te metés a preguntar y no tenés ni idea de lo que yo estoy buscando. No entiendo para qué te dejé venir.

—Ay, miralo al machirulo: me dejó venir. Pendejo, ¿no te das cuenta de que yo voy a donde quiero cuando se me canta el forro de las pelotas?

—No es cierto, vos te aprovechaste de algo que conseguí yo por las mías.

Albertina se golpea el pecho; dice algo que Greta no entiende; Marcos le contesta con rabia. Greta ahora se siente en una especie de nube, alejada años luz de los orejones y también de los problemas que, al parecer, aquejan a sus visitantes; Dios mío, qué desprolijo es ser joven, se le cruza entre el griterío de la discusión. Le divierte la ocurrencia.

—Perdón —empieza, ¿a punto de pronunciar algo cargado de ironía o de sacar a relucir su

autoridad?

No llega a averiguarlo. La palabra “perdón” ha interrumpido de golpe la discusión, como si recién se acordaran de que ella está ahí. Un torrente de disculpas cae sobre ella. Se alarma. Se percibe demasiado respetable ante la mirada de sus visitantes y eso no le gusta.

—Tranquilos —dice—, la cocarda está acá y se puede compartir.

Le da la impresión de que no tienen ni la más remota idea de lo que quiere decir “cocarda” ni de lo que ella quiso decir; lo sobrellevan bastante bien.

—Lo que pasa es que tenemos distintas aspiraciones —dice Marcos.

—¡Aspiraciones! Tiene cada palabrita este. Yo en cambio no aspiro —Albertina se ríe—. Vivo ahogándome.

—Pura pose, nena. *Trabajás* de ahogada.

—Si piensan pelearse otra vez, no hay problema —dice Greta—. Pero por lo menos me gustaría entender algo. ¿Son pareja o qué?

—¡No! —dicen los dos al mismo tiempo, y cada uno empieza a explicar algo que en la mezcla no se entiende.

—Paren, paren. —Greta hace el ademán de detener un alud con las palmas—. Se ve que al menos en algo están de acuerdo. Bueno, soy mano, ¿no? Les toca a ustedes entonces —¿entenderán lo de ser mano?, por las caras que ponen parece que no, ¿jugarán al truco?—. Que me cuenten de dónde se conocen, digo. Pero de a uno, si les parece.

Hay una especie de diálogo mudo entre Albertina y Marcos, un entendimiento que parece venir de lejos.

—Cuento yo —dice Albertina; toma aire—, nos conocimos en la sala de pollitos.

Dios, va para largo, piensa Greta; y me metí sola en esto, ¿me estaré volviendo buena? Es entonces cuando cree haber escuchado la palabra “puta”. Presta atención. Yo lloraba, está diciendo Albertina, y todos los chicos se reían de mí; el único que me consolaba era Marcos.

Mejor preguntar antes de que me pierda del todo, piensa Greta.

—¿Por qué llorabas?

—Te dije. Porque mi mamá estaba loca.

—¿Loca, cómo?

—Loca. Se vestía como una loca, y se cogía a todo el mundo y era capaz de decirle cualquier cosa a cualquiera.

—Epa, mucho para que lo note un pollito, ¿no? ¿No estarás exagerando un poco?

—Ya éramos conejos —dice Marcos.

Hay un silencio y de pronto los tres largan una carcajada.

—Parece que tu entrevista está tomando una derivación rara, ¿no? —le dice Albertina a Marcos, casi doblándose de la risa—. No sé si a tu profesor le va a gustar.

Y entonces, en medio de las risas —¿alguno la vio primero?, ¿uno de los tres la señaló?, como

sea que haya ocurrido quedó una visión simultánea, un acto compartido, uno de esos momentos milagrosos en que la realidad vira, o parecer virar, hacia la felicidad, y crea la ilusión de que ese fulgor es eterno—, observándolos con su mirada verde de curiosidad, como si hubiese estado allí desde siempre, parada sobre la mesa desierta está la gata.

¿Es una señal? Pasada la euforia del momento Greta se inclina a creer que, más bien, es una advertencia, aunque no sabe bien de qué. No se lo dice a los visitantes. Se los ve contentos, convencidos de que su misión ha sido un triunfo. Mejor así. La vida de los dos, al menos durante unos segundos, está justificada, ¿por qué privarlos de este instante de plenitud? Pero Greta conoce a Prascovia; seguramente le llamaron la atención las risas, percibió la efímera comunión que está sucediendo y no quiere perdérsela. Por eso se subió a la mesa: para observarlos. Pero no se instaló lo más oronda como acostumbra a acomodarse en ese lugar que parece considerar suyo; plantada sobre las cuatro patas contempla al pequeño grupo con mirada de espera; después camina sin apuro sobre la superficie vacía. Hecho lo cual, sin volver a mirarlos, salta al suelo y camina hacia su refugio bajo el sillón.

Gemidos de decepción de los visitantes.

—Señal de que hay que llenar la mesa —dice Greta—. Vengan a ayudarme.

Encabeza la procesión hacia la pieza del pasillo, apoya los cuadernos sobre un rincón de su pequeño escritorio de adolescente y allí señala las cosas desparramadas en el suelo.

—Sobre todo la máquina y la lámpara —dice—. Y los diccionarios pesados. Con lo demás me arreglo.

Unos momentos después están los tres en el estudio, ella indicándoles a sus visitantes dónde poner lo que van trayendo.

Se agacha para enchufar la lámpara. La enciende y, desde el suelo, percibe distraídamente cómo Marcos y Albertina van ubicando los diccionarios donde les indicó. Después la máquina que, todavía desenchufada y manipulada por manos ajenas, le resulta un objeto extraño. Ella misma se resulta extraña, ¿se siente aturdida? La sobresalta un contacto leve en el hombro. Es Marcos.

—¿Le pasa algo?

Se pone de pie, y está pensando qué debe contestar cuando la voz de Albertina viene en su salvación.

—Obvio que le pasa algo —dice—. Necesita quedarse un rato sola, ¿no te das cuenta? —mira a Greta—. Acomodar tus cosas sin testigos, ¿no? Te entiendo; yo soy un poco como vos.

Es eso exactamente. Siente una corriente de cariño por Albertina. Decide que le va a regalar el escritorio.

—Algo así —dice.

—Dale. Nos vamos a dar una vueltita por San Telmo, así te damos tiempo para acomodar.

—Y para que la gata vuelva del todo —dice Marcos.

Greta siente que la recorre una inusual oleada de ternura.

—Son grandiosos —ve el destello de sorpresa en los visitantes. Se ríe—. A veces tengo arranques, pero no se fíen. Les prometo que cuando vuelvan voy a ser otra vez yo.

Hay momentos en que la vida le parece fácil. Ahora. El pasado, que por virtud de sus visitantes estuvo removiendo al tuntún, se le aparece como una constelación todavía no vislumbrada del todo pero que un día va a revelar su forma y tendrá un sentido. Ella va a darle esa forma y encontrarle el sentido. Ese pálpito la protege como un aura. De qué. Desecha la pregunta; se siente tan plena que no tiene interés en andar cuestionándose como es su costumbre aunque no puede evitar que subliminalmente se le arme una respuesta: ese pálpito me protege de la nada. ¡Casi nada lo del ojo! La expresión le salió del alma y le da risa. ¿De dónde vendrá? Seguro que sus visitantes no la conocen, cada dicho desnuda la intimidad de una época. Como las canciones. Hasta esas que le parecían feas o ridículas ahora le traen en carne viva el tiempo en que estaban de moda, la acarrean a ella misma en carne viva desde esa época, la transportan con trece años, burlándose de la letra de *Marcianita*, canción insulsa que se escuchaba día y noche por la radio en la que se registraba el diálogo del cantor con la aún distante joven oriunda de Marte y que culminaba: “Y en el año setenta seremos felices los dos”. Ahora mismo, mandada por la canción que de improviso se le impuso, percibe simultáneamente, desde la chica que se está burlando, lo lejano que se ve el año setenta, y desde esta mujer de setenta y siete que está tratando de que no se le esfume la alegría, lo infinitamente lejana que está de ella la chica que se ríe. Pero claro que no se va a poner melancólica. Esta es una tarde dichosa. A esta altura ni siquiera la inquieta haber incumplido su juramento. Al contrario; ese incumplimiento está haciendo posible que una corriente contenida durante muchos años se esté echando a andar. Y en rigor ni siquiera se puede decir que esté faltando a su palabra porque ¿qué era lo raigal de su juramento al fin y al cabo? No hablar de Vera. Y por supuesto que no va a hablar de Vera, eso sí que lo tiene bien claro. Nada de problemas. Ni siquiera la va a nombrar, ni falta que hace: hay un aluvión de vida que se le desboca y que pide ser abordada. No solo desde las canciones; también desde los dichos, de los que emerge palpitante el perfume de una época. Va a sacar el tema cuando vuelvan los visitantes, tiene su jugo. Ahora sí la alegría la recorre como un elixir benéfico y todo lo que desea le parece accesible. O tal vez lo que sucede es más sencillo; en este instante tiene un único deseo y es bien accesible: encontrar el número del celular de Marita Volkonski. Manos a la obra. Busca el anorak que usó en el viaje de vuelta de Patagones y revuelve en el bolsillo. Saca un pequeño papel; ahí está. Marca el número y unos segundos después la voz amplia y poderosa de Marita Volkonski le confirma que la vida empezó a acomodarse.

Claro que se acuerda de Greta, cómo no se va a acordar: no cualquiera se sabe de memoria *Amarraditos*; ¿conoce otras por el estilo? Cualquier día de estos la pasa a buscar para que se hagan una ruta cantada, ¿qué le parece el programa? ¿Sensacional?, entonces ya es casi un hecho. ¿Cómo? ¿El escritorio? ¿Así que ahora hay que sacarlo de la casa? Y bueno, cada uno conoce las razones de sus idas y vueltas, ¿no?, menos pregunta Dios y perdona. Sí, puede, pero recién a la noche, ¿le viene bien? Entonces cerca de las nueve va a andar por ahí, capaz que hasta se pueden cantar algo mientras ella baja el mueble por las escaleras.

Greta tiene ganas de aullar; todo parece tan sencillo con Marita Volkonski. Decide que va a comprar empanadas y un vinito, ¿comer los cuatro? ¿No se le estará yendo la mano en la confianza con sus visitantes? No era esa la idea. Pero estos chicos están consiguiendo una misión imposible: la están conquistando. Mira la hora; mejor que se apure antes de que lleguen.

¿Apurarse para qué? Momento de zozobra: no puede sacarse del cuerpo la sensación de que tiene algo por resolver. Convivo con esta sensación, intempestivamente se le cruza y presiente que la alegría está a punto de desmoronarse. No. Mira a su alrededor como buscando un recodo por donde escapar. Su mirada se encuentra con la mesa: equipada a medias. Claro, eso es lo que tiene que resolver. Fundamental que la gata esté instalada en la mesa cuando vuelvan los visitantes. Primer paso para incitarla a venir: poner en la mesa lo que falta.

Con minuciosidad, con cierta resaca de amor, Greta va reconstruyendo su pequeño mundo. ¿O lo que un día fue su pequeño mundo? Basta: nada de preguntas inconducentes ahora.

Lápices, carpetas, atril, pequeños diccionarios de variados idiomas y argots, cuadernos diversos, libretas de todo tipo y tamaño, radio, mouse. Y una selva de hojas semiescritas en cuyo desorden hace tiempo que no se anima a sumergirse. Todo lo irresuelto, todo lo provisorio está en esos papeles. Y la tentación, al levantarlos del suelo para arriarlos hacia la mesa, de tirarlos en bloque a la basura. ¿Por qué no? Un buen modo de abolir el desorden. ¿Y también el pasado? Tabla rasa a partir de ahora, por qué no. Greta no tiene historia, tralalá jolgorio del coro. Nada soy, nada tengo, nada puedo, pequeña cosa miserable y triste. ¿De quién era ese poema? Leído en la adolescencia. O tal vez en la infancia, qué importancia tiene. Si el pasado no existe, Greta no. Greta sí. Recula. Le da la espalda al tacho de basura y se dispone a seguir instalando el desorden y el pasado y el miedo sobre el escritorio. ¿Este recular fue un acto de cobardía o un no-acto de valentía? Se encoge de hombros, no le interesa indagar en sus dudas, lo único que le interesa es que vuelva Prascovia.

Farsante.

Shhh. Encuadra los papeles, primero a lo largo, después a lo ancho, cosa de conferirles una apariencia de orden. Y ahora, a conectar la todopoderosa: la máquina de escribir. Qué nombrecito. No piensa renunciar a una expresión tan bella aunque este conjunto de piezas ignotas y canjeables no se asemeje en nada al maquinón vigoroso que ella aporreó durante años hasta quedarse sin espalda. Centra, enchufa, enciende, se sienta ante la máquina.

—Prascovia —llama, como quien ruega.

Espera, con el corazón palpitante.

—Prascovia.

Se pone de pie y, temerosa, va a mirar abajo del sillón. No se ve nada. Trae la linterna.

Un sacrilegio. Lo sabe desde antes de iluminar a la gata y encontrarse con su mirada interrogante. ¿Con qué derecho irrumpís así en mi vida?, la inquietud es tuya, no mía. Siente el golpe pero no se da por aludida. Acomoda la linterna de tal modo que siga iluminando a Prascovia y, boca abajo, va reptando abajo del sillón. Se estira todo lo que puede con los brazos hacia adelante, tan concentrada en lo que hace que casi no le queda resquicio para la inmodestia —¡qué elasticidad!, ¡que poderío corporal a tu edad, querida!—, un estirón más y consigue sujetar a Prascovia. La gata no se resiste. Con dignidad se deja arrastrar hasta quedar fuera del sofá. Greta la levanta, la abraza como si quisiera contagiarle su propia necesidad de que todo vuelva a su lugar y, del modo en que se deposita un tesoro en el sitio áureo que le está destinado, pone a Prascovia en uno de sus refugios familiares: bajo la luz, justo a la izquierda del teclado. La gata la mira, ¿expectante?, ¿condescendiente?, Greta no termina de interpretar lo que dice esa mirada, ella que siempre se ha jactado de saber qué le quieren decir sus gatos. Como si intercambiara con ellos un lenguaje articulado, suele decirles a sus amigos racionales con el claro propósito de irritarlos: ella, la cartesiana, la proselitista número uno del poder de las palabras, ¿contar tan suelta de cuerpo cómo dialoga con una bestia? Perdónalos, Señor, no saben de qué hablan, nunca convivieron con un gato.

Solo que esta vez ella no puede darse cuenta de qué le está pasando a Prascovia. Aunque quizá —y la recorre una ráfaga de pavor, pero también de ternura— Prascovia sí sabe qué le está pasando a ella. Lo que le está pasando es que, aunque no se anime a formularlo, es consciente de que, hasta el momento, los objetos que con tanto primor fue desparramando sobre la mesa son pura escenografía. Y si Prascovia sigue pegada al teclado, mirándola un poco perpleja pero sin saltar al suelo, debe ser solo para amortiguarle el miedo.

Entonces Greta enciende la máquina y cliquea en el Word.

Hay gatos escritores (escribe por un impulso). Atisban el momento en que una se sienta ante la máquina y, las manos en el teclado, inicia la ceremonia. ¿Es la liturgia misma lo que los seduce o el intuir que ese ser familiar que los cuida y les da amor está haciendo al fin aquello que lo pone en armonía con el mundo? Mishkin (secretamente el Príncipe Mishkin), esperándome en la puerta del estudio —con ese modo tan particular de esperar que tienen los gatos, sin revelar la más mínima ansiedad pero firmes, visiblemente confiados en que aquello que aguardan terminará ocurriendo, ah, maravilla, quién pudiera esperar con esa confianza—, observando con cierta incredulidad cómo doy vueltas, voy a la cocina, me preparo un mate, vuelvo, hablo por teléfono con el verdulero, ordeno unos recibos dilatando al máximo el momento en que voy a poner las manos en el teclado y me voy a animar a instalar la imperfección en eso que, mientras

voy de acá para allá con el mate, destella luminoso en mi cabeza y se instala como un pequeño diamante en una totalidad cristalina que un día (lo sé, lo decidí, no voy a detenerme hasta conseguirlo) va a ser *La memoria de Uma Harán.* Hasta que ya no resisto más el juicio de Mishkin que sigue mirándome ir de acá para allá —vas, volvés, das vueltas, ¿pero cuándo demonios te vas a sentar a escribir?— y, avergonzada por tenerlo tanto tiempo esperando en la puerta del estudio, me siento ante la máquina que todavía es, en el sentido tradicional del término, una máquina de escribir. Apenas pongo las manos sobre el teclado y pulso la primera tecla, Mishkin avanza y, de un salto, se instala en el pequeño escritorio. Es por eso, acaba de acordarse pero no lo escribe, que en la vorágine que iba a suceder después de la publicación de *La memoria de Uma Harán,* diría en más de una entrevista que esa novela la habían escrito entre los dos: Mishkin y ella. Entrevista. Con cierto espanto se acuerda de sus visitantes que van a volver en cualquier momento. ¿Por qué espanto, si cuando se fueron los amaba y hace un rato también? Porque justamente le da un poco de miedo ese amor, puede llevarla a soltar las riendas y hablar de lo que no quiere. Va a tener que cuidarse. Llevarlos, como quien no quiere la cosa, por algún terreno amable. El de los dichos de cada época, o el de Sonia, que al fin y al cabo quedó inconcluso. Mira a su izquierda. Desaliento: Prascovia ya no está sobre la mesa, ¿en qué momento se fue? Debería ser un poco menos intransigente esta gata, comprender que ella tampoco puede estar escribiendo todo el tiempo: tiene que volver sin falta antes de que lleguen los visitantes. Fácil decirlo pero. Como un pianista enloquecido pone las manos en el teclado y aporrea “Con diez cañones por banda, viento en popa, a toda vela, no corta el mar sino vuela un velero bergantín”, mucha energía, sí, pero pocas esperanzas. A la gata no puede engañarla tan fácil, aunque quién sabe, “bajel pirata que llaman por su bravura el temido en todo mar conocido del uno al otro confín”. Mientras sigue acometiendo con la *Canción del pirata,* tiene la nítida percepción física de que no es la primera vez que hace algo así. No debe pensar en eso, nada que la distraiga y la haga detenerse, “Ven para acá, me dijo dulcemente mi madre cierto día, aun parece que escucho en el ambiente de su voz la celeste melodía, ven y dime qué causas tan extrañas”, cómo sigue, no importa, la cuestión es no parar, “La luna en el mar riela, en la lona gime el viento y alza, en blando movimiento, olas de plata y azul. Y ve el capitán pirata, cantando alegre en la popa”. Qué me está pasando, es que acaso estoy loca. Se ha interrumpido pero sigue sintiendo una excitación como de droga que, desde la cabeza —¿o desde las manos? —, se derrama por todo su cuerpo. Tal vez hay algo que tengo que descubrir todavía, se dice, pero ¿acaso se puede descubrir algo nuevo a los setenta y siete años? Y quién sabe a dónde la habría llevado la pregunta si a la izquierda del teclado, casi rozando su mano, no se hubiese estado verificando el pequeño milagro. Prascovia. Está echada bajo la luz, mirándola con cierta expectativa, tan pegada al teclado que cuando ella marca una mayúscula puede sentir el pelaje suave y el calor. Greta tiene ganas de apretarla, de comérsela a besos. Pero se contiene; no debe alterar el ritual, apenas le roza la cabeza con el dedo y sigue tecleando, “Nos, los representantes

del pueblo de la Nación Argentina, reunidos en". No, Prascovia, no te vayas otras vez, te juro que no voy a seguir con esta farsa, el entusiasmo fue real, hay algo mío todavía, algo que. Entonces suena el portero eléctrico. Ella borra rápidamente lo que ha escrito, comprueba que Prascovia ha desaparecido, y va a abrir.

—¿Siempre fue así?

¿Así cómo, nene? Si pensás recibirte de periodista (supuesto tonito irónico a la altura del "recibirte") mejor que hagas preguntas más concretas. No lo dice; mejor no provocar al preguntón: no darle la oportunidad de que hile fino.

Llegó solo y parecía malhumorado, ¿por qué no habrá venido la chica? Por suerte, el relato magnificado que hizo ella de la reciente irrupción de Prascovia obró como un bálsamo, al menos durante unos minutos. ¡Así que salió del refugio!, dijo el chico, usted tenía razón al fin. Y claro (sobradora ella), ¿te creés que no conozco a mi gata?; apenas me puse a escribir se instaló como la guardiana que es. Guardiana de la escritura, pensó que habría debido aclarar pero ya estaban instalados en el estudio, Marcos con el grabador abierto y, al parecer, el ánimo mejorado. Tal vez había sido el tono sobrador que ella había usado recién lo que provocó el viraje: ese tinte agresivo en la primera pregunta. *¿Siempre fue así?* A qué se estará refiriendo. Mejor no investigarlo; largarse por el camino de la infancia, tan colmado de posibilidades benignas.

—Al contrario —dice—, yo era…

Huraña. La palabra le saltó encima como un ave rapaz. Una criatura muy huraña. Con esa frase la ha explicado su madre que charla con una vecina, desentendida del horror que la palabra "huraña" ha desencadenado en la que, colgada de su mano, lucha contra la imagen de un hombre semidesnudo de mirada torva y crenchas enmarañadas que le provoca la palabra "huraña", un hombre que se abraza las rodillas y emite murmullos indescifrables. Cómo hacer para que congenien esas resonancias humillantes de la palabra "huraña" con la soberbia de sospechar que ningún ser humano —Dios tal vez, a veces Dios— sería capaz de entender la complejidad de su pensamiento. Yo no podía expresar esa complejidad (dice) y tampoco, por orgullo, podía responder a preguntas estúpidas como "A quién querés más: a tu mamá o a tu papá", que solía hacérseles a las niñas bien educadas. Consecuencia: la mudez. Huye de la gente y se dedica a observarlos desde lejos; entonces sí, sus conductas la fascinan. A distancia y sin observadores puede dedicarse a lo que más le gusta: reflexionar sobre el comportamiento de las personas y sus consecuencias. De todo esto (dice) creía dar cuenta mi madre con la palabra "huraña". En virtud de la cual (no dice) la pequeña confidente de Dios se transforma en un salvaje hirsuto y gruñidor.

—Esta contradicción solo se me resolvía con las representaciones.

Lo ha dicho sin premeditación pero, apenas ha sucedido, malicia que el rumbo de la entrevista lo está marcando ella. Ahora, inevitablemente, Marcos va a preguntar qué es eso de las

representaciones.

Cosa que, en efecto, ocurre.

Lo que no tiene claro apenas empieza a hablar es por qué se le impuso un tema que permanecía tan quieto en el agua de la memoria. *Agua de la memoria,* Dios mío, qué buena expresión; debería anotarla. ¿No será que se le ha cruzado porque hurgando en las representaciones va a encontrar?

¿Qué? ¿Qué vas a encontrar?

Ignora la provocación. Que la enana jodida meta violín en bolsa. Greta está bien cómoda por el momento. Dice con calma que bastaban un público y un libreto para que se desentendiera de la niña muda y se transformara en alguien asombrosamente desenvuelto.

Pequeños remansos que la exceptúan del terror. La primera representación que recuerda es la de la memoria. Calcula que la descubrió por casualidad: el hombre que, al frotar dos piedras, ve saltar la chispa sin imaginar todavía la bienaventuranza que esa chispa impremeditada va a causarle. Simplemente ha abierto uno de sus libros de pequeña analfabeta, en cada una de cuyas páginas, debajo de una gran lámina, hay una breve historia o unas estrofas alusivas. Tal vez como un modo de atemperar la soledad o de procurarse un espacio desprovisto de pánico, va repitiendo palabra por palabra lo que su papá una noche le ha leído. La actividad le resulta agradable. Aún no sabe que es memoriosa, ni que eso sea una virtud. Se entera de las dos cosas la primera vez que, todavía sin premeditación, repite la escena delante de su madre, quien, ante el milagro, parece haber puesto en suspenso la hurañeidad de la falsa lectora y da exclamaciones. Ahora las dos saben que ella tiene una virtud: ocupa un lugar en el mundo. Basta que, a instancias de su madre, abra al azar uno de sus libros y mire un segundo la lámina. Rodeada de extraños y abolido todo pavor finge un ritual cuyo placer infinito todavía desconoce. Los adultos la admiran. Eso le encanta aunque no entiende el porqué de la admiración. Registrar palabra por palabra lo que otro le ha leído le resulta tan natural como caminar o respirar. Más natural, se le cruza ahora mismo ante Marcos, que además de grabar toma notas, ¿de qué?, ¿qué está diciendo ella?, pero el pensamiento ya se le está disparando al balcón de su tía, el día crucial en que por primera vez toma conciencia de que respira, lo que la lleva al esfuerzo supremo de comprender qué es eso de respirar, cosa que la hace perder el aliento hasta la desesperación, mal del que, puede corroborarlo ahora mismo —¡no pienses en la respiración, imbécil, te están haciendo una entrevista, respirá!—, nunca se curó del todo. Para no hablar del día en que escucha por la radio que se debe caminar de tal manera que el dedo gordo empuje el suelo hacia atrás, lo que en adelante le exige un largo trabajo de concentración: no es fácil a los seis años darle al dedo gordo tanto impulso como para conseguir que haga retroceder el piso.

—Creo que me estoy yendo del tema —dice como quien se despierta. No suelen pasarle esas cosas; siempre supo mantener las riendas de las entrevistas.

¿Siempre, dijiste?, pregunta insidiosa de la enana jodida.

Ufa, bueno, hubo una vez, la última, en que las cosas se salieron de cauce, pero fue por lo de Ilich.

¿O no? ¿O el descalabro le llegó por un camino paralelo? No es momento de discernirlo. De lo que está segura es de que fuera de ese traspié

¿Traspié? Ja, ja.

(No escucharla, no escucharla, no escucharla. Ya está: borrado). Fuera de ese traspié siempre tuvo gran habilidad para manejar la imagen que quiere dar. ¿Y ahora no es capaz ni de eso? Tiene la sensación de que desde hace —disimuladamente mira el reloj— más de media hora está boyando sin rumbo. ¿También para esto habrá perdido el don?

Querida mía, basta de boludeces, ¿desde cuándo contestar entrevistas es un don?

Marcos se está riendo; tiene una risa linda, hay que reconocerlo, y se nota que recuperó el buen humor.

—La verdad, Greta, todavía no sabemos cuál es el tema ni importa demasiado —dejó de reírse; ahora parece alarmado, cara de ¿le habré faltado el respeto a la anciana dama?—. Perdón, lo que pasa es que, para lo que busco, eso que usted dice está perfecto.

—El problema, Marcos, es que yo no sé qué buscás.

—¿Ve? Ahí está la cosa. Esto que usted dice también es fundamental para mí.

—¿Esto qué?

—Esto, que quiera saber lo que busco yo.

—No entiendo.

—Que eso también tiene que ver con su convicción de que, a la corta o a la larga, puede conseguir todo lo que.

—Pará, pará antes de que me enoje. ¿No estarás simplificándome un poco?

¿La está simplificando realmente? No analizarlo por el momento y alejarse pronto de este terreno resbaladizo.

—Perdón, sí, seguro que tiene razón —Marcos parece estar pensando lo que va a decir para no equivocarse. Lo dice—. Pero no se olvide de que esta es mi tesis. Tengo que poner en práctica algo que me enseñaron —sonríe—. Provocar a la entrevistada. Espere, no se enoje todavía, digamos que, según mi hipótesis, usted está convencida de que puede conseguir lo que se propone. Y lo consigue, o esa de algún modo es mi propuesta. Lo que quiero averiguar es cuándo y cómo descubrió que tenía ese poder.

¿Ese poder? De qué habla este chico. Mi Dios, ¿lo tuve alguna vez?, ¿lo perdí alguna vez? Ahora tiene unas ganas terribles de decirle a Marcos que se vaya, que no tiene el menor interés

en seguir sondeando en sí misma y descubrir que tal vez en cierto recodo del camino perdió algo que alguna vez la constituyó.

¿Te constituyó? Por favor, no delires. El chico lo expresó con bastante nitidez. No dijo "puede"; dijo "está convencida de que puede…".

Pero el hombre con flequillo… ¿O no quiere decir nada lo del hombre con flequillo? Está ahí con su risita de me-las-sé-todas. La irritan los hombres con flequillo y este en particular, con su insistencia en tener la última palabra. ¿Están en una quinta? Llueve torrencialmente. Greta acaba de mirar el cielo. Dice: En un rato va a dejar de llover. Es una quinta, sí, y están algunos de los amigos de siempre. Ante ellos se puede mostrar excéntrica. ¿Excéntrica? Su sensación es la de estar alardeando de una excentricidad puramente exterior. Aunque hay otra excentricidad que picotea adentro, pero esa le parece incomunicable. Igual, lo de la lluvia es otra cosa. Algo que empezó en la adolescencia. O que en la adolescencia empezó a hacerse consciente.

¿Un don tal vez? Vamos, querida.

Al menos algo que parece ser mirado por los otros como un don, un don del que de vez en cuando le gusta alardear. Es por eso que los amigos, que igual que ella vinieron a esta quinta a pasar un buen día de sol y solo pueden mirar el diluvio desde la ventana de una casa sin gracia, pese al escepticismo alientan alguna esperanza. Al menos, ninguno manifiesta incredulidad ante su nueva afirmación: En un rato va a salir el sol. Salvo el hombre del flequillo, seudocientífico, pedante, matador de toda magia, quien, con ostensible desdén, se ríe de lo que ella dijo. ¿Que en un rato va a salir el sol? Ja, ja.

—¿Y el sol salió? —dice Marcos.

Greta se ilumina.

—Por supuesto —estudia la cara de Marcos; todo en orden—. No es fácil de explicar: una cuestión de concentración, no sé, o tal vez cierto conocimiento profundo de cómo se mueven ciertas nubes. De chica solía observar el cielo con mucha atención, por eso lo sé. Ves el cielo todo cubierto, salvo un pedacito mínimo que por ahí nadie advirtió, o al que no le dieron importancia, y sabés que por ese pedacito se va a abrir. Es algo poderoso que yo podía afirmar como si lo hubiese sabido desde el cielo mismo —una seguridad (se cuida de decir) que esa tarde en la quinta está potenciada por el desdén que siente por el hombre de flequillo, y que generaba en ella una fuerza capaz de mover galaxias.

—¿Y todavía puede hacerlo? —dice Marcos.

—Hacer qué —otra vez empieza a impacientarse.

—Descapotar cielos.

—Ah —dice Greta—, el clima ya no viene como antes —se encoge de hombros—. O yo ya no lo entiendo.

—¿El clima era más fácil?

La pregunta atraviesa a Greta como una flecha. ¿El clima era más fácil?

—Digamos que hacía calor —dice—, un calor insoportable, de esos que te quitan las ganas de todo. Pero vos sabías que en algún momento, desde el sur, iba a avanzar un cielo negro e imponente. Lo veías acercarse, no es una metáfora, yo lo veía acercarse llena de esperanza porque no dudaba de que, en pocos minutos, el cielo negro iba a estar sobre mí, que iba a llegar acompañado de un viento cada vez más frío, que la lluvia por fin iba a caer como una bendición y yo iba a salir al balcón o a la calle e iba a dejar que me mojase de pies a cabeza.

Es algo así como un timón automático (le había escrito alguna vez a Hertha), *aunque automático no es la palabra; lo muevo yo, solo que subterráneamente, como si debajo de una zona racional y a veces calculadora contuviera una capa resuelta a actuar en una determinada dirección sin medir las dificultades ni las consecuencias; eso avanza, ciego e inexorable, y arrasa con todo lo que se le interpone aunque en la travesía yo quede maltrecha. Más ladino que eso; va acomodando los acontecimientos para que, contra viento y marea, se cumpla eso que, subterráneamente, ya estaba decidido.* Solo que —debe reconocerlo— eso de descapotar cielos más que a Solness suena a cosa e'mandinga. Tendría que aclarar mejor el asunto; no puede dejarlo así.

—Era el pampero, entendés —dice para acomodar las cosas en un terreno familiar—, antes una podía saber que, si el calor era insoportable, en algún momento iba a llegar el pampero y lo iba a refrescar todo. Y, con la misma certeza, a veces pasaba al revés: cielo encapotado, lluvia y, de pronto, en un rincón, el pedacito de cielo azul. Ahí está el secreto: yo miraba ese pedacito, lo miraba desde adentro, me concentraba en él con alma y vida, lo sentía crecer, lo *veía* crecer, hasta que ocupaba todo el cielo. Y chau lluvia. Así de fácil. Así de fácil era el mundo.

¿Así de fácil era el mundo? Al fin le está dando la razón a Albertina. ¿Por qué no vino Albertina? Seguro que la miraría desde abajo de su mechón verde y le zamparía: ¡Qué visión tan edulcorada del pasado! Puaj. Qué falsificación. ¿Así que vos podés decir, pero decir de verdad, que tu mundo alguna vez fue fácil?

Oleadas de incertidumbre y de soledad se derrumban sobre Greta. Claro que no, Albertina, claro que no podría decir que mi mundo era fácil, solo que lo veía… Al menos el mundo exterior: lo veía menos complicado. ¿Será porque una, en los comienzos, cree que el fragmentito de eternidad que le tocó en suerte es La Eternidad? ¿Los visitantes también verán así su propio fragmentito? ¿Les resultará natural y tal vez hasta maleable este mundo que les tocó y que a ella le resulta demencial e inmanejable? ¿Qué sentirán realmente?

Nostalgia. ¿Qué? ¿Acaba de escuchar la palabra "nostalgia"? Alivio. Había estado temiendo que Marcos insistiera con el gran talento de ella para descapotar cielos. Por suerte es más discreto o más astuto de lo que ella había pensado. Relegó el asunto de los cielos y está poniendo sobre la mesa un tema que a Greta le resulta tentador. Ella, que ha vivido en los dorados sesenta,

¿tiene nostalgia de ese tiempo?

Greta duda, ¿tendrá sentido explicarle que ninguna época, mirada de cerca, es dorada, que siempre hubo represión, y un poder brutal —cuál poder no lo es, querido Marcos— dispuesto a aplastar todo lo que se le interpusiera, y presos, y asesinados, y miserables que se morían de hambre? ¿Dónde está la diferencia? En ese momento se le cruza que la diferencia no reside en lo dorado o desdorado que haya sido su tiempo sino en el modo en que ella entonces afrontaba la adversidad: el horror del mundo, las calamidades en el país, su terror al fracaso eran desafíos. ¿Porque yo era joven, o porque sobre la tierra alentaba el sueño posible de cambiar el mundo? Tal vez, sencillamente, porque mi concepción del universo no incluía la desesperanza. Una revolución a nuestra medida, un mundo con justicia para cada habitante de la tierra, ¿ese era el alimento de la esperanza en el tiempo en que ni siquiera me hacía falta nombrarla como la nombro ahora que es apenas un fulgor titilando en el pasado?

Quizás no se trataba de algo tan redondo y la confianza simplemente residía en lo infinito del tiempo que le quedaba por delante, porque en ese trayecto tan vasto y misterioso que la esperaba cualquier suceso era posible. También los deseados. Lo que estaba mal no solo era un saludable recurso para soltar la furia, también un motivo para desplegar el orgullo de pronunciarse en contra. Y lo que está descubriendo es que ahora tiene menos tolerancia ante el horror del mundo. Tal vez porque a esta altura del partido no tiene demasiada confianza en que sea posible cambiarlo. No. Debe ser sincera consigo misma: ella ya no se siente capaz de cambiarlo; o no sabe cómo. ¿Sus visitantes sí? ¿Se lo plantean al menos? Observa a Marcos, que manipula el teléfono. ¿Ser joven lo mantendrá inmune al espanto de la realidad? Dios mío, en qué jardín me metí, piensa. En ese momento, como un ensalmo, suena el timbre.

—¡Traje medialunas!

El anuncio de Albertina, que vaya a saberse cómo había conseguido que le abrieran abajo, pone a Greta bien en el centro de la tierra. No salirse de ahí.

—Callate un poco —dice Marcos—. Greta estaba por decirme si tenía nostalgia del pasado.

—Guau, qué temita —dice Albertina. Deja las medialunas sobre la mesa del mate y se sienta.

Greta dice que nostalgia del pasado no, que lo vivido bien vivido está, que saboreó la vida hasta el cogollo, claro que sí, con lo sabroso y con lo amargo, hasta no dejar un cachito. Entonces, cómo podría sentir hambre de vivirla de nuevo. La soledad (no dice), la incertidumbre por su propio futuro, la sensación, a veces, de que todo se tambaleaba, de que aquello con lo que soñaba era imposible de conseguir, ¿acaso tendría fuerza ahora para soportarlo? Y los momentos encantados, y el amor, y los deslumbramientos, y esas ráfagas de energía poderosa y la convicción de que todo aún está por delante y entonces cualquier cosa es posible, esa plenitud (dice), ¿para qué volver a vivirla? Está allí, perfecta, clavada en su memoria, constituyéndola como la constituyen su cara y sus manos. Además (pero eso no lo dice, solo la recorre como un estremecimiento) cómo recuperar la fe en lo que vendrá, si lo que vendrá ya sucedió y es esto, este mundo que ya no entiende del todo, en el que los que tienen voz no parecen querer para sus semejantes lo que ella quiso y todavía sigue queriendo. Ah, no (dice), ella no tiene nostalgia del pasado; lo que tiene, lo que siempre la ha invadido como una corriente de tristeza sin remedio, es la nostalgia de lo que nunca ha vivido. De lo que nunca jamás podrá vivir. Nostalgia de haber sido adolescente en un pueblo, por ejemplo, o una niña de capelina comiendo pan con ciruelas en un campo de Francia, como sucedía en la primera novela que leyó en su vida. Y algo más absurdo todavía, tiene nostalgia de mundos que no solo no son el suyo, sino que, si los pensara a fondo, ni siquiera le resultarían deseables. Nostalgias ajenas, eso, un perfume de yuyos y de alfalfa que nunca olió pero que la hace añorar con tristeza infinita el barrio perdido por otro. Ustedes no lo van a creer (dice), pero no puedo escuchar *El bulín de la calle Ayacucho* sin que me den ganas de llorar. El bulín de la calle Ayacucho que en mis tiempos de rana alquilaba, ¿se dan cuenta?, yo, Greta, añorando un bulín de mis tiempos de rana. Pero es así. Cuando escucho ese tango no puedo con la pena de ese tipo, *soy ese tipo* recordando con tristeza el primus que no faltaba con su carga de aguardiente —ve que Marcos y a Albertina la miran con aire de ¿fascinación?—, y el bacán de voz gangosa con berretín de cantor —¿está cantando?, ¿qué demonios le pasa?

—Eso es lo que me provoca nostalgia —dice—. Lo que debió ser hermoso para otros, lo que perdieron otros. Nostalgias ajenas.

—Pero lo no vivido no solo está atrás —Albertina ha levantado la cabeza de la libreta que tiene en la mano. Recién entonces Greta tiene la sensación de que la chica, mientras ella hablaba, estuvo haciendo anotaciones—. Ni a los costados, bah.

—No entiendo —dice Greta.

A Marcos se le nota el fastidio.

—¿Lo de los costados? —Albertina se ríe—. Es una manera de ver las cosas; quiero decir que lo del bulín ese no está en el pasado; está —hace un ademán con la mano, como buscando ubicar lo inubicable.

Es inteligente, cuidado.

—En otra dimensión, sí —dice Greta.

—Pero no era eso lo que yo quería decir.

En el mismo momento en que Greta cree entender lo que Albertina quiso decir —que no lo diga, por Dios, que no lo diga—, Marcos, el héroe, viene en su salvación.

—Lo que vos querías decir, Albertina, no es el motivo de esta reunión. Acá la que está para decir lo que quiere es Greta. Y la entrevista la estoy haciendo yo.

—Ya salió otra vez el machirulo. Y encima ahora chupamedias.

—¡Qué decís!

¿Qué dice? En cualquier momento el chico se va a enojar en serio.

—Que a qué viene eso de que la única que tiene derecho a hablar es Greta. Y seguro que Greta en eso está de acuerdo conmigo —levanta el pulgar, parece divertida—. Al final, bien que tenemos algo en común.

¿Qué quiere decir Albertina con eso? Greta está desconcertada.

—Quién no —dice por las dudas, mientras se está preguntando qué puede haber visto de común con ella esta chica a quien, entre otras cosas, le lleva más de medio siglo. No importa, su único objetivo sigue siendo el que se planteó hace dos horas: conducir el carro por un sendero libre de riesgos y terminar de una vez.

—¿Cómo *quién no*? —dice Albertina—. Un montón no. Casi toda la gente que conozco no tiene nada que ver conmigo. ¿Acaso a vos no te pasa lo mismo?

Touché. ¿Qué cosa brillante puede decir para arrasar con el descaro de la pendeja? Está ensoberbecida, vaya a saber por qué; ni siquiera parece estar registrando la mirada de Marcos. Greta ya tiene decidido que va a chantarle ahí nomás las semejanzas disimuladas que una, le guste o no, tiene aun con los seres más mediocres o ridículos, y eso, querida mía (ahí, va a usar tono insidioso y le va a señalar la libreta en la que Albertina sigue anotando), una aprendiz de escritora debería saberlo antes de hacer tanta notita. Tapa tapita tapón, nadie va a ganarle en esto de los encontronazos dialécticos. ¿Qué? ¿Jardín de infantes? ¿Acaba de escuchar “jardín de

infantes”? Violín en bolsa entonces. Prestar atención.

—… que las dos tuvimos un protector bien prematuro en el jardín, boludo. Solo que el mío al parecer salió medio fallado.

Por Dios, ¿era esa la coincidencia? De pronto el mundo se ha vuelto deliciosamente sencillo.

—Te voy a decir que en mi caso, Albertina, no sé quién protegía a quién. Garita era demasiado, no sé, ¿quieto? No le gustaban los juegos violentos, eso. Y los otros varones se burlaban.

—Era un dulce.

—No, nada dulce. Era inteligente y corrosivo pero solo yo lo sabía. Nos entendíamos. Sobre todo nos encantaba reírnos: de los otros chicos, de la maestra. Pero no sé si nos protegíamos uno al otro, bah, la amistad siempre es una protección, ¿no les parece? Pero éramos malos. Él era más malo que yo en ese tiempo. Le gustaba hostigarme de vez en cuando.

—¿Ya eran conejos? —dice Marcos, divertido.

Mirá vos, ¿así que ahora se le fue el malhumor? A él lo entiendo todavía menos que a ella. Tono irónico:

—¿Es parte de la entrevista?

—¿Por qué no? —dice Marcos—. Esto está tomando un rumbo inesperado pero bien sabroso. Habrá que dejar que ocurra, ¿no?

Greta se encoge de hombros.

—Vos sabrás —espera un comentario que no llega; al fin dice—: Pero no éramos conejos, no. Nada de conejos en esos tiempos. Los jardines de infantes eran bastante infrecuentes y no solían llamarse el sapito glotón o la ardillita perniciosa. El mío se llamaba *Einstein*, fíjate vos.

—¡Einstein! —los dos al mismo tiempo.

Es cómico, ella lo sabe; y también un buen rebusque para alejarlos de la zona de riesgo. Le sobra habilidad para estas lides. Contarles incidentes curiosos que seguro los van a hacer reír como se están riendo ahora.

Y sin embargo por los intersticios de lo curioso corre algo intenso que es su vida, esa totalidad indivisible que es su vida en la que, entre otros incidentes, sigue siendo esa chica de cinco años a la que mandaron al jardín de infantes para curarla de su hurañeidad y a la que no le resulta ni gracioso ni triste ni premonitorio que su jardín se llame Einstein ya que nunca habría esperado que se llamara el chanchito presumido y hasta le habría parecido estúpido que se llamara así, pero en cambio le tiene miedo al viejo que oficia de director y que en realidad es el padre de las dos únicas maestras; se escapa a la calle cuando llega y está él solo, y su madre, furiosa, tiene que llevarla de nuevo. Más adelante sabrá (les cuenta a los visitantes) que eso ni siquiera es por completo un jardín de infantes ya que una de las maestras les da clase a los niños atrasados (así los llama su madre y ella se queda perpleja: atrasado puede llegar un tren, ¿pero un niño?) y la otra simultáneamente a los niños de primero inferior (ahí está Garita) y a los analfabetos, y ahí

está ella. Por poco tiempo analfabeta, dice. Ya que de puro aburrida aprendí a leer y a hacer cuentas de solo observar lo que la maestra les indicaba a los otros.

—¿Y a escribir no aprendió? —dice Marcos.

Sobresalto, ¿por qué terreno se propone llevarla? Por el que sospechaste de entrada, hermanita, qué creías, una mujer que produjo tanto ruido con sus dos primeras novelas —la gran promesa, ah ah, la novelista que estaba faltándole a nuestra literatura, cosas como esas dijeron, ¿te acordás?— y que un buen día enmudece sin haber declarado nunca el porqué de una decisión tan abrupta tiene que llamarle la atención al periodista novicio.

¿Decisión dijiste? ¿Estás segura de que fue una decisión y no una huida por la tangente?

Callate, no es momento para ese tipo de especulaciones. Tengo que sacarme a este chico de encima. ¿Cómo pude no darme cuenta? Vino a buscar la gran primicia. Una declaración mía sobre la razón por la cual, un buen día, me borré del mapa. Y la chica, ¿qué pito toca? No importa ahora, la gran primicia de acá no te la vas a llevar. No ahora. Pero la vas a tener, cómo no, el día en que.

¿El día en que qué, Greta querida? ¿Con qué estás soñando?

Con lo único que puedo soñar. ¿O te creés que los años me hicieron renunciar a mis sueños?

¡Qué integridad! (pausa insidiosa de la enana jodida) ¡Qué ridiculez!

No acepto. ¿Dónde estaría lo ridículo? ¿En ser coherente conmigo misma?

Uuuhhh. Hay mucha tela para cortar en eso que llamás coherencia. Yo le daría otro nombre.

¿Cuál, a ver? Convenceme, estoy abierta.

No, no estás abierta, ahí está el corazón del alcaucil. Y lo lamentable es que, sin el menor fundamento, les ponés a estos chicos no sé qué intenciones ocultas.

¿Y no las tienen acaso?

—Claro que no, tarado —dice Albertina—. Si te aburrís en la clase, de puro distraída podés aprender a sumar y a leer sin tener que hacer la menor acción, pero para escribir…

Ah, claro, era eso. Emeá: ma. Emeá: ma. Ma-má. Escribir, qué fácil.

—No, eso no lo aprendí nunca —dice Greta. Se ríe.

Sus visitantes también ríen. El planeta se aplaca.

—Qué les parece si preparo más café.

—Dale, te ayudo —dice Albertina—. Y pongo las medialunas en un plato.

Así que se van las dos para la cocina y mientras el café se está moliendo y las medialunas son acomodadas en un plato, Greta se las arregla para ir husmeando en algo que la tiene perturbada: qué quiso decir Albertina con eso de que su madre era loca.

—Exactamente eso —dice Albertina mientras busca un plato en la alacena—, que es loca. Solo que ahora ya no me importa, pero cuando era chica… ¿Vos sabés lo que es ver a tu mamá bailar desnuda delante de la ventana?

Greta no lo sabe. Al contrario, lo que la irritaba de chica era la excesiva *normalidad* de su madre. No quiero ser como ella; ese tal vez había sido el puntapié inicial para que viviera como vivió. No lo dice. Lo que la intriga es esa mujer bailando desnuda ante la ventana. ¿Por qué lo hace? Porque quiere que alguien la admire sin condiciones, de manera absoluta, mirá quién se lo está preguntando. Necesita que al menos una persona en el mundo se entere de que ella es una graaan bailarina, y es hermosa.

Pero no era hermosa, entendés (le está diciendo Albertina), tal vez un día lo fue pero cuando la descubrí bailando desnuda delante de la ventana, la reputísima madre que la parió, no tenía nada de hermosa. Ni de bailarina. Lo había sido, me decía, una bailarina de gran talento. Y lo perdió por mi culpa. No lo decía así, decía que todo había sido por el imbécil nene de mamá que la dejó preñada… Pero yo entendía que la culpa era mía y que cuando la llamaban del colegio para hablarle de mi mala conducta ella se aparecía con esa ropa de loca solo para vengarse de mí, para que yo sufriera un poco de lo que ella tenía que sufrir por mi existencia. Todos se burlaban, eso es lo que a mí me daba odio, y ahí es donde entró a tallar Marcos.

Pero a Greta, mientras pone en la cafetera el café recién molido, no le importan ni Marcos ni esa amistad de conejos; solo la mujer que baila ante la ventana. Baila sin duda con la esperanza de atrapar una mirada capaz de verla como ella sueña ser vista. La gran bailarina incomparable, ah ah. La que querría ser y no es. ¿O lo que sucede es que Greta se está viendo a sí misma? Se ve limpiando armoniosamente y con cara de dichosa su primer departamento con la esperanza de que alguien, desde la ventana de enfrente, vislumbre su gracia y su alegría, alegría que, por ráfagas, ella es capaz de experimentar hasta la embriaguez pero no ahora ni de la manera absoluta en que la debe estar percibiendo la vecina indiscreta, qué feliz se siente (piensa la vecina), tan bella y armoniosa en sus gestos íntimos aun en una situación tan poco grata como barrer el piso, ah, si yo pudiera. Y el deseo insatisfecho de la vecina pacifica su contrariedad de estar limpiando la casa cuando su cuerpo entero le pide estar escribiendo.

Ya que trajiste el tema de la escritura, ¿no fue otro recuerdo, bastante más cercano que el de la limpieza de tu primer departamento, el que acaba de irrumpir —y te advierto que es la segunda vez en el día— por culpa de la mujer desnuda que bailaba ante la ventana?

Yo tecleando con pasión, casi con ferocidad. Así me veo desde la ventana de enfrente en este 1991 que me amenaza con la parálisis. Mientras tecleo alguien me observa desde atrás de una cortina, tan bien escondido que, ni aun si yo mirara hacia la derecha a través de mi propia ventana, podría descubrirlo. Puedo palpar en mi cuerpo su envidia y su deseo. ¿Es una mujer? No, un hombre. Entonces no me puede envidiar: solo las mujeres envidiamos a las mujeres. Falso. Envidia mis ganas, y ahí no hay género que valga. Él ya no tiene ganas, alguna vez las tuvo pero las perdió: querría recuperar la pasión con que yo tecleo. ¿Qué escribe?, se pregunta. ¿Qué escribo?, me pregunto. No lo sé, solo sé que no quiero detenerme, me da miedo perder esta exaltación que, desde mi cabeza —¿o desde mis manos?— se derrama por todo mi cuerpo, me da miedo que se pierda el interés de esos ojos que me miran y me admiran, así, así, no debo detenerme, necesito esa mirada que construye una pasión que yo. No importa, hay que seguir, "nos los representantes del pueblo de la nación argentina, reunidos en Congreso General Constituyente, por voluntad y elección de las provincias que la componen", cómo sigue, no importa cómo sigue, no hay que detenerse, "una noche, una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de música de alas".

Basta, qué le está pasando, ¿de dónde le vendrá esa idea de "lo perfecto vislumbrado desde una ventana"? Ah, sí, ahora entiende: se ve a sí misma a los cuatro años en una habitación desde cuya ventana del cuarto piso solo puede ver la parte de arriba de una pared y poniéndose en puntas de pie, por una pequeña rendija, sobre esa misma pared monótona la ventana del departamento de los vecinos del tercero, un hombre y una mujer hermosos y enamorados, ella los mira por la rendija desde la avidez de una felicidad que no tiene, quiere una vida maravillosa, lejos del aburrimiento de su casa, y esa maravilla se recorta, perfecta, en la ventana que ella mira por una rendija. La felicidad siempre está, intacta, embriagadora, en la ventana de enfrente. Si supiera la mujer que baila desnuda hasta qué punto la comprende. Pero cómo explicárselo a Albertina.

—¿Ahora entendés por qué me golpeó tanto *La memoria de Uma Harán*? —escucha.

No, no entiende; ¿estuvieron hablando todo este tiempo?

—Qué bueno —dice Marcos, ¿desde cuándo está en la cocina?—. Ya que Albertina sacó el tema, ¿podemos hablar sobre esa novela?

Como por un toque mágico, la realidad de Greta se ordena y se ilumina.

—Claro que sí —dice.

Y ya que el café está preparado y las medialunas en un plato, se van los tres para el estudio. Mientras saborean el café y Albertina engulle medialunas, Marcos, sin saber el favor que le está haciendo a Greta —¿no lo sabe realmente?; ella lo conoce poco— deja deslizar la entrevista hacia el terreno que, pese a los años de no hablar del tema, a Greta le resulta el más amigable de todos los que ha abordado, el único que de verdad no le da miedo.

La memoria de Uma Harán

No, no se originó porque la haya tentado el personaje. En rigor, de entrada no tenía ni idea de cuál sería su personaje y ni siquiera tenía una historia para contar. Su segunda novela, simple y llanamente, nació del deseo arrollador de escribir un libro de aventuras. Y cuando dice "libro de aventuras" no tienen que pensar en Sandokán o en el Príncipe Valiente, cuyas andanzas ella había devorado antes de los diez años. El deseo surgió nada menos que a causa de Thomas Mann. Lectora precoz de *Doktor Faustus* y de *La montaña mágica*, un buen día se topó con *Confesiones del estafador Félix Krull* y quedó dada vuelta. Mírenmelo al humanista genial; así que en el final de su vida se dio el gustazo de escribir una novela picaresca, y con un protagonista tramposo desde la cuna. Greta bebió sus aventuras como un vino, entendió que en Félix la seducción y la estafa —¿acaso no son formas de lo mismo?, anotó en su diario— eran una manera de existir, un don con el que se abriría paso en la vida. Y deseó con todo el cuerpo escribir un libro de aventuras tan trasgresor como el de Thomas Mann.

Durante bastante tiempo fue solo un deseo sin contornos; la hacía ulular pero no le demandaba un cumplimiento. Hasta que llegó el día en que se dijo que una novela de aventuras no parecía algo tan inalcanzable como para que lo dejara flotando entre la nebulosa de los sueños por cumplir. Recién entonces empezó a pensar en la protagonista. Porque sería una mujer, de eso no tenía dudas; y excepcional, también lo tuvo claro de entrada. Pero ¿en qué actividad desplegaría su inteligencia, su libertad y su locura? Una madrugada, como un destello, surgió la respuesta: su protagonista sería una puta.

Vamos, Greta, volvemos a lo mismo: sabés muy bien que ninguna de tus palabras escritas viene de la nada ni se le puede asignar un único origen; no al menos uno tan cristalino como la lectura de un libro, por muy trasgresor que ese libro haya sido y por mucho Premio Nobel que haya ganado su autor. Y ya que lo mencionamos, ¿de dónde te creés que sacó el propio Tomasito toda esa indecencia genial?

Sabe de qué recovecos turbios de su vida sacó el gran alemán a Félix Krull y también sabe que un mundo clandestino está rumiando debajo de cada una de sus propias palabras. Pero puede jurar que esa lógica encubierta de la creación no se contradice con la ocurrencia de ráfagas afortunadas que pueden —¿o podían?; la pregunta le zumba pero se la saca de encima como a una mosca— sucederle en un súbito despertar en medio de la madrugada, o viajando en colectivo, o en el bullicio banal de una reunión, o aun durante una escritura desconcertada. Un cruce dichoso que ilumina lo por-escribirse y abre puertas imprevistas. Y eso le ocurrió a los

treinta años: la irrupción no prevista de un mundo inexplorado. Un mundo que era como un precipicio, cierto, pero qué le importaba el precipicio si la estaba esperando una aventura que ella se moría por narrar.

¿Por qué?

Porque era un tema cargado de interrogantes.

Desde cuándo. Desde cuándo te intrigaba el tema. ¿Acaso trece años antes de esta ocurrencia madrugadora no hubo en tu historia una noche bien precisa en la que empezó a darte vueltas la cuestión del paso mínimo ("pasito", pensaste esa noche) que es necesario dar para ser una puta?

"Pasito", cierto, con esa palabra lo pensó a los diecisiete años cuando por fin estuvo sola, acostada en la carpa, bien protegida por la bolsa de dormir. El pasito que es necesario dar para ser una puta. No es que hubiese cobrado algo por su accionar de una hora antes, ni siquiera se había acostado —en el sentido metafórico de la expresión— con el azaroso galán, un chico musculoso al que le decían Pechuga y que debía tener tanto cerebro como una gallina, pensó esa noche, y le dio risa, pero no tuvo con quien compartir el chiste. Tampoco habían tenido sexo de una manera ortodoxa. Ella no lo permitió (ya había acuñado, aunque de manera difusa, la decisión de que quien le quitara la virginidad debía de algún modo merecerlo y estaba convencida de que el musculoso descerebrado no era el elegido) y él tampoco insistió demasiado, hay que reconocerlo. Simplemente, luego de algunos toques no muy emocionantes, guio la boca de ella hacia su sustancioso mástil (al menos de esa manera percibió ella eso que hasta esa noche solo había visto bajo la forma de inocentes pistolitas infantiles haciendo pis, y que ahora, con bastante dedicación, estaba lamiendo) e hizo el intento de meter su propia mano en el lugar que ella, precoz inventora de palabras, a los tres años había denominado pichoncolina (me pica la pichoncolina, dijo un día señalando el lugar que tantas efervescencias le proporcionaría con los años, e hizo reír a su madre quien, cometiendo sinécdoque, empezó a llamarla mi pequeña pichoncolina, y la abrazaba, y todo era amor y diversión porque ella todavía era la muñeca de la casa y no había mostrado la hilacha). Ahora, el reiterado empeño de él no le provocaba mucha diversión que digamos. Tampoco asco, hay que decirlo, solo cierta incomodidad y el deseo de que el episodio, acaecido junto a un bellísimo lago iluminado por la luna, terminara lo antes posible. De cualquier manera lamió, sorbió y realizó con esmero lo que correspondía a una niña que tempranamente ha decidido no tenerle miedo a nada y, sobre todo, borrar lo antes posible cualquier aproximación a lo que su madre había llamado "la ilusión de la vida". Sabé, Greta, le había dicho cuando sin duda empezó a advertir en ella ciertos atisbos de una independencia rabiosa, que no hay nada más hermoso que llegar al matrimonio con la ilusión de la vida. Así que ahí nomás ella se encomendó a sí misma perder lo antes posible esa ilusión. Junto al lago nocturno estaba poniendo manos a la obra. ¿Cómo supo lo que debía hacer sin más orientación que la proporcionada por una de las manos del Pechuga que le empujaba la cabeza a modo de indicación? Aún ahora no lo sabe pero debe haberlo hecho bastante bien porque el acto

dio el resultado previsible, resultado que la aprendiz escupió minuciosamente sobre el pedregullo. Y lo curioso, pensó la muchacha diurna que seguía citando a César Vallejo y a González Tuñón y que en ese mismo campamento, bajo una carpa un día de lluvia, descubrió a Juan Gelman y a Julio César Silvain y supo que los libros que amaba también podían ocurrir en el suelo que ella pisaba y hablar de cosas que le eran cercanas, lo curioso es que el episodio nocturno no la había herido ni había modificado su arrogante conducta diurna. Porque nunca perdí la cabeza, le contó años después, en la cama, a uno de sus amores cuando yacían agotados y plenos, o ella al menos agotada y plena porque el amor ya era una ciencia y un gozo que sabía disfrutar y administrar. Lo que no le contó ni a él ni a nadie fue el camino por el que aprendió esa ciencia y ese gozo que no consiguieron enseñarle ni el Pechuga ni los que siguieron, ni siquiera el Chajá, gracias a quien perdió ortodoxamente la tan mentada ilusión de la vida. Pero con cuánta insistencia volvió a este y otros aprendizajes dos décadas después cuando ya sumergida en *La memoria de Uma Harán*, se propuso indagar la intimidad de Uma y construir su pasado, el origen de su goce sexual y la textura de su sensualidad. Qué otro recurso tenía que hundirse en las profundidades de sí misma y recordar, por ejemplo, como si lo estuviera viviendo de nuevo, que a partir del Chajá empezó a atormentarla su incapacidad de disfrutar el amor como había leído en los libros que disfruta la tierna virgen al ser desflorada y en eventos posteriores. ¿Pero quién, al fin y al cabo, había escrito los libros que se lo contaron? No fue esa la pregunta que se formuló Greta a los veinte años. Lo que una y otra vez se preguntó fue por qué no la hacía gozar una actividad tan famosamente gozosa. Y como no tenía a quien preguntarle ni libro que se lo enseñara, igual que todo lo demás que fue aprendiendo, lo aprendió sola. Sin la conciencia del otro, que la ponía alerta, sin más testigo que sus manos ni más guía que los recuerdos tempestuosos de su infancia y la inconmensurable dimensión de su deseo, sin más estímulo accesorio que su poderosa e indecente imaginación, capaz de inventar las situaciones más obscenas y las posiciones más desenfrenadas, fue sacando de su cuerpo todo el potencial escondido, se revolcó, aulló, creyó morir de locura, hasta que exhausta se dejó caer y dijo, aliviada: No soy frígida.

Pero ¿cómo fue a parar a estas noches turbulentas? ¿Todas las experiencias que dieron vueltas en su cabeza cuando trataba de construir a Uma y que recreó en la novela tienen que reaparecer justo ahora? ¿Es que ya no puede tomar las riendas, como las tomó siempre, y seguir con el relato de la tarde en que, decidida a escribir su novela de aventuras, supo —como un destello, así lo había explicado— que su protagonista, aún sin nombre, iba a ser puta?

Aunque tal vez sea equívoco llamarlo destello (juiciosamente dice). Hace que la escritura de una ficción parezca algo mágico, ¿no? O peor: algo mecánico. Una lee Félix Krull, se fascina, tiempo después piensa voy a escribir una novela como esa, piensa “puta”, y ya está: novela habemus. No, no es así: siempre hay que considerar ciertas vivencias que vinieron empujando, algún episodio del pasado, ciertos encuentros que te marcaron y que, sin que te dieras cuenta,

vinieron espoleando para que tomaras esa decisión que después vas a recordar como un destello; es tan compleja la aparición de un tema. Brillante. Un rebusque nada deshonesto para mentir sin mentir. Pero hay otra cosa, se apura a agregar como quien expía una culpa; algo difuso que una necesita decir y que, presiente, solo puede ser dicho a través de esa historia. Y piensa que ahora no está deformando los hechos; de verdad vislumbró en seguida la posibilidad de comunicar algo primordial —algo que ella sentía como primordial— a través de la protagonista altamente improbable que se le había ocurrido: esa mujer inteligente, atractiva, con un singular sentido del humor, tal vez con formación científica, que un día decide hacerse puta. *Hacerse*, el verbo le cae como una revelación: encontró el carozo de la aceituna. Esta muchacha (que ya se llama Uma Harán) se elige puta, se construye puta como un acto de rebeldía. ¿Contra qué? Tarea para el hogar: armar el mundo del que viene Uma. ¿Por qué desea con tanta fiereza darle una bofetada a ese mundo? Otra tarea para el hogar que desordenadamente ya está realizando: conocer a Uma. "Mamita, en la que te metiste", escribe Greta en su diario cuando la escritura de esta novela empieza a volvérsele tangible. Descubre con euforia que le va a permitir contar, a través de circunstancias en las que los individuos se muestran desnudos en el sentido total del término, ciertas facetas ocultas de la condición humana que desde chica viene observando con fascinación y espanto, y de las que ahora se alimenta con voracidad noche tras noche; una galería de personajes perturbadores que la cautiva y le impide dormir durante ese lapso no contaminado en que todavía no ha escrito una sola palabra y toda pretensión puede florecer sin trabas. Es consciente de la que se le viene, claro que sí: lo que imagina parece demasiado poderoso como para llevarlo a cabo. Y sin embargo sabe que, aunque el mundo se venga abajo, nada la va a detener hasta que lo consiga. A partir de ahora (les dice a los visitantes) empieza la etapa en que hay que dejar de lado los sueños y empezar el verdadero trabajo, que siempre está acribillado de frustraciones pero que te va acercando a esa. Se interrumpe. A esa perfección soñada, ha pensado pero no lo dice. Hábilmente le da un mordisco a la medialuna que tiene en la mano y concluye: En fin, la etapa de tomar notas sobre los personajes que a una se le van ocurriendo, conocer a Uma a fondo, tarea menos fácil de lo que parecía, encarar algunas contradicciones que tramposamente se te ocultaban mientras la novela solo existía en tu imaginación.

Primera de esas contradicciones, que la acosa día y noche: ¿es verosímil que, por sólidas que sean sus motivaciones, una mujer lúcida, de mentalidad científica, llena de sabiduría y de humor, se lance así como así a la vida loca? A primera vista no. Entonces tiene que encontrar el camino para que sea verosímil. El primer paso que da es el habitual: traerse a sí misma. A los diecisiete años, caminando de noche por una calle bastante solitaria, después de haber dado clases todo el día. "Nena, te chuparía toda". Primero, bramido mental; después, acción. Se da vuelta y se le planta al hablante. Por qué no la vas a chupar a tu abuela. Espera. El tipo se queda en el molde. Nueva comprobación, que a su debido tiempo aplicará en la novela: la mayor parte de los pajeros que la chuparían toda se quedan en el molde cuando ella se les planta. ¿Va conociendo a los

hombres? Digamos que va conociendo hombres. Viejos eruditos que se derriten cuando ella habla de Thomas Mann, gordos ricachones que se creen seductores porque ella engulle como una angurrienta cuando la invitan a un restaurante caro; algún joven con ambiciones de literato que, como no puede aplastarla en una discusión, anhela aplastarla en la cama. Toma nota para un primer intento de armar los todavía desarmados orígenes de Uma. Sobre todo toma nota de un episodio, también nocturno. Un hombre que simplemente le dice: Pendeja, ¿cuánto cobrás por una buena mamada? Y ella, que viene caminando desde hace diez cuadras y tiene por delante otras quince porque los últimos pesos se los gastó en un atado de cigarrillos, piensa: qué fácil. Y también piensa, o tal vez eso lo pensará más adelante, a cuántas mujeres se les habrá cruzado ese mismo pensamiento que las puso ante la instancia de dar el paso o no. Ella no lo dio. Eso es lo que desde hace meses la perturba. Por más que fuerza la imaginación, y aunque sabe de sí misma que es capaz de acostarse con un hombre por mera curiosidad o por desafío o aun por aburrimiento, y también sabe que, cuando las deudas la acosan, suele aliviarla la fantasía de robarle —sin la menor culpa— a algún millonario distraído, se conoce lo bastante como para estar segura de que en ninguna circunstancia habría aceptado un pago por la tan reputada actividad. ¿Entonces? Entonces, con la mirada perdida en la primera página de un cuaderno cuadriculado que solo tiene escrito en letras de imprenta LA MEMORIA DE UMA HARÁN —lo único de su proyecto que tiene consistencia— acepta algo que borrosamente presentía: una cosa es la decisión, prometedora pero aséptica, de escribir las memorias de una puta tirando a sartreana y otra cosa es convencer, y convencerse, de que una persona así es posible. Está claro que si no le parece posible no va a poder crearla. Por el momento ignora hasta lo más elemental: por qué y de qué manera daría Uma el primer paso. Otra vez recurre a sí misma, ¿a quién si no? Entiende que Uma da el primer paso porque ya lo tenía decidido. Está cumpliendo con un mandato. O con un desafío. Muy lindo, sí, pero seguimos en la nívea teoría: ¿cuál es ese primer paso? Vuelve a la noche en que escuchó: Pendeja, ¿cuánto cobrás por una buena mamada? ¿Uma respondería a la propuesta? Categóricamente no: no es su manera de actuar. Ah, ahí te quería agarrar: ¿cómo lo sabe Greta con tanta seguridad? ¿Ya la conoce más de lo que cree? Sí, la conoce. ¿Por qué? En el mismo instante en que entiende el porqué ocurre la verdadera revelación: la mujer del deshabillé.

Ahora tiene nítida ante ella la escena de la que se va a desprender toda la novela. Aunque a lo mejor la escena estuvo de entrada en un rincón de su cabeza e hizo lo suyo para que Greta decidiera sin vacilar cuál iba a ser la profesión de su protagonista. Lo cierto es que ahora esa escena aparece en primer plano. La pequeña Greta de seis años ante un espumoso deshabillé blanco con cuello de piel.

No recuerda o tal vez nunca supo por qué su madre tenía que ir a ver a la mujer del deshabillé ni cuál era realmente su actividad. No es lo que le importa. Le importa la visión de esa mujer, alumbrada o magnificada por una conversación en voz baja entre su madre y su tía Maruca que

ella escuchó tiempo atrás y de la que entendió algo sobre una descocada y un traje de plumas. Siempre está muy atenta a las conversaciones entre señoras normales que hablan en voz baja de otras señoras nada normales cuyas historias prohibidas ella no debe conocer. Ahora, colgada de la mano de su madre, está frente a una de ellas. ¿Cómo lo sabe? No tiene más que verle el deshabillé espumoso y el pelo largo y suelto que le cae sobre un costado de la cara. Con ademán de reina las hace pasar y le sonríe. No a su madre, solo a ella, y Greta se siente bañada de felicidad bajo esa sonrisa. Mientras su madre le explica algo a la mujer ella la observa: entiende que la del deshabillé tiene una vida bien distinta de la de su madre, una vida llena de aventuras. Greta quiere una vida como la de esa mujer.

El recuerdo, que ha irrumpido un año después de haber decidido Greta cuál sería la profesión de Uma Harán, es como un terremoto que lo mueve todo. Greta entiende ahora que en ese episodio de su propia infancia está el verdadero origen de la novela. O al menos el origen del deseo de escribirla. Y también ¡eureka! entiende desde qué perspectiva tiene que ser contada la novela. La perspectiva de una mujer que, en la situación cómoda y bastante divertida en la que vive actualmente (ya abandonó la actividad y vive de los dividendos que esa actividad le dejó), se da el gustazo de contar sus memorias. Eso le va a permitir a Greta algo anhelado desde la idea inicial: valerse de una mirada irónica y a veces impiadosa pero también cargada de humor que solo da la distancia y que tendrá Uma para rememorar su pasado.

Una nueva revelación termina de abrirle el camino: la generación a la que Uma pertenece. No es contemporánea suya, como se le había ocurrido al principio. La prostitución como acto de rebeldía sería una decisión carente de sentido en un tiempo en que la consigna de las niñas trasgresoras era “libertad sexual a ultranza” y cuyo modelo de pareja a seguir era el de Sartre y Simone de Beauvoir. En los sesenta una mujer se prostituía por hambre, por esclavitud o por ambición económica desmedida, no por rebeldía, por eso a Greta le costaba tanto encontrarle un motivo aceptable a la decisión de su personaje. En cambio en la juventud de su madre, aaahh, cuando el ideal de la mujer era llegar a ser esposa y madre de un hogar honesto y si no a vestir santos m’hijita, cuando las dos actividades incuestionables para una mujer eran la de ama de casa y la de señora de la casa, ahí sí la decisión de Uma se instalaría como una cachetada. Un modo de escandalizar y también de elegir la propia independencia, con los riesgos que una independencia tan peculiar implicaría.

Ya tiene a la narradora. Es una mujer bella, madura e independiente, con tiempo disponible y con una historia singular que merece ser contada. Desde el interior de esta mujer Greta entiende que a buena distancia de los hechos contados y desde la comodidad en que se encuentra actualmente puede ver con sarcasmo o hasta con cierta diversión aun los episodios más escabrosos. Cierto que Greta en su treintena, todavía sacudida por tanto descubrimiento, no analiza su circunstancia presente con la claridad con que podrá desmenuzarla cuarenta años después, cuando esté construyendo para sus visitantes el relato de la escritura de *La memoria de*

Uma Harán. Pero la intuye. Sentada ante la máquina de escribir empieza a conocer desde adentro a la mujer de deshabillé espumoso y pelo sobre un costado de la cara que se decide por fin a cumplir ese sueño que la sosegó tantas veces mientras inventaba para el galán de turno una noche inolvidable. Uma es habilidosa y discretamente dominadora y hasta es capaz de disfrutar con la fascinación que provoca en el galán y también, a veces, con su propia lujuria satisfecha. Pero no siempre le basta con eso. Un día voy a contar lo que estoy viviendo, esto que un día va a leerse como las aventuras de una pecadora, piensa a veces a modo de bálsamo durante alguna jornada tempestuosa. Contarme. Y ahora que está lo más oronda en su hermosa casa, que hace mucho también fue un mero sueño (una casa que Greta va armando con el deseo de Uma de una casa), puede experimentar el placer de contar sus aventuras. Uma disfruta: tiene memoria, y tiene una historia apasionante para ser contada. Y Greta también disfruta. Entra en la infancia y en la adolescencia de una chica que con sus desconciertos y sus ganas no puede hacer lo mismo que un día hará Greta con sus desconciertos y sus ganas. Uma es adolescente en los años veinte y no está del todo segura de que Milonguita, que un día se llamó Estercita y fue la pebeta más linda e'Chiclana, esté dispuesta a dar toda su alma por vestirse otra vez de percal. No es por cosas como esta que una está dispuesta a dar el alma, piensa. Pero lo que más la enoja es que Estercita haya aceptado así como así que los hombres le hicieran mal. ¿No podría haber tenido un poco de iniciativa esta chica?, piensa Uma a los quince años. ¿No se puede, una mujer no puede tener la garra que hace falta para torcerles el mandato moral a estos señores y estas señoras? Porque, que no le vengan a contar a Uma que solo los hombres le hicieron mal a Estercita, ¿*Todos* los hombres? ¿No estará generalizando un poco el abnegado defensor de Estercita que escribió el tango? Y ciertas señoras respetables, ¿qué? ¿No se quedaron en el molde, lo más panchas, cuando Estercita dio el mal paso? Ahora, ya que está en el baile, no le vendría del todo mal disfrutar un poco de la noche y el cabaret. Uma a los dieciocho años cree que es posible. Renuncia a un noviazgo formal, muy festejado por su familia pero que a ella la aburre, y decide otro destino. Y Greta, tecleando sin parar en la máquina de escribir, va viendo cómo se construye ese destino y a la luz de su personaje que, como muchos otros personajes, se anima a ir más lejos que la propia autora, va entendiendo la complejidad de un mundo que Uma, sin maestros que la guíen, se dispone a afrontar. La iniciación es difícil y planeada con cuidado. La presa es un odontólogo muy prestigioso, padre de seis hijos, que, mientras trata de solucionar un problema serio en las encías de Uma, producto de apretar los dientes a la noche, apoya su respetable panza contra el brazo de la paciente y acerca su torso hasta que, discretamente, le roza las tetas. Ella lo odia pero no le sale —la posición en que está no la favorece— darle la patada que le brota del alma —se dan cuenta, muchachas queridas de Chiclana y Pepirí, ¿cómo van a dar el alma como si tal cosa? ¿Acaso todo el impulso de lo que queremos no brota de ese ente misterioso que, según se dice, es capaz de desear lo imposible?—. Ella transforma el impulso de la patada en un plan vengativo. Gradualmente, de sesión en sesión para que resulte creíble, simula resistir cada

vez menos los avances del galán. Un día —ella lo lee en su cara— él, ensoberbecido con su propia virilidad, cree que lo está logrando. Ya la tiene, la damisela es suya; delicadamente le está sacando la ropa. Entonces, cuando ya le queda muy poco que sacar, ella, con suavidad y con una sonrisa profesional que está aprendiendo en este mismo momento, frena con la mano el avance del conquistador y le zampa la tarifa. Resulta más eficaz que la patada con que en tantas sesiones había soñado. Ve la derrota en la cara del galán: así que lo que él creía una hazaña de su irresistible galanura no era más que una maniobra de la muy turra. ¡Era una puta! Paga la tarifa y, ya que no puede con la calentura, a los apurones y con torpeza consuma la acción iniciada pero su orgullo queda herido para siempre y el problema gingival de Uma tendrá que esperar otro odontólogo. Pero ya está. Ella se ha probado a sí misma que puede hacerlo. Su honra queda por el suelo y su destino está a la vista. Ahora, sentada ante su elegante escritorio-secreter, cuenta esta aventura de iniciación y todas las otras que vienen después, y Greta, todavía en su escritorio de adolescente y con su gato Mishkin que parece hechizado con el tableteo, va indagando el comportamiento de diversos hombres. Y de diversas mujeres, claro, que juzgan a Uma, la lapidan con la lengua y, sin confesárselo siquiera a sí mismas, de algún modo la envidian. Ya que Uma, paso a paso, se va transformando en una persona sospechosa, es decir, atractiva. Una marginada, sí, pero con una vida que parece tentadora. Se la ve divertida, sensual y dominante. Y con más riesgos que el amado Félix Krull, vanidosamente piensa Greta. Ya que Uma, además, vive ante la instancia de suplantar como puede un poder que le ha sido negado: el de la fuerza física. Greta debe hacerse cargo de los traspiés de su heroína, de sus aprendizajes tardíos y de los recursos a los que debe apelar. Más aventura, más suspenso. Se entusiasma: ya ha entrado en la etapa más dichosa de la construcción. Pero no crean que se trata de una pista lisita, les dice a los visitantes; hay tropiezos, piedras en el camino, dudas como mazazos en la cabeza, momentos en que una quiere tirar todo lo que ha escrito y abandonar. Ese es el momento en que una se pregunta: Y si ahora mismo tiro lo que hice y me queda todo el tiempo del mundo para mí, ¿qué es lo que voy a querer escribir? La respuesta es como un resplandor. Esto. No quiero escribir otra cosa que esto, estas confesiones de Uma. Y la pasión la embriaga de tal modo que, con energía renovada, vuelve a la carga; inventa en los colectivos, inventa cuando se despierta en mitad de la noche, inventa en medio de una fiesta, inventa mientras hace el amor. Convive con Uma, se siente plena y ardiente de deseo. ¿Deseo de qué? De seguir inventando, solo eso. No hay meta ni enemigo que vencer; hay solo creación. El pensamiento está a punto de perturbarla, o tal vez pide que Greta detenga por un momento el relato que está haciendo para sus visitantes y trate de entender algo que por ahí vale la pena de ser entendido. Pero ella no tiene ganas de detenerse. Así trabajé, dice. Así escribió, no dice, la novela que estaba llamada a ser (dictaminó un crítico) un mojón dentro de nuestra literatura. Cosa que Greta, durante un breve período, en cierto modo creyó. Hay etapas así, dice, momentos en los que una cree que el camino se ha allanado, que una llegó a.

A dónde, querida Greta, a dónde creíste que habías llegado. La muerte, esa es la única llegada que podemos garantizar.

De acuerdo, sí, pero durante un tiempo creí con una especie de paz que había algo, no sé, algo cumplido tal vez. Que había trabajado con pasión, que había puesto toda mi energía en ese trabajo, y que al fin ¿cómo un premio? había escrito la novela que quería escribir. Y tal vez fue cierto. Pero ¿por cuánto tiempo fue cierto?

Está oscureciendo. Greta mira a su alrededor, extrañada. Tiene la sensación de que algo perturbador quedó flotando en el aire. La pregunta que se hizo al final. ¿La dijo o solo la pensó? Trata de descubrirlo en las expresiones de Marcos y Albertina, pero ¿qué podrían revelarle sus caras?: la pregunta en sí es intrascendente. *Por cuánto tiempo fue cierto*. Los visitantes ignoran que es la misma que más de dos décadas atrás le lanzó como un baldazo el inquisidor de la sonrisita. ¿Cómo fue a parar a esa tarde que todavía hoy la hace vibrar de rabia? Tiene que ser por Prascovia que, desde que ella volvió del sur, se está comportando del mismo modo en que hace más de veinte años atrás se comportó Ilich cuando ella volvió de Salta. ¡No! ¿Acaso la vida puede repetirse? Los dos visitantes no se parecen en nada al inquisidor y lo que le pasa a Prascovia es bien distinto de lo que le pasaba a Ilich.

¿Lo tuyo no se llamará negación, querida Greta?

Objetividad, así se llama. ¿Acaso Ilich estaba escondido todo el día como está Prascovia? ¿Acaso Prascovia rechaza todo alimento que no sea carne como hacía Ilich?

Uy, la todopoderosa se está escapando por la tangente; habla de los gatos porque no quiere afrontar algo bien picante que podría revelarle la pregunta recién recordada del inquisidor. Pero, ya que el tema se coló, es el momento de poner sobre la mesa lo que Greta se esfuerza en silenciar tal vez por miedo a que se le desmorone la linda imagen de descapotadora de cielos que tanto le gusta dar.

No mezclemos las entrevistas. La tarde del inquisidor yo no mencioné lo de los cielos.

Es verdad. Pero también es verdad que ella estaba locuaz esa tarde; se despachó con algo más poderoso que descapotar cielos. Y eso que era bien consciente de que el inquisidor que le estaba haciendo la entrevista no la quería y de que lo irritaba la suficiencia de ella. Aunque tal vez fue justamente por eso, para ponerle el dedo en la llaga, que Greta le contó con lujo de detalles lo que había pasado luego de la publicación de *La memoria de Uma Harán*. Las críticas superlativas, el frenesí de los lectores, la sensación única y plena de que una por fin consiguió lo que estaba buscando. O sea que —al menos implícitamente— ella le transmitió su certeza de que todo lo que se decía sobre su novela ¿y sobre ella misma? era cierto.

—Pero ¿por cuánto tiempo fue cierto?

Eso, exactamente, fue lo que le dijo el inquisidor. Y ella, la lengualarga, en lugar de detenerse y explicar con prudencia que esas ponderaciones desmesuradas nunca son del todo ciertas, que en el fondo siempre supo que solo se trataba de un momento grato en el que una se permite

sumergirse del mismo modo en que se zambulle en una ola muy alta, sabiendo que un segundo después la ola habrá pasado y solo nos quedará el recuerdo del instante dichoso; en lugar de subrayar lo relativo de ese buen momento, y de todo buen momento, se dejó llevar por la euforia del tiempo loco que estaba rememorando —se la creyó, habría dicho la más sabia de sus tías— y confesó lo que nunca tendría que haber siquiera mencionado: que una mañana, cuando los ecos del éxito aún seguían resonando, había decidido que ahora su única posibilidad era escribir una novela más grandiosa —¿dijo "grandiosa" realmente?, ¿tan borracha de vanidad estaba?— de lo que había sido *La memoria de Uma Harán*. Que estaba bien consciente de lo difícil de la misión que la esperaba, eso también dijo. Sin coartadas. Porque esa era la única vida que ella concebía, un continuo desafío, el ininterrumpido escalar de una montaña. Que una vez que se ha llegado al punto al que ella había llegado con su segunda novela le quedaba una única posibilidad: no parar hasta alcanzar la cima.

Eso le dije, ay, cómo pude desnudarme así. ¿Acaso no sé que esos sueños, prohibidos hasta para una misma, nunca deben revelarse?

Estabas ebria. De soberbia tal vez. O de espíritu de venganza. Eso: te emborrachaba el deseo de bajarle al inquisidor el tonito sobrador con que te estaba haciendo la entrevista.

Cierto, sí, quería bajarle los humos. Pero estoy segura de que, si hubiese tenido tiempo, me habría dado cuenta de lo imbécil que había estado y me las habría ingeniado para convertir mi estupidez en un buen chiste que él ingenuamente se había tragado.

Pero no hubo tiempo. Porque justo en el momento en que Greta mencionó la cima hizo su aparición el personaje inesperado: Ilich. Ilich, que desde que Greta había vuelto de Salta vivía casi recluido y consumiéndose día a día, los miraba desde la puerta del estudio con esa expresión inteligente que a Greta seguía maravillándola y protegiéndola.

Pero ¿cómo veía el inquisidor a ese gato extraordinario que ella amaba sin medida? Sin duda lo veía como un ser flaquito y desgarbado, carente de forma e inestable sobre sus patas. Greta se sintió agraviada por esa mirada intrusa. El inquisidor no tenía derecho a juzgar a su gato por el aspecto que, por motivos azarosos, tenía en este momento. Ahí nomás, con la desesperación de quien necesita reparar una injusticia, se largó a explicarle cuánto de excepcional tenía el gatito que él debía considerar feúcho y hasta qué punto la imagen que él ahora veía estaba a años luz del ser increíble y bello que había sido hasta hacía pocos días y volvería a ser en cualquier momento; le contó con qué calidad Ilich abría las puertas corredizas de su placard, sacaba de las perchas con tironeos suaves la ropa de ella, la acomodaba en un cálido montoncito, se instalaba arriba lo más orondo y cuando ella entraba al dormitorio y estaba a punto de enojarse se encontraba con la mirada de Ilich, tan de "¿acaso hay algo malo en esto que hice?" que ella no podía menos que derretirse ante tanta belleza e inteligencia y se lo comía a besos. Pero cómo contar a un gato, pensaba mientras hablaba sin parar. Cómo transmitir los pequeños rituales, el entendimiento profundo, el modo en que el gato adivina cuando una está llegando y la espera

junto a la puerta para darle la bienvenida, los saludos del despertar, el modo en que se le acomoda sobre los hombros como si fuera una amorosa estola que la acompaña mientras ella anda de acá para allá por la casa, la presencia serena junto a la máquina cuando ella está escribiendo. Cómo transmitirle a otro el amor y la alegría que hay debajo de estos actos. Sabe que es imposible. Y que es inútil. Y sin embargo, estúpidamente, sigue hablando. Igual que esas madres que cuentan las habilidades de sus hijos como si en esos seres que han parido y que tendrán que rebuscárselas para crecer y encontrar su lugar en el mundo estuviera su propia justificación de estar vivas, así cuenta Greta a Ilich, porque no puede permitir que el gato privilegiado que ella ama sea visto como un animalito grotesco y torpe.

—Entonces, ¿por qué está tan flaco y deforme? —dice el inquisidor.

Ella querría asesinarlo pero le explica que así son los gatos. Cuando una vuelve de un viaje ellos se vengan de que una los haya abandonado y durante bastante tiempo se niegan a saludar. Dan la espalda, se esconden; así son, dice la sabia, la lengualarga.

El inquisidor tiene una sonrisita siniestra.

—A este gato le pasa algo más que castigarte por tu ausencia —dice—. Con esta flacura, está claro que hace días que no come.

—Claro que come —dice ella, con ganas de darle al comedido un palazo en la cabeza—. Come como un desesperado. Solo que, no sé por qué, en estos días se le da por comer nada más que carne. Caprichos, diría mi madre.

—No sé a qué se referirá tu madre pero ¿dijiste que no come más que carne? Dejame que lo palpe.

Y antes de que Greta pueda impedirlo, irrespetuosamente agarra a Ilich y lo levanta.

—¡Qué hacés! —Greta se da cuenta de que acaba de dar una especie de alarido. No le importa; ya está jugada.

—Estudié veterinaria —otra vez la sonrisita—. No sos la única persona en el mundo que entiende de gatos —deposita a Ilich en el suelo.

—¿Y? —Greta, sobradora—. ¿Cuál es tu diagnóstico?

—Tumor en los intestinos.

—¡Qué! ¿Cómo se te ocurre decir semejante brutalidad? ¿Te creés adivino o simplemente te gusta joder a la gente?

—No soy adivino. Digo A más B igual C. Come como un desesperado pero está cada vez más flaco; tiene un bulto en la panza y no prueba más que carne. ¿Sabés por qué? Porque él no puede comer; el que necesita alimentarse es el tumor. Más carne come el gato, más crece el tumor, ¿qué te parece? Hay que hacerle una ecografía ya.

Greta va a recordar todo lo que sigue como una pesadilla. El inquisidor que se ofrece a llevarla con el gato a una clínica que él conoce, los tres en un taxi, ella con Ilich en brazos tratando todavía de creer que las palabras del tipo son mera expresión del resentimiento que despierta en

él su soberbia. Y luego, en un tiempo sin bordes, la sala de espera de la clínica, ella mirando a un perrito que trata de desasirse de los brazos que lo sostienen. De lo que ocurre cuando los llaman, lo único nítido que recuerda es su pavor ante la resignación de Ilich, manipulado sin consideración por el hombre que le está haciendo la ecografía, la expresión de reproche con que, una sola vez, la ha mirado, ¿cómo podés permitir que me hagan esto?, y las palabras finales del hombre: tumor maligno avanzado. No operable.

Después, un espacio oscuro. ¿Volvió con Ilich a su casa? ¿Se durmió en algún momento? Recuerda un contacto suave en la mejilla que la rescata del espanto. Ilich junto a su cara, recordándole, amable pero firme, que ya es la mañana y es hora de comer. Está vivo y hace las cosas de estar vivo: ella debería aprender la lección. Se levanta, tratando de convencerse de que recuperó un poco de alegría. Para colmo de bienaventuranza, el gato corre y se le adelanta. Ella, con una especie de ilusión —¿o de imbecilidad?—, pone alimento balanceado en el platito. ¿Por qué hace estas cosas? ¿Por qué se aferra a algo que en este mismo momento ella puede verificar que es imposible? ¿Acaso no sabía que iba a ocurrir lo que está viendo? Ilich no parece siquiera haber registrado el alimento y la mira en estado de espera. A Greta, involuntariamente, se le cruza la palabra “optimismo” y siente una ráfaga de malestar cuyo origen no tiene tiempo de averiguar. Ilich, sobre la mesada, la está demandando con impaciencia. Tengo que negarme, piensa. Pero no puede: su gato confía en ella; no puede traicionar esa confianza. Con desazón saca la carne, él está tan anhelante que ni siquiera la deja manipular el cuchillo. No es Ilich el ávido, piensa con horror; es el monstruo que tiene adentro y que pugna por crecer para matarlo más rápido. Buena idea, se le cruza. Tiene la incómoda impresión de que ese pensamiento pertenece a otra capa de su existencia y se filtró por costumbre. Lo desecha y se da vuelta para no asistir al espectáculo de voracidad. Está poniendo agua para el mate en la pava cuando siente el amoroso —y apenas perceptible ahora— peso sobre el hombro: Ilich. Sin duda ya terminó de comer y, pese a la debilidad, consiguió treparse sobre ella para observar el mundo desde ese punto en movimiento. Como tantas veces. Esto es la vida, piensa con una vaga sensación de incoherencia: esto sigue siendo la vida. Ilich no parece tener motivos para dejar de disfrutarla y ella va a compartir con él esa pasión de vivir; va a celebrar con él cada uno de los rituales que han ido construyendo juntos desde que ella lo trajo en un bolso y, por primera vez, lo hizo pisar el suelo de su casa. La determinación la estimula como un elixir. Soslaya con habilidad la certeza de que, entre esos rituales del amor, estará el de alimentar, día tras día, al insaciable chupador de vida. ¿Optimismo? Claro que no, esto no se parece en absoluto al optimismo. Tiene la certeza de la muerte, solo que ha decidido disfrutar la vida hasta el meollo junto a su gato. Todo, los pequeños rituales y también los decaimientos —¿o acaso no son también parte de la vida?—, saborear cada momento a pleno. ¡Y basta! No puede ser que una frase que durante veintidós años se esmeró en olvidar la lleve a despeñarse otra vez por el mismo precipicio. ¿La pronunció realmente? Piensa que tiene que cuidarse. Entonces escucha un aplauso. Albertina. Y en seguida

Marcos.

—Gracias, Greta —dice Marcos cuando deja de aplaudir—; esta historia superó todas mis expectativas. Creo que nunca la contaste así.

Entonces no lo dijo. O, si lo dijo, para sus visitantes careció de significado. Y Marcos milagrosamente está tuteándola. La vida empieza a ordenarse.

—¡Ahora sí que te sacás un sobresaliente! —le dice Albertina a Marcos.

Greta siente que la alegría la recorre como un vino. ¿Viste, tarada, que podías dar una entrevista y el lobo no te iba a comer? Años de cautela que le pesaban como un fardo caen de su cuerpo y la dejan liviana como un pájaro. No hay nada casual en la vida, ellos vinieron para salvarla. ¿Optimismo? Por primera vez en mucho tiempo la palabra no le causa terror. Ni culpa. Eso, culpa. Qué ser retorcido. Hizo que se sintiera culpable por algo que la constituye y que no tiene nada que ver con esa idea estúpida de que las cosas siempre van a salir bien, como sugirió veintidós años atrás ese retorcido inquisidor de la sonrisita. Esta vez puede mostrarse tal como es sin el más mínimo miedo, hablar de la voluntad solnessiana y de los cielos encapotados y saber que los visitantes la están entendiendo. De pronto siente una corriente de amor por ellos. Le dice a Albertina que decidió regalarle el escritorio de las persianitas.

—¿En serio? —Albertina parece pasmada.

—Claro que en serio —dice ella. Y les cuenta lo del llamado a Marita Volkonski, y cómo es Marita, la vuelta del sur en su camión cantando las dos *Amarraditos*. Los visitantes están más que entusiasmados y la quieren conocer. Claro que la van a conocer, dice ella. Viene a llevarse el escritorio. Y para coronar la entrevista (no falta mucho, ¿no, Marcos?, dice al pasar) piensa pedir empanadas y un vinito para festejar los cuatro.

Gran euforia de los visitantes. Claro que no falta casi nada, dice Marcos; por ahí algún cierre para que esto quede redondo.

—Y alguna curiosidad que quedó pendiente —dice Albertina.

—¿De qué curiosidad estás hablando? —la pregunta de Marcos suena como un mordisco.

—De la única curiosidad que existe, pedazo de pelotudo. Querer saber, eso, que yo sepa, es la curiosidad. Y no sé qué clase de periodista vas a ser si eso no te pica.

—Me pica lo que me pica, pedazo de tarada. Pero mi curiosidad es mía. Y solo yo sé qué quiero preguntar.

—Sabés pero no te animás, ese es tu problema.

—Paren, paren —dice Greta.

Siente que esto se está poniendo demasiado caliente; al fin se van a matar entre ellos y a esta altura, contra toda predicción, ella se siente tan bien y les está teniendo tanto cariño a este hermoso par de locos que el temor por lo que Albertina quiere preguntar se esfumó como una brumita y lo único que le importa es que, por el enojo entre ellos, no arruinen una tarde tan dichosa. Lo que está por hacer es más que la formulación de una pregunta: es un salto que,

siente, la pone para siempre del otro lado del muro que, desde hace más de veinte años, le ha impedido avanzar.

¿Hacia dónde?

No registra la provocación. Está en un momento venturoso y no va a permitir que una enana jodida se lo arruine. Respira hondo y dice:

—¿Qué es lo que tenés tantas ganas de saber, Albertina?

—Creo que ya no necesito preguntártelo: en lo que contaste se nota. Pero igual: me encantan los chismes —hace con la lengua el gesto de relamerse—. ¿No hay ni un cachito así de cierto en todo lo que se comentó?

—¿No te das cuenta de que sos de una imprecisión insoportable, Albertina? —dice Marcos—. Nadie sabe de qué estás hablando.

—Dale, bobo, no te hagas el chiquito inocente. Lo sabés vos, y también lo sabe Greta.

Marcos va a decir algo pero Greta se le adelanta.

—Tenés razón, Albertina. Sé de qué estás hablando. Y también lo debe saber Marcos, que, al parecer, me estudió tan a fondo. Mis aventuras como puta, ¿no? Y sí, era de cajón que en su momento la versión iba a circular para regodeo de los que se especializan en descubrir la vera historia de la autora en cada trama que ella construye.

Sin dobleces (no dice, como tampoco lo dijo en su momento), exhibiéndose en la fachada misma de la trama y servida con papafritas. Ella escribe las memorias de una puta; ergo: ella fue puta y nos cuenta sus propias memorias. Muy fácil, sí. Y sin embargo hay pedazos de mi historia, y no solo de mi historia: hay pedazos de mi alma incrustados en cada ficción, pero encontrarlos no es moco de pavo, se cuelan, se diluyen, se disfrazan, se burlan de mí agazapados detrás del episodio más inocente, revelan tramas ocultas que ni en mis sueños más audaces pensé en revelar, me deforman, me magnifican, me reducen a menos que una mosca, me ponen patas para arriba, una alquimia prodigiosa esta de la construcción de una ficción pero andá a desentrañarla si te da la brujería. Eso se desbocaba por decir en ese tiempo de rumores escabrosos. Como se desboca ahora mismo que las palabras danzan en su cabeza, pero no, ella tiene que cuidarse, ya llegará el momento de soltar tanta intimidad guardada.

—Perdón, chicos —dice—, no quiero ponerme elocuente; yendo a nuestro asunto: de puta, lo que se dice de puta, no trabajé nunca, si era eso lo que querías saber, Albertina. Aunque podría ser cierto, ¿por qué no? Y les voy a decir una cosa: siempre me sentí un poco culpable por no animarme al menos a probar lo que, por invención mía y tan suelta de cuerpo, hizo mi protagonista. Pero no me nació, como quien dice. Será porque soy de los sesenta y no de los treinta, quién sabe. Y les confieso que me sentí un poco rara el día en que, por puro azar, me enteré de la historia que estaba circulando por ahí. Tal vez la necesitaban para —se interrumpe; ojo al piojo, no ir por ahí. Se encoge de hombros—. No sé para qué.

Pero sí lo sabe. Necesitaban esa historia para darle una explicación al silencio que vino cuando se iban apagando las estridencias que desencadenó *La memoria de Uma Harán*. Cerraba perfecto. Ella, después de *Hilda Wangel* —o tal vez antes, quién te dice, no la conocemos tanto al fin y al cabo— se había entregado en alma y vida a la profesión más antigua; había experimentado cada una de las aventuras que más adelante narró tan vívidamente en su segunda novela, y por fin, después del éxito de la confesión, se había casado con uno de sus clientes y, lejos del mundanal ruido, vivieron felices y comieron perdices. Claro que le habían llegado, con variantes, los ecos de esa leyenda, y claro que se salió de la vaina por contestarles a esos fabuladores pero solo se encargó con mucho esmero de que ningún acontecimiento de la realidad pudiera reavivar esa leyenda ni revelar gran cosa de su vida. Aunque se ve que algún rumor perduraba.

—Pero ¿saben qué? No tengo ganas de que se hable de esto.

—Quedate tranquila —dice Marcos—. Nunca pensé sacar el tema. Solo a esta chismosa serial se le podía ocurrir preguntarte sobre la cuestión.

—Tenía mis motivos —dice Albertina— pero ya está: Greta confirmó lo que pensaba.

Greta descubre con una especie de alegría que no la inquietan los motivos de Albertina. Se siente sorprendentemente tranquila y de buen humor.

—Entonces lo dejamos ahí y chau Pinela —dice.

"¿Pinela?" y "qué dijiste" resuenan al mismo tiempo, infladas por la risa de sus dos visitantes.

Greta se ilumina: algo todavía difuso la sacude por segunda vez en la tarde, ¿qué es? ¡Voto a bríos!: la sospecha de que un mundo que ella siente familiar e imprescindible —¿qué expresión podría dar a entender de un modo tan contundente como "Chau Pinela" el cierre inapelable de un asunto?— ni siquiera existe para sus visitantes. Se siente fugazmente aureolada por la misión de transmitirles su significado: es una expresión tan elocuente (piensa) que una vez que la conozcan les va a resultar irreemplazable. Algo en su cabeza le machaca que no es cierto, que si una no mamó desde la cuna esa o cualquier otra construcción de palabras, si no la hizo suya hasta el punto de necesitarla como el aire, va a seguir respirando lo más pancha sin experimentar la más mínima carencia. Pero en este momento no quiere darse por enterada. Se deja embriagar por la ilusión de que tiene el mandato de transmitir su mundo familiar porque si no ese mundo va a ir borrándose hasta desaparecer. Qué cosa loca es el lenguaje, piensa. No, no solo lo piensa: está soltando sin miedo lo que en este mismo instante se le pasa por la cabeza: con qué insistencia (cuenta) cuando era chica se obsesionaba con el origen de esas construcciones, ¿quién fue el primero que dijo Chau Pinela?, y ahí nomás la pequeña Greta tiene que inventar la historia del chico que por primera vez en el mundo dijo Chau Pinela. ¿Por qué lo dijo? Porque el chico tiene un vecino que se llama Pinela y que todo el tiempo se burla de él porque es huraño; entonces una noche el chico huraño se disfraza de fantasma con una sábana y cuando pasa Pinela le salta

encima; Pinela, del susto que se pegó, sale corriendo muerto de miedo y el chico huraño le grita: Chau, Pinela, como quien dice: ahora sí que no me vas a cargar nunca más. Ya está la historia de la primera vez; el trabajo siguiente es descubrir el camino por el cual el mundo entero dice Chau Pinela cuando una cosa se terminó. Ya lo tiene: el hermanito del huraño escuchó lo de Chau Pinela y le gustó y se lo dijo a un compañero de colegio, y el compañero al papá, y el papá a. Y así se lo van pasando hasta que llega un día en que todo el mundo dice Chau Pinela cuando un asunto está terminado.

Lástima que llega otro día (susurra la enana jodida) en que el papá envejece y muere y el hermanito envejece y muere y hasta el propio Pinela envejece y muere y ya nadie se acuerda de Chau Pinela que se esfuma como una neblina hasta desaparecer de la faz de la tierra.

Pero ella ni se detiene a escucharla. La empuja la euforia de haberse recuperado a sí misma en el tiempo sagrado en que se inventa historias que le explican el mundo. Ahora mismo está ansiosa por preguntarles a los visitantes si conocen el giro “No quiere más Lola”. No, los visitantes nunca lo oyeron, ¿qué quiere decir? Que alguien está más cerca del arpa que de la guitarra, dice ella, poniéndolos a prueba. Ellos se ríen, esa es fácil, se puede deducir ¿pero la de Lola? Ah, esa historia ni siquiera tuvo que tomarse el trabajo de inventarla; conoce el origen verdadero. Resulta que había unas galletitas sin sal que se llamaban Lola y que les daban a los enfermos en los hospitales. Si uno no quería más Lola, era señal de que ya estaba por mirar los rabanitos desde abajo. ¿Esa la oyeron? Igual, aunque no la hayan oído también se puede deducir, ¿no? Pero, ya que hablamos de Lola, ¿alguna vez escucharon “Andá que te cure Lola”?

No, no lo escucharon, ¿cuándo se dice?

Cuando alguien vive tirándote sus problemas para que se los soluciones. Lo lindo es que acá el origen es una perfecta herejía porque en realidad una está mandando al pesado que le tira problemas a que se los resuelva la Virgen de los Dolores, ¿se dan cuenta? ¡Andá que te cure la Virgen de los Dolores! Al menos saben que Lola es el apodo de Dolores, ¿no?

—Era —dice Albertina—, ahora es nombre por las suyas.

—Cierto —dice Greta—. Y ya nadie se llama Dolores, por suerte.

Siente sobre los hombros el paso del tiempo; ¿tiene algún sentido lo que está haciendo? La comodidad en la que se mueve con ciertas palabras que le escuchó a su padre ¿se puede transmitir? ¿Se puede percibir la música, el olor, el espíritu burlón de personas amadas y perdidas para siempre en las expresiones que ahora está trayendo de un mundo lejano? No tiene interés en analizarlo; le da alegría traerlas a este encuentro y listo. Como se abre un cofre lleno de recuerdos.

—¿Saben qué es chapar? —intempestivamente dice.

Y parece que sí. ¡Sorpresa! Lo que son las idas y vueltas del lenguaje; ahora es una palabra que usan ellos, se entera Greta. Pero seguro que no es lo mismo, dice; en los inicios de su adolescencia indicó una revolución. Explica que en la época de su prima Sonia todavía se afilaba

—Sonia tiene un filito, le decía su tía Maruca a su mamá— y que recién a fines de los cincuenta se empezó a chapar. Hay un cambio cultural, dice, un paso de lo ceremonioso a lo corporal en lo que va de afilar a chapar. Trata de transmitirles la carga de sexualidad y de trasgresión que encerraba chapar; cómo de la palabra emanaba la calentura de comprimirse contra el otro hasta sentir en el propio cuerpo cada pequeño accidente del cuerpo ajeno. Una época se amontona en ese verbo (dice): mi época. Y quiere aludir (o tal vez alude) a ese fenómeno extraordinario de entrar en la adolescencia a fines de los cincuenta, cuando todo lo viejo parece haber quedado atrás y solo se necesita el coraje de estirar el brazo y colgarse de lo nuevo. ¿O será que todo adolescente siente esta posibilidad de estirar el brazo y? Está a punto de ponerse melancólica cuando la despierta la voz de Albertina.

—No puedo creerlo —acaba de decir.

—Qué cosa —Greta no está alarmada.

—Estar escuchándote. Soñé tanto con este momento. Oír tus historias, digo, hay tanta vida ahí.

Greta se siente exultante; presiente que las palabras de Albertina quieren decir algo más allá de lo que dicen pero no tiene tiempo de analizarlo. Esto es la vida misma y no hay que detenerle la correntada. ¿Escucharon alguna vez “Chupate esta mandarina”? Ah, qué bueno, así que todavía se usa. Se le ocurre que ella siempre vivió como quien se pone ante la instancia de decirle a quien tiene enfrente: Chupate esta mandarina. Pero eso se lo calla. En cambio explica que las mandarinas daban para todo, ¿alguna vez les dijeron que eran una buena mandarina?

—¿Era un elogio? —dice Marcos.

—Nada que ver. Ser una buena mandarina era todo lo contrario de ser buena. Alguien decía: qué buena es Gretita, y mi papá le chantaba: Je, buena mandarina. Como si dijera: Si la conocieras bien no dirías que es buena. Pero lo decía en un tono medio jodón y a mí me encantaba. No ser buena, eso me encantaba. Otra que decía mi papá y me intrigaba de una manera muy especial era: Ahí te quiero ver, escopeta.

—¿Y eso cuándo lo decía? —dice Marcos.

—Cuando barajaba que a otro, hasta ahí, la cosa le había resultado fácil pero a partir de ahora se le venía bien brava. Entonces le decía: Ahí te quiero ver, escopeta.

—Pero de dónde sale —dice Marcos.

Greta se ríe. Se acuerda de lo difícil que le había resultado desentrañarla. Sobre todo eso de la escopeta, ¿por qué razón (se dice la pequeña Greta) una le va a hablar a una escopeta? No lo pregunta. Considera que nadie podría entender la hondura de su perplejidad.

—No tengo idea de dónde salió —dice.

—¿Entonces de qué te reíste? —dice Albertina.

—¿Me reí? —dice Greta—. No me di cuenta —levanta el dedo índice—. El que solo se ríe de sus picardías se acuerda. Esa la conocen, ¿no?

—Alguna vez me la dijo mi mamá —dice Marcos.

—Puf —dice Albertina—, mi mamá no era de decir esas cosas.

—Bueno, no te pongas dramática —dice Marcos—. En todos lados se cuecen habas —mira a Greta—. ¿Qué te parece esa?

—Inmortal, sin duda. Viene nada menos que del Quijote. Como “Hacer pata ancha”, que viene del Martín Fierro. Ah, ¿la de hacer pata ancha nunca la oyeron? No importa —mira el reloj—, otro día les cuento, en cualquier momento llega Marita Volkonski. Es hora de pedir unas empanadas y un vinito de la costa. ¿Oyeron hablar del vino de la costa? Viene en damajuana y es el vino más rico del mundo. Nada de Costa Azul, ni lo sueñen, de la cercana y suburbana costa de Sarandí.

Ahí les cuenta de esas reuniones que duraban hasta la mañana, en las que cantaban hasta quedar sin voz y tomaban a rolete el inigualable vinito de la costa. ¿Conocen “a rolete”? Siente que no puede parar, Agarrate Catalina que vamos a navegar, ¿esa la oyeron? A Albertina algo le suena. Marcos dice que claro, que siempre hay un adulto que te dice eso si te la diste en la pera la noche anterior. No, no, dice Greta, rebosante de entusiasmo, ella está hablando del instante supremo en que una se lanza a algo desmesurado. En compañía de otro, ah, qué instancia maravillosa la de lanzarse a lo desmesurado en compañía de otro y entonces, ¡Agarrate Catalina que vamos a navegar!, el mundo es nuestro, no nos asustan las borrascas ni los marasmos, dame la mano y surquemos los mares, somos dos. ¿Lo habrán entendido? ¿Lo entiende ella? ¿Ha sido capaz, acaso, de lanzarse a lo desmesurado en compañía de otro? No quiere pensar en eso. El calavera no chilla, dice. ¿Al menos saben qué es un calavera? Parece que no. Y sin embargo hay algo que ella cree que está transmitiendo, el resabio de un tiempo tal vez, cierto ingenio, cierta belleza de otro tiempo, algo que a causa de su alegría, o del amor por lo que dice, tal vez deja filtrar la luz de otro tiempo, ¿se está poniendo sentimental? Ellos la escuchan y ríen. Hay un entendimiento que atraviesa los años y pone cara a cara a las personas. Ella siente, ¿alguna vez lo sintió con esta intensidad?, que carga una historia. No, no la carga, es un legado. Tiene que pensar en eso cuando los visitantes se vayan y se quede sola. Por primera vez en mucho tiempo no siente miedo, percibe algo que debería ser importante pero no puede pensarlo ahora, todo va demasiado rápido. Igual que si en este mismo instante estuviese bebiendo el inigualable vinito de la costa que la impulsa a hablar como si cada palabra pronunciada tuviera un sentido.

—¿Pero al final eras ermitaña o fiestera? —dice Marcos.

—¿Por qué me lo preguntás? —dice Greta.

—Por lo de esas reuniones con tanto vino y tanto canto. Parece que no tuviera mucho que ver con esa chica que había decidido que su *Hilda Wangel* fuera, no sé, no sé cómo decirlo. Una obra fulminante, algo como eso.

Greta se ríe. Es feliz.

—Lo que pasa, Marcos, es que yo quería la chancha y los veinte. Ese dicho, ¿lo conocen?

Albertina, eufórica:

—¿Cómo no conocerlo? —se golpea una palma con el puño de la otra mano como quien dice “al fin te pesqué”; se ríe—. Ahí te quería ver, escopeta —dice con tono de triunfo; mira a Greta —. ¿Lo usé bien?

Hay un segundo neutro en el que Greta intenta verificar si el giro de la escopeta está bien usado. Pero bruscamente vira a un estado de alerta. Algo parece a punto de estallar dentro de la cabeza de Greta.

Albertina sin duda lo ha percibido porque ya no se ríe.

—No importa —dice—. Me gustó lo de la escopeta y quería usarlo; un ensayo nomás.

Marcos parece desconcertado.

—A veces es un poco sonsa —le dice a Greta.

—No, no es sonsa —mira a Albertina—. ¿Por qué lo conocías?

Entonces suena el timbre del portero eléctrico. Greta se levanta de un salto y va a atender. Unos segundos después escucha la voz de Marita Volkonski: Alguien me abre, Greta, ya subo; pero esa voz ya no le da alegría. Tengo que aplacarme, piensa; pero tiembla de pies a cabeza mientras camina. No en dirección al estudio; hacia el cuarto del pasillo.

La entrada de Marita actúa como una explosión de salud. Saludos, presentaciones, abrazos, unas palmadas confianzudas de Marita al escritorio: Así que te llevamos de vuelta, muchacho; como si le hablara a un viejo camarada. Su actitud es tan campechana que el armatoste pierde para Greta su calidad de enemigo. El enemigo está en otro lado, trata de no pensar.

—A los bifes —está diciendo Marita—, así después le damos al festejo.

Y ahí nomás saca los cajones y se dispone a desarmar la parte de arriba. Marcos y Albertina la miran embelesados.

—¿Quiere que la ayude? —dice Marcos.

Marita lo mira con ternura.

—Querido —dice—, cada uno a lo suyo. Sigan nomás charlando con Greta. Cuando termine con todo me junto con ustedes. Poneme las llaves en el bolsillo, Greta, así no te molesto.

Greta le da las llaves y ahora sí entra al estudio. Albertina y Marcos entran detrás.

—Les cierro la puerta —dice Marita— así no los molestan los golpes.

—Qué mujer increíble —dice Albertina.

Greta se da cuenta de que lo único que querría en este momento es echar a los dos visitantes y tirarse a llorar.

—Hay maneras y maneras de ser increíble —dice—. Y no me mires con esa cara de carnero degollado, ya que estamos en plan de dichos. ¿Por qué lo conocías?

—¿Qué?

—Que por qué lo conocías.

—¡A quién! Vos sacás cualquier tema y te creés que ya está, que todos estamos siguiendo los rulos de tu cabeza.

—Qué estás diciendo, Albertina —murmura Marcos como si rogara.

Pero nadie le presta atención porque desde el hall llega el bamboleo del escritorio y porque Greta, a quien bajo el zumbido de los-rulos-de-tu-cabeza le creció la furia como un zarpazo, está señalando con dedo acusador:

—Vos lo sabés muy bien.

—Qué es lo que tengo que saber —dice Albertina juntando los dedos con grosería manifiesta —. Te juro que no entiendo qué te atacó de golpe.

—¿No entendés? Entonces te lo voy a refrescar —sabe que no quiere hablar en el tono en que está hablando, que esto se desbocó y solo ella lo puede componer. Pero no quiere actuar con

corrección; siente una necesidad rabiosa de agraviar. De desbocarse ella misma. Ah, si fuera capaz—. La chancha y los veinte, ¿te suena?

Albertina se encoge de hombros.

—Claro que me suena, ¿te creés que tenés la exclusividad de la memoria? —lo dice con rabia pero parece a punto de ponerse a llorar—. Vos dijiste que cuando eras joven querías la chancha y los veinte, ¿y? ¿Dónde está el drama?

—El drama está por venir —dice Greta.

—No te entendemos, Greta —dice Marcos.

—Así que actúan en plural. Entonces no tendrás necesidad de preguntarle a tu amiguita por qué, cuando dije lo de la chancha y los veinte, reaccionó como si se hubiera dado de cabeza con la piedra filosofal.

Greta nota que Marcos le echa a Albertina una mirada de "¿qué le pasa a esta mina de golpe?".

Albertina no parece haberlo registrado.

—Él no tiene nada que ver —dice—. Supongo que soy solamente yo la que sabe lo significativo que es ese dicho para vos.

—¿Por qué?

—Porque vos te encargaste de decirlo.

—¡Dónde! —dice Greta como quien quiere descubrir al asesino.

Albertina se encoge de hombros.

—En alguna nota, qué se yo —dice—. ¿Te creés que no me pasé un año entero leyendo todo lo tuyo que encontré? Pero no tengo por qué acordarme dónde dijiste cada cosa.

—Así que no tenés por qué acordarte. Entonces te lo voy a recordar yo. Hablé una sola vez de la chancha y los veinte. U-na-so-la. Del estado de locura que implica vivir queriendo todo el tiempo la chancha y los veinte. No te tengo que refrescar dónde hablé esa única vez, ¿no?

Llegan golpes desde la escalera, ¿Albertina está llorando?

—Por favor —dice—, dejame que te explique.

—Que le expliques qué —dice Marcos—. Qué está pasando acá.

—Pasa, Marcos —Greta respira hondo—, que tu tierna conejita me robó los cuadernos.

—¡Qué estás diciendo! Cómo podés acusar a alguien sin.

—*Con*, Marcos. Con pruebas, si era eso lo que querías decir —dice Greta—. Así que mejor calmate porque acabo de verificarlo —con el dedo apunta en dirección a la pieza del pasillo.

Marcos mira a Albertina con una mezcla de incredulidad y de espanto.

—Fueron solo tres —dice Albertina sin dejar de llorar—. Y no fue un robo.

—Así que no fue un robo —estruendo en las escaleras; Greta se queda expectante, como si esperara una catástrofe capaz de clausurar todo lo que está ocurriendo. Pero no; ya no hay estruendo—. ¿Y cómo lo llamarías, vamos a ver? Ya que sos tan creativa, ¿qué nombre le pondrías a esa maniobra tuya tan astuta de tirarme encima toda tu empalagosa carga de

comprensión y de cariño, *ah, yo te entiendo, Greta, no sabés cómo te entiendo, necesitás estar sola, vamos a dar una vueltita* —y en algún lugar de sí misma sabe que ahora sí está punto de reprochar y de agraviar, o ya lo está haciendo, está pronunciando palabras como ingratitud e hipocresía y actúa (desde cierta zonita todavía lúcida lo sabe) de una manera totalmente distinta a como esperaba de sí misma ¿Y qué esperaba de sí misma, vamos a ver? ¿Qué imagen, perfecta e inalcanzable, había pretendido construir para sus dos visitantes y —peor que peor— para ella misma?

Fuera cual fuera esa imagen la está tirando por la borda. Desaforada, le brama a una chica casi sesenta años menor que ella si tiene la menor idea de lo que significa esto que acaba de robar.

¿Qué, Greta? ¿Qué significa, vamos a ver?

Mi alma, grita la loca, la borracha, la arrasada por la ira. ¡Me robaste el alma!, ¿te das cuenta? Esos cuadernos que te llevaste estaban llenos de

¿No estarás haciendo cierto abuso de tu alma, querida Greta?

Difusamente sabe que sí pero no le importa. Necesita con todo el cuerpo dejarse llevar por el desenfreno. Un desenfreno similar, sabría si se permitiera un instante de reflexión, al de pocos días atrás cuando, acomodando sus cosas en el escritorio recién traído, se le ocurrió que esas persianitas hechas a la medida de sus sueños debían albergar un secreto.

Un secreto tramposo, se había planteado años atrás, ya que todo escritor que lleva un diario está convencido de que un día ese diario va a ser leído como parte de su obra. Además (había escrito entonces), mejor no confiar demasiado en las desdichas de los diarios; son engañosos, o al menos desequilibrados. Una tiene más propensión a contarse a sí misma cuando está sufriendo. La alegría de vivir no pide desahogo, salvo cuando es tan desmesurada que resulta dolorosa. O sea que en los diarios siempre gana el dolor.

Claro que esos planteos lúcidos le habían sucedido cuando la escritura en sus hermosos cuadernos La materia en el arte y en los de espiral fue reemplazada por el tableteo en la computadora. Puesta ante la página rayada o cuadriculada, con la lapicera en la mano, se lanzaba con desesperación de ahorcada a volcar todo lo que la ahogaba, todo lo que deseaba, sus apetitos más mezquinos y sus aspiraciones más altas. “Ser la más grande”, eso le chantó con su letra espantosa la pendeja irresponsable de veinte años apenas Greta, dispuesta a guardar su diarios manuscritos detrás de las persianitas, abrió el primer cuaderno. Le habría gustado abofetear a la que había iniciado su diario con esas palabras. ¿Qué se creía la estúpida esa: que escribir es soplar y hacer botellas? Ese fue el motivo por el cual el acto que había empezado a realizar unos días atrás ante las persianitas viró como por arte de magia: lo que estaba haciendo ya no se llamó *guardar lo secreto* sino *esconder lo bochornoso.* Y es por eso que le grita como le grita a una chica casi sesenta años menor que ella. No puede soportar que la pequeña ladrona se tope, ya se haya topado, con frases como la que la irresponsable que ella fue ha escrito a los veinte años. Saberse obscenamente desnuda ante una desconocida.

Fuerte, sí. ¿Pero estás bien segura de que ese es el único motivo de tanta desesperación? ¿No ocurrirá además, grandísima sensiblera, que te habías hecho ilusiones? Por primera vez en muchos años creíste que todavía estabas a tiempo: que algo parecido a ese abrigo único e incanjeable que confiere el amor podía atenuarte el miedo. Y lo que en realidad sentís es tristeza, una tristeza intolerable, y lo único que de verdad querrías es ponerte a llorar. Aunque preferirías coserte los ojos —y el infatigable cerebro— antes de reconocerlo.

Ya que no estoy dispuesta a reconocerlo no me jodas con *mi sentimentalismo* justo ahora que necesito rugir para sacarme de adentro este mazacote de angustia que no me deja respirar.

Pero cuando se dispone al rugido se da cuenta de que el aluvión de rabia se cortó dentro de ella y ya no sabe qué es lo que quiere descargar sobre el enemigo. ¿El enemigo?

—¿Cómo pudiste hacerme esto? —escucha. Es la voz de Marcos.

Como en el teatro, la frase le da a Greta el pie que andaba necesitando.

—¿A vos? —señala a Marcos con el índice—. ¡Así que te lo hizo a vos! ¡Pero mírenlo al nuevo periodista! El daño se lo hizo a él. ¿Saben una cosa? Si no fueran el par de farsantes que me mostraron ser me darían un poco de risa ustedes dos.

Se nota un salto de alerta tanto en Marcos como en Albertina. Albertina ha dejado de llorar.

—Te voy a decir algo, Greta —levanta bien alta la cara mojada por las lágrimas—, el enojo no te da derechos. No te voy a permitir que nos digas farsantes. Ni a Marcos ni a mí.

Corajuda la minita, no puede dejar de pensar Greta. No ablandarse.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo calificarías a los dos visitantes que armaron esta linda comedia?

—No hubo comedia, Greta —en el tono de Marcos se nota el esfuerzo que está haciendo para mantener la calma—. Y vos tendrías que saberlo muy bien. Yo quería de verdad hacerte esa entrevista. Y sigo queriéndolo, por si te interesa.

—Epa —dice Albertina—. Acá hay uno que quiere salvarse solo. Pero en esta historia no hay inocentes, Marquitos. ¿O ya no te acordás de lo que acordamos?

—¡Qué! ¿Qué acordaron? ¿Qué pretendían hacer conmigo, vamos a ver?

—Recuperarte, eso pretendíamos —ahora es Albertina la que está levantando la voz—. ¿Querías saberlo? Bueno, ya lo sabés. Pero resulta que, según parece, yo le estoy haciendo algo a él, miralo al santito. No me mires con esa cara. ¿O no me hablaste, pedazo de estúpido, durante un año seguido no me estuviste hablando de lo que le estaba pasando a Greta? ¿O no fuiste vos el que me la metió en la cabeza hasta que ya no me la pude sacar ni con sacacorchos? Que tenés que leerla, que pudo ser una genia, ¿y qué le está pasando, Albertina? Y se desesperaba el muy boludo. Y me taladraba el cerebro con lo que vos habías sido, y con lo que prometías ser. No se podía bancar tu silencio el muy tarado. ¿Por qué?, decía, ¿por qué abandonó esa novela que estaba escribiendo? ¿Por qué nunca volvió a nombrarla? Tenemos la obligación de averiguarlo. Y yo como una pelotuda te leí, me la pasé un año leyéndote. Porque ahora era yo la que quería encontrar lo que te había pasado y escribir tu historia. Pero escribirla como se escribe una novela,

¿entendés? Por eso me llevé los cuadernos. Porque nunca iba a poder recuperarte del todo si no averiguaba de una buena vez por qué nunca en tu vida volviste a hablar de *Vera y el optimismo*.

Vera y el optimismo

La prehistoria de *Vera y el optimismo* sucedió ante un espejo. Greta tenía veintidós años y esa mañana le había ocurrido algo inédito: se vio impresa por primera vez; el suplemento cultural del diario que traían a su casa cada mañana había publicado un anticipo de su primera novela. Ella ya sabía que ese anticipo iba a salir así que apenas levantó el diario lo buscó; tardó menos de un segundo en virar de la expectativa al mal humor: la chica de cara redonda y rasgos infantiles que la miraba desde la parte superior de la página no tenía nada que ver con el ser oscuro que Greta sentía arder dentro de ella. Ni hablar de cuando leyó la nota introductoria: la señora que la firmaba solo se refería —¡y con ternura maternal!— a su juventud; para dar más realismo a sus palabras señalaba con benevolencia *lo mal pintado de los ojos de la juvenil autora*. A Greta no le quedó ánimo ni para darle un vistazo a su propio texto: la vida se le había hundido en el desastre.

Más tarde sonó el teléfono: un escritor que ella solo conocía de oídas, fascinado según dijo por el fragmento de *Hilda Wangel* que acababa de leer en el suplemento cultural, la invitaba para esa misma tarde a la presentación de una novela suya. Librería tal, hora tal. My god, ella quería ir a esa presentación, tenía avidez de conocer gente del mundo literario. Y había un detalle reconfortante: el que la había llamado no dio señales de que le importaran la foto y lo meloso de la introducción; solo había hablado del texto. Mi verdadera imagen, claro que sí, pensó con arrogancia. Todo fue euforia hasta que, dispuesta a prepararse para ir a la presentación, se miró en el espejo: desgreñada, ojos todavía hinchados por el llanto de la mañana, cara que a medida que la miraba se le volvía más redonda. No puedo ir, pensó. Pero esa frase no se había hecho para ella, luego de una ducha reparadora dio inicio ante el espejo a una actividad que la cautivaba: armarse. Con residuos, con trastos olvidados, con pequeños hallazgos —como se compone una historia, pensaría con los años— se fue construyendo de acuerdo a aquello que, desde el centro de la panza, sentía que era. No es coquetería, pensó; es coherencia. Y el pensamiento la sedujo. Tuvo especial cuidado, eso sí, en trazar sin temblores el delineado de los ojos. Se gustó. Y fue entonces que por primera vez le vino, desde un costado del pensamiento y como un chiste, la idea de lo fáustico. *¿Te das cuenta de que las mujeres no necesitamos al diablito enfrente ofreciendo comprarnos el alma a cambio de la juventud eterna?; la conseguimos con unos toques ante el espejo.* Con quién hablaba: no se detuvo a pensarlo. Puso lo que necesitaba en la cartera y partió. Y no volvió a pensar en la escena hasta casi veinte años después, en medio del tumulto que levantó *La memoria de Uma Harán*.

¿Si previó la notoriedad que esta segunda novela iba a alcanzar? En varias de las innumerables

entrevistas que contestó en esos tiempos dijo que no, que nunca se hubiera imaginado que. Pero claro que se lo había imaginado. De algún modo, se lo venía imaginando desde los diez años, cuando en el colegio, o en la cama, o jugando a la mancha en la plaza, se soñaba a sí misma cruzando las estepas rusas como lo había hecho Prascovia, la niña valiente.

La historia de Prascovia la había leído en un libro cuyo título, *Vida maravillosa de niños célebres*, la puso ante el proyecto ineludible de ser una niña célebre. Y ante un problema de solución difícil: casi todas las celebridades precoces del libro —Mozart, Pascal, Lully, Metastasio, Kaspar Hauser, Pico della Mirandola— eran varones; las dos excepciones, Elizabeth Barrett y Prascovia, la niña valiente, eran perfectamente desconocidas para ella. Igual, por una cuestión de realismo, solo se podía permitir el sueño de ser una de las dos. La infancia de Elizabeth Barrett, alentada por su padre y bien alimentada, le pareció aburridísima. A eso se sumaba una circunstancia fundamental: los escritores eran aquellos seres sin entidad encargados de producir los objetos que más la cautivaban en el mundo. Como destino, producir libros no le parecía tentador; una no podía hacer con ellos lo que a Greta más le gustaba en el mundo: leerlos. Sin contar con que se trataba de una actividad demasiado quieta y ella tenía hambre de aventuras. La de Prascovia la sobrecogió: en una marcha inclemente había ido desde Siberia hasta San Petersburgo a pedirle al Zar de todas las Rusias el indulto para sus padres, presos en Siberia. Greta atravesó Rusia.

De modo que a los cuarenta años, qué menos podía haber soñado para su segunda novela que la bambolla que estaba sucediendo. Claro que una cosa es haberlo soñado (le dijo una vez a Hertha) y otra cosa es que te suceda, no sé, no es fácil de explicar; como si sintiera que me elogian, y me juzgan, por algo ligeramente distinto de lo que pretendí hacer. Pero esos arranques de desapego respecto de sí misma solo le ocurrían cuando hablaba con Hertha; el resto del tiempo se sentía bastante a gusto dejándose flotar entre tanta notoriedad. Pero sucedió que una mañana, sin que lo previera, la notoriedad se le cayó encima como un árbol de secuoya; secuoya que, contra viento y marea, ella tendría que cargar el resto de su vida. O sea: entendió que después de tanto ruido solo le quedaba construir una novela que fuera grandiosa. Al punto de que, en ese momento, ni siquiera podía concebir esa grandeza.

Y además sería sorprendente, pensó días después; ya que abordaría cuestiones a las que solo se habían acercado algunos elegidos. Hombres, todos ellos. Ahí estaba la clave, o el desafío, lo único que en rigor tenía claro. El resto se le aparecía como una nebulosa sin el más mínimo hilito que le permitiera tirar de él y sacar algo susceptible de ser contado. Hasta la tarde en que, atravesando los años como un tropel, llegó hasta ella la escena del espejo: las mujeres no necesitamos al diablito enfrente. Solo que, a diferencia de lo que le había pasado a los veintidós años, esta vez la ocurrencia no le dio risa: la insufló de poder. Ahora sabía cuál iba a ser el tema de su tercera novela: el pacto fáustico pero encarado desde una mujer. Algo distinto de lo que habían concebido Marlowe y Goethe y su amado Thomas Mann, quien, con su *Doktor Faustus*,

la había hecho crecer más allá de su propio límite. Y seguro que bien diferente de aquello que, le habían dicho, desde hacía años venía persiguiendo uno de los grandes escritores de Argentina. Lo fáustico desde una mujer tiene que ser otra cosa, le dijo a Hertha y otra vez la sobrevoló la escena del espejo pero no la mencionó porque no le pareció a la altura de lo que pretendía que Hertha entendiese. Tiene que ver con la voluntad y también con el cuerpo, eso le dijo: el diablo tan atractivo que te interpela desde afuera, inteligente, superior, desafiante, irresistiblemente masculino, no corre para las mujeres; hay algo que emana del cuerpo mismo y de lo cual, como vampiras, extraemos la juventud eterna y la fuerza para animarnos a lo inalcanzable. Hertha la había mirado con cierta anuencia, o eso le pareció. Y ahí nomás le habló de Michelet y de las brujas, momento en el que Greta se dio cuenta —¿o recién se dio cuenta después que, como una esponja, se tragó entero a Michelet?— de que no había entendido lo que ella estaba tratando de explicarle. ¿Se animó entonces a pensar que Hertha, pese a su autoridad, estaba un poco colonizada? No. Solo pensó: cuestión generacional. Y se guardó de decirle que esto de lo que ella le había hablado no tenía nada que ver con las brujas, concepto masculino de lo demoníaco en las mujeres. Hay una puerta que todavía no se abrió, eso le habría gustado decirle, pero la frase quedó dentro de ella, como una provocación. Ya le llegaría a Hertha el momento de leer su novela, pensó cuando volvió a su casa, entonces entendería lo que ella había querido explicarle. Y el pensamiento fue tan poderoso que quedó cristalizado en su memoria: un estado de plenitud en todo el cuerpo y un impulso imparable que la hizo buscar su diario y hacer la primera anotación de1988. Puso la fecha, 22 de marzo, y escribió. “Hoy vi con claridad mi próxima novela. Va a encarar el pacto fáustico desde una mujer. Sé que me va a dar mucho trabajo y que, seguramente, me va a llevar varios años terminarla. Pero no me importa. Sé muy bien lo que quiero alcanzar. Y no pienso detenerme hasta alcanzarlo”.

O sea que, a la luz de los hechos, te estabas mintiendo.

No lo admito. No hay mentira en eso. ¿Acaso no estuve atravesada por determinaciones como esta ya en los anuncios precoces de la adolescencia? Equivocadas o no, son mi verdad.

Mi verdad; qué mujer retórica.

Greta piensa que lo retórico no está del todo en “mi verdad” sino en eso de los “anuncios precoces de la adolescencia”. Sugiere cuerpos prematuros, pechos que despuntan, caderas mórbidas que despiertan el deseo de jóvenes efebos bailadores de rock and roll; habla de muchachas que, de la noche a la mañana, se despiertan con alturas y anchuras decididamente novedosas. Y nada de eso le ocurre a la pequeña adelantada de doce años conviviente de condiscípulas culonas, quien, como el chiquilín de Discépolo, mira estos fenómenos como a esas cosas que nunca se alcanzan aun cuando por dentro desborde en alturas y anchuras. Al parecer, estos desbordes no son registrables desde el exterior. La alfeñique de 45 kilos, camarada de tetonas, dueña secreta del viento en llamas, la que corre aullando bajo la lluvia torrencial y siente todo lo que crece creciendo dentro de ella, no sabe qué hacer con tanta ebriedad. Entonces aferra

la lapicera y, sobre todo papel que se le cruza, escribe.

Esta es mi verdad, se esfuerza por pensar en los meses que siguen pero eso no atenúa el malestar que le provoca lo que tiempo atrás ha escrito en su diario: Sé muy bien lo que quiero alcanzar. No lo sabe. Solo tiene la idea desmesurada de algo sin forma ni contenido. O sea: la idea desmesurada de la nada. Todo lo que hace es anotar variaciones sobre lo fáustico vinculadas con la voluntad y con el cuerpo. ¿Desde ya hace cinco meses? Apenas toma conciencia del período en blanco empieza el insomnio. Una madrugada se anima a aceptar que, por grandiosa que sea la propuesta, hasta el momento no tiene nada que contar. ¿Qué busca su protagonista? Recuperar el fuego que perdió en la juventud. ¿Para qué? No tiene ni la más pálida idea; no sabe nada sobre esta mujer. ¿Es joven? ¿Ya pasó los cuarenta? —una vieja ni se le cruza—. Un mundo de posibilidades se agita dentro de Greta sin ton ni son. Un día, como en esos dibujos animados en los que, de un mazacote humano, emerge un brazo o una pierna, aparece el nombre: Vera. Dar con el nombre del personaje es empezar a ver a la persona, se dice. ¿O será al revés? No importa; ahora, a partir del nombre, Greta empieza a conocer desde las tripas la desesperación de Vera por recuperar una energía que en otro tiempo la hizo capaz de atravesar el vacío; quiere recuperar eso sustancioso que otra vez cargará su vida de sentido.

A Greta comienza a sucederle algo que en los últimos meses había creído perdido para siempre: el despertar de la imaginación. Un día amanece sabiendo que, según cree Vera, lo que busca lo va a encontrar en una casa: la que fue la casa de infancia. ¿Por qué? Luego de algunas ocurrencias fallidas, Greta encuentra la respuesta: una carta —ya decidirá de quién— acaba de avisarle a Vera que una tía suya murió en Buenos Aires y que ella es la heredera —o coheredera, tiene que pensarlo— de su casa; la casa en la que justamente Vera pasó buena parte de su infancia. Eso quiere decir que ahora Vera vive afuera, ¿desde cuándo? Desde hace más de veinte años, después va a establecer la cifra apropiada. ¿Dónde vive? En París. No, en París antes, ahora en un pueblito apartado de Francia. ¿Por qué? Porque necesita escapar de una situación que la angustia. Es ¿escultora?, ¿pintora?, ¿escenógrafa?, ya lo verá; lo importante es que desde hace tiempo ha perdido el fuego sagrado y eso la desespera. Entonces le llega la carta con el anuncio de la herencia. Vera prepara su viaje a Buenos Aires y Greta vuela por los aires; convive con Vera día y noche, va construyéndola por dentro y por fuera. El conocimiento íntimo de lo que Vera ha perdido, de su necesidad salvaje por recuperarlo y de su sospecha de que lo va a encontrar en la casa que acaba de heredar hacen que la historia explote. Vera llega a Buenos Aires y, en un arrebato, decide no hacer escala en ningún hotel. Del aeropuerto, en taxi, directo a la casa de su infancia. Tiene una idea vaga de que allí ha de vivir una prima segunda; supone que la prima segunda no va a tener ningún inconveniente en que ella se quede viviendo allí; al contrario, se va a poner contenta porque vive demasiado sola. Greta todavía no tiene decidido si la prima segunda va a estar tan contenta con la convivencia como supone Vera; a lo mejor salta un conflicto por ese lado; sería jugoso pero ahora no importa: lo que importa, lo que ella está

escribiendo sin parar es que Vera tiene urgencia por reencontrarse con el pasado; está convencida de que esa casa en que pasó su infancia y parte de su adolescencia va a despertar algo esencial en ella, y Greta está convencida de que, por ese camino, va a arribar a ese encuentro fáustico que prescindirá del diablo y que a Vera la va a hacer recuperar… Esto, esta energía que ahora mismo recorre a Greta desde la cabeza hasta la yema de los dedos y la hace teclear como si trajera intacto desde el pasado ¿un perfume familiar? Vera cree percibir un perfume familiar desde la ventanilla del taxi, un perfume tan intenso y tan íntimamente ligado a su adolescencia que en un arranque le pide al taxista que pare; se baja, ve una cortada que no recuerda del todo pero que la llama, no sabe por qué pero está decidida a indagarlo. Le pago ahora todo el viaje, dígame cuánto sale, le dice al taxista; pero por favor lléveme las valijas hasta. Le reitera la dirección de la casa. Decide que después ella va a llegar caminando, le parece que no está lejos. Sabe que lo que está haciendo es insensato pero confía en que todo va a salir bien. Greta ya tiene decidido que no, las valijas nunca van a llegar a la casa. Cuando Vera lo compruebe, luego de un arranque de desesperación y de pensar que todos sus sueños se desplomaron sin remedio, va a obligarse a darle un vuelco a la adversidad. No puede rendirse así nomás. Va a decidir que, si las valijas no llegaron, es porque así tenía que ser: ella debía llegar a la casa despojada de todo lastre para poder inventarse desde cero. Flor de optimismo, piensa Greta. ¡Optimismo, ahí está! Ese es el don —o la pata floja, ya se verá— de Vera. La palabra saltó sobre Greta como el campanazo de la fortuna. *Vera y el optimismo,* ¡claro que sí!: un título a la medida de sus sueños. ¿Acaso lo fáustico, tal como ella lo entiende, no está vinculado con cierta condición que a falta de un nombre mejor podríamos llamar optimismo? Greta ya se las va a arreglar para que el vínculo quede bien de manifiesto: a un título tan excepcional no renuncia ni que la degüellen. Desde el vamos tiene claro que “optimismo” es una palabra peligrosa: a la ligera puede vincularse con una visión sonrosada y estúpida de la vida. Y no. Nada sonrosado en la visión del mundo de Vera. Negro y más negro es capaz de ver cuando mira a su alrededor. Cuántas veces, en el fondo de la noche, aterrada, se ha percibido hundida en un mundo que ya no conoce y al que no le ve salida. Y sin embargo, en lo personal, inevitablemente acaba sospechando que perder las valijas tal vez no sea el acabose. Que una vida nueva está pidiéndole ser creada desde la ausencia de todo equipaje.

De lo que podría inferirse (se mete la enana jodida cuyas irrupciones todavía son esporádicas) que para vos el optimismo no es virtud ni es defecto: es meramente una fatalidad que solo concierne a tu persona y con la que no te queda otro remedio que convivir, así que mejor sacarle todo el beneficio posible.

Que concierne a la persona de Vera, no confundas a la protagonista con la autora. Es Vera la que va a perder las valijas y es ella la que va a pensar en las ventajas de entrar a una vida nueva sin equipaje.

Va a ser optimista, ya está decidido: aunque la arrase el miedo al fracaso tendrá que

convencerse de que, si se lo propone con uñas y dientes, al final va a conseguir aquello que está buscando. ¿Lo va a conseguir? Eso ya lo verá Greta. Por ahora, en lo que lleva escrito, Vera está apenas en el comienzo de su aventura y ni siquiera se enteró de que ha perdido las valijas porque sigue en la cortada del perfume familiar así que es hora de sacarla de allí y hacerla caminar hasta la casa.

Quien le abre no es la prima segunda sino un morocho de mirada lasciva que la hace entrar y le dice que no, que las valijas nunca llegaron. Ahí, bajón y luego empuje ya decididos. A la prima segunda no consigue verla: todos —¿todos?, ¿quiénes son esos todos?— le contestan con evasivas cuando pregunta por ella. ¿Dónde está? ¿Qué le pasó realmente? Vera, que ya está instalada en la habitación que una mujer le asignó y que no es el dormitorio de su infancia, espía con disimulo a los habitantes de la casa. ¿Son usurpadores? ¿Cómo vinieron a parar acá? No parecen sorprendidos de que ella haya heredado la casa de su tía y la tratan bastante bien pero ¿correrá algún peligro? Decide estar alerta. Con el transcurrir de los días va detectando a cinco personas que viven allí de manera permanente y a otras que vienen y van. Greta se entusiasma; se le cruzan individuos que vienen de los rincones más sombríos o absurdos de su vida y de su imaginación y que puede darse el gusto de narrar. La fascinan los vínculos que se van vislumbrando entre los habitantes de la casa y los pasajeros. Vera quiere meterse de algún modo en lo que les pasa pero no la dejan, salvo un gordo muy amable y bonachón al que Vera desdeña. Ella quiere saber qué pasa con los otros, con los evasivos, trata de descubrir cierta trama que se le oculta. El gordo buenazo parece estar un poco loco; ¿la hermana se aprovecha de él? Protege a un tipo que a Vera le resulta bastante siniestro pero la hermana del gordo no parece darse cuenta. Poco a poco Vera se va enterando de que la hermana tiene una historia de infancia que la marcó para siempre. Los episodios de la infancia de la hermana son una fuente imparable de acontecimientos; Greta está exultante: nunca se encontró ante tanta historia para contar. Otro que la cautiva es el que se la pasa bailando por la casa todo el día. ¿Es bailarín? Ese fue su deseo desde que era chico pero un padre brutal lo frustró. Greta no puede desprenderse de la historia del bailarín. Ahora está enamorado del morocho que le abrió la puerta a Vera y que da la impresión de andar en algo turbio. El morocho una madrugada se mete en la cama de Vera, que no lo echa. A la mañana hay un escándalo. Un viejo, que al parecer es padre o tío del gordo y de la hermana, salva a Vera de que la hermana del gordo le dé una paliza. ¿Hay un vínculo entre el morocho y la hermana del gordo? Greta no puede decidirlo. Se pasa una noche entera sin dormir tejiendo versiones sobre ese posible vínculo. Esta novela va a ser más compleja que *Absalon, absalon*, se le cruza a la mañana. Y una ráfaga de pavor la aniquila. ¿Qué le está pasando? Toma conciencia de que, desde hace ya no sabe cuánto, vive obsesionada con los personajes de esa casa y con sus relaciones. ¿Acaso los enredos entre toda esta gente tienen algo que ver con lo que Vera fue a buscar? Pero no seas ridícula, se dice enojada, no le eches la culpa a Vera por no acordarse de lo que vino a buscar a esta casa, ¿o es que se te soltaron los cables? Te perdiste, eso

es lo que te pasó, admitilo de una vez; te dejaste ganar, como la más imbécil de las imbéciles, por cada uno de estos locos que te iban apareciendo. ¿No será que estás huyendo de la meta que un día te prometiste alcanzar?

¡Qué! La sola irrupción de la palabra "huyendo" la lastima como un latigazo. Eso jamás, se dice; achicarme ante la dificultad no es lo mío, y huir menos. Aunque le provoque una angustia muy rara —¿qué es exactamente lo que le provoca esta sensación de vacío?— va a hacerle frente al descalabro. Busca la fecha de la última anotación que hizo en el diario. Marzo de 1988. Más de tres años, mi Dios, ¿en qué se le fueron? Mira con rencor la pila de hojas pero no se anima siquiera a echarle una ojeada a lo que lleva escrito.

Natural (se mete la enana jodida). Te da miedo toparte con una historia en la que la aventura fáustica de Vera, tan exaltada por vos hace tres años, es menos que perceptible.

Miedo no.

Miedo, no hay otra palabra que describa tu estado. Y ni siquiera sos capaz de desentrañar la naturaleza de ese miedo. Preferís pasártela todo el día mirándote el ombligo. ¿Tenés conciencia de que hace meses, desde que descubriste que la historia se te había ido para otro lado, no hacés otra cosa que mirarte el ombligo?

¿Y qué? ¿No tengo derecho a tomarme unas vacaciones?

Vacaciones de sí misma, así lo formula. Entiende que, desde la adolescencia, ha vivido buscando algo que siempre pareció estar por encima de sus posibilidades; no se arrepiente, claro, eso es lo suyo. Pero cansa. Greta llega a la conclusión de que es por ese cansancio que le pasó lo que le pasó con Vera y la casa heredada. ¿La solución?: librarse por un tiempo de toda exigencia, de todo mandato. Tarda en darse cuenta de que esta vez sí se propuso una misión imposible: que nadie puede tomarse vacaciones de sí mismo. Tirada en la cama, o charlando con amigas, o haciendo el amor, se descubre soñando con el batacazo que va a dar cuando por fin vuelva al ruedo y publique su novela fáustica. Un día se harta del asueto y decide que es hora de actuar. Sin permitirse un segundo de vacilación tira a la basura todo lo que estuvo escribiendo sobre la casa y su gente. Borrón y cuenta nueva. Respira hondo. ¿Alivio? No: la perturba el recuerdo de haberle hecho pensar a Vera algo similar cuando descubrió la pérdida de las valijas. Nada que ver, se dice con energía; acá no se trata de optimismo: lo que pasa es que, a diferencia de Vera, yo tengo bien claro lo que quiero.

(Risita insidiosa de la enana jodida) Si eso no se llama optimismo… Ni siquiera te animás a maliciar que en cuatro años hasta la idea más vigorosa puede haberse movido un poco.

Puede, pero no es mi caso. La idea de lo que quiero escribir sigue tan firme como el primer día. Y lo voy a escribir aunque tenga que.

¿Renunciar a la vida, tal vez?

¿Quién renuncia? ¿Qué vida? ¿Desde dónde me estás hablando ahora?

No importa desde dónde hablo yo. Importa dónde está tu historia ahora, esa historia que te

martilla la cabeza y que tus visitantes siguen esperando. 1992, ahí llegaste. ¿Te recuerda algo ese año?

No, por favor. No.

Una avalancha de tristeza cae sobre Greta. No quiere pensar en esto, ¿y qué sentido tendría pensarlo si la historia que debería contar, la que siguen esperando los visitantes, es una historia de escritura?

O de no escritura, ¿no te parece?

Le parece, sí, y ahora tiene unas ganas intolerables de ponerse a llorar pero no tiene fuerzas de ahondar en el motivo. Es un año que empieza mal, sí, pero ahora está segura de que las ganas de llorar no le vienen de ahí. Empieza mal porque Greta, como tres años atrás, no encuentra la punta de lo que quiere escribir y siente como una mole el peso del tiempo transcurrido. Entonces ocurre: aparece en su vida el hombre de ojos azules y ella, con cada partícula de su cuerpo, se enamora. Y sabe, como nunca lo supo antes ni volverá a saberlo, que con este hombre quiere compartir sus días.

Raro el amor. Sobre todo cuando le sucede a alguien como Greta, quien tempranamente decidió que semejante sentimiento, con tanta frecuencia exaltado por la poesía, no se había hecho para ella. Y no porque en secreto no lo ambicionara; sus sueños de adolescencia, y aun los que vinieron después, incluían un príncipe capaz de despertar a la bella durmiente. Pero ¿qué dimensión debería tener ese príncipe para estar a la altura de una durmiente tan espléndida como ella se soñaba? Racional además de soñadora, había concluido que era bastante improbable su existencia. Demasiada especulación, querida Greta, podría haberse dicho en el verano de 1992, cuando sucedió el cruce azaroso, y milagroso, con el hombre de ojos azules; el amor, cuando sucede, no atiende dimensiones ni probabilidades; está hecho de miradas, de risas compartidas, de un entendimiento mutuo y una fascinación mutua tan inexplicables que desbaratan toda conjetura a priori. De cualquier modo a Greta, en ese verano, ni siquiera se le ocurrió analizar el fenómeno. El amor simplemente ocurría, y era tan dichoso y tan cargado de aventura y de sorpresa que no le hizo falta —y hasta lo habría considerado una herejía— detectar la suma de pequeños accidentes que lo habían hecho posible. Al punto que, por primera y única vez en su vida, Greta, a pesar de sí misma, sintió que con este hombre sí quería compartir sus días. Y así fue. Hubo una charla disparatada y venturosa entre los dos y un buen día él dejó atrás lo que había sido su mundo y se vino a vivir con ella. Entonces Greta tuvo la oportunidad de entender que, contra toda presunción, compartir cada día y cada noche con la persona amada podía ser una aventura desbordante y sin igual.

Pero no milagrosa, ¿cierto? Una aventura capaz de dar calorcito y alegrías pero que no resuelve los conflictos que cada quien carga en su mochila. Y tu mochila sí que te la habías cargado de peso. Más de tres años sin dar en el clavo de lo que querías escribir. Entre tanto amor y tanta risa y tanto deslumbramiento por ir conociendo de cerca al otro, los tres años de inacción

empezaron a pincharte. Habrá sido por eso que empezaste a creer en los objetos mágicos, ¿o no fue por esa época?

¿Qué objeto mágico? ¿Y de qué época me estás hablando ahora? No entiendo a dónde querés llegar.

¿No entendés? Entonces te voy a dar la palabra clave que te ponga en situación: escritorio. ¿Te dice algo?

Por supuesto que no. Los escritorios nunca me movieron un pelo. En ese rubro —si no entiendo mal de qué estás hablando— lo único que me resulta significativo es mi mesa.

Objetivo logrado; evidente que se puso en situación porque algo parecido es lo que le dice al hombre de ojos azules una tarde de octubre de 1992.

—Escritorio no —le dice—. Mesa.

—¿Cómo, mesa? —él, más que sorprendido, un poco maravillado—. ¿No venís protestando todos los días con que el escritorito este te queda chico?

En efecto, desde hace tiempo Greta viene protestando a propósito del pequeño escritorio que heredó en la adolescencia de su prima Sonia y en el que hasta entonces escribió todo lo que escribió. Que a esta altura, con ese escritorio tan chico ya no puede escribir. Sin duda fue por ese rezongo reiterado que el hombre de ojos azules se puso manos a la obra y esa tarde de octubre, con cierto aire de misterio, le dijo: Hoy vi el regalo perfecto para vos. Después de un estudiado suspenso y de insistir ella con cierto dejo de rabieta infantil, él por fin le mostró la foto de un escritorio antiguo con estantes en el frente y muchos cajones.

Pero ella le acaba de decir que escritorio no: mesa.

—Y bien grande —agrega—. Para que me entren la máquina y el mate y la luz y la radio y todos los cuadernos y los papeles y Mishkin lo más pancho, enroscado en el lugar que se le cante —aunque desconfía de que esa enumeración alcance para que el hombre de ojos azules entienda que la cosa no es tan simple como él habrá pensado cuando encontró eso que acaba de llamar “el regalo perfecto para vos”.

Pero lo entendió sin duda (¿hubo algo de ella que el hombre de ojos azules no entendiese?) porque sacude la cabeza riéndose.

—¡Mamita! —dice—, no sabía que escribir era tan complicado.

—No es complicado —dice ella—. Es múltiple.

Y querría explicarle que no solo incluye el mate y el gato; también las ganas de salir a la calle y correr sin parar como si un arrebato incontenible te impulsara a.

A qué, Greta, ¿no estarás delirando?, se mete la enana jodida que ya por ese tiempo empieza a picotearla con cierta asiduidad.

Callate. Hasta que una idea, la punta de una idea ilumina, o una siente que está por iluminar eso que.

¿Eso que qué? No mientas, por favor. ¿Cuánto hace que no andamos de arrebatos

iluminadores?

No le miento. ¿O acaso hablé?

Ni siquiera se había animado, la noche de abril de 1992 en que el hombre de ojos azules se vino con su atadito —y ella sintió, Dios mío, que la vida se le iluminaba, ¿o no lo sintió?, ¿o no supo por única vez en su vida que con este hombre sí, que con este loco maravilloso con el que ella se podía reír, y podía llorar, y acurrucarse, y decirle cualquier verdura y él encantado, con este hombre de ojos azules sí, por fin, estaba en condiciones de compartir la vida, eso cotidiano y frágil y hasta un poco cómico que es una vida mirada de cerca, el hombre que se había animado a dejar atrás su propio mundo y venirse con el atadito a compartir la vida con ella y a completarla, a hacerle saber por primera vez, por única vez, que esto era hermoso pero no como una borrachera sino como una embriaguez amable?—, el día que el hombre de ojos azules se vino ella no se había animado a decirle que no pensara que estaba loca si la veía caminando de acá para allá como una descontrolada por la pieza o mirando por la ventana como si desde la calle o desde la casa de enfrente le viniera la punta del hilo que estaba buscando. Cómo explicárselo. Él se había venido a vivir con una escritora, se había tragado sus dos novelas apenas la había conocido, y aunque a lo largo de los meses seguían riéndose, y contándose cosas, y viviendo cada pequeño acontecimiento como una aventura, seguro que seguiría esperando que en la intimidad ella se comportara como una de esas que vio en las películas. O uno de esos, digamos, porque en las películas siempre eran hombres los escritores. Desesperados, eso sí, ya que no podían dar con eso gigantesco que se proponían escribir pero triunfantes cerca del happy end, ¡qué gloria!, cuando por fin la idea salvadora había aparecido y él meta teclear de la mañana a la noche, mi Dios, qué fácil es todo en las películas. ¿Cómo le explicaba que en la vida real, al menos para ella, las cosas eran un poco menos certeras que en las películas y en este momento particular de su vida muuucho menos certeras de lo que siempre habían sido?

¿Y quién te hizo creer —se metía la enana jodida— que él te ve como a una literata de película? A lo mejor, en todo este tiempo de encuentros y desencuentros ya te empezó a conocer un poco, ¿no te parece? Capaz que más de lo que vos creés. Y quién te dice que no es eso lo que lo hace quererte, pobre chiflado, el amor es tan raro. Sea como fuere, el asunto no está en que le mientas a tu hombre de ojos azules. O sí, bah, a él también pero el peligro no está ahí; el peligro está en que te estás habituando a mentirte a vos misma.

¡Mentirme a mí misma! No digamos obviedades, por favor. ¿Te parece que de pronto me volví imbécil? El problema está en que justo me agarró en un parate; no me gusta que me conozca así.

No es el primer parate, nadie se muere de eso.

Ni va a ser el último, ya lo sé. O sea que tanto no me miento a mí misma.

¿Y la parafernalia que se te cruzó recién, con revoluciones internas, ganas irreprimibles de no sé qué cuernos y otros excesos? ¿Cuánto hace que no te pasa? Si eso no es mentirte a vos misma…

Claro que no. Solo buscaba una manera más o menos gráfica de hacerle entender que la cosa es menos simple de lo que él debe haber supuesto cuando se le ocurrió “el regalo perfecto” para mí.

Ah, la mujer compleja, la inaccesible. ¡La imbécil!

¿Con qué derecho me insultás de esta manera?

Con el derecho que vos misma te otorgaste en ese tiempo.

¿*Ese* tiempo? ¿Eso quiere decir que ahora estamos en este tiempo? Me parece que estoy un poco confusa. Vas de acá para allá sin previo aviso.

Tu cabeza va de acá para allá. Y sospecho que no solo en ese aspecto estás confusa. ¿O ya te olvidaste de la cantidad de veces que te llamaste imbécil en ese sombrío 1993, cuando empezaste a entender que la soledad en serio, la soledad que duele, no tiene nada que ver con ese lugar de privilegio, ese trono arrogante que vos misma te habías erigido, en el que podías sentirte reina y señora, sin nadie que te observara? Eso, sin nadie que te observara.

¡Basta!

Ah, no te gusta que te refrieguen tu ladito paranoico. No me mires con esa cara; paranoico, sí. ¿O cómo llamarías a esa sensación, que se volvió cada vez más presente, de que tu hombre de ojos azules te observaba? Peor, que te juzgaba porque según tu jugosa imaginación había esperado vivir al lado de una mujer que tecleaba día y noche como hacen los escritores en las películas cuando por fin dan con el texto poderoso que brota como un torrente de aquella idea impar que un día tuvieron. Pero a vos, pese a tu idea impar de lo fáustico en una mujer, ese día crucial no te llegaba. Y en lugar de ponerte a indagar, con esa inteligencia que Dios o tu hada madrina te ha conferido, cuál podía ser el motivo, hiciste la fácil: echarle la culpa al intruso (porque así llamaste alguna vez al hombre de ojos azules aunque después te golpearas la cabeza contra las paredes por odio a vos misma); a su manera de mirarte, como si esperara de vos vaya a saber qué cosa prodigiosa. Sin darte cuenta de que la única que esperaba de vos algo prodigioso eras vos misma. En lugar de animarte a saberlo hiciste la fácil: echarle la culpa al intruso. Y a tu escritorio de adolescente que ya no alcanzaba para tanta grandeza.

Lo del escritorio es otro asunto, no mezclemos. La mesa, de verdad la necesitaba. Y la sigo amando, y me sigue acompañando.

Por supuesto. Es tu hermosa herramienta y ella tampoco tiene la culpa de lo que te pasa. Pero estoy hablando de otra cosa. De ese poder mágico que empezaste a atribuirle a ciertos objetos, como si ellos fueran capaces de darte lo que no encontrabas por vos misma. ¿O no te pasó lo mismo en Patagones?

Me pasó, y me equivoqué. ¿O no tengo derecho a equivocarme?

Mejor que sí, querida, mejor que tengas derecho, porque no fue una sola vez. Por suerte en el caso del intruso no necesitaste la ayuda de una campeona de valetodo para sacártelo de encima; se fue solito nomás una mañana de 1993 cuando se dio cuenta de que esto ya no tenía arreglo. Y

te dio la posibilidad de conocer una sensación nueva, ¿no?, el aprendizaje de la soledad, creo que lo llamaste así en esa época, lindo eso que habías escrito, hasta un poco conmovedor, ¿qué fue de ese texto?, ¿qué fue de todo lo que te vino atravesando en los últimos…? ¿Treinta años?, cómo pasa el tiempo. Desplazado, ¿no?, o arrojado al canasto. Cómo habría podido ser de otro modo si lo que vos estás buscando está en otra dimensión. Lo fáustico, qué menos. Esa concepción grandiosa que solo han abordado unos pocos elegidos. Y la única elegida, por supuesto.

Mentiras, me estás tergiversando, siempre supe que no soy una elegida y lo que justamente me cautivaba era elegirme elegida, que es otra cosa, ¿o acaso no me lo dijo la quiromántica? No sos el Niño Jesús, me dijo; y tampoco sos Mozart. Y yo, que cuando me lo dijo ni siquiera había publicado *Hilda Wangel*, no me puse a llorar. Ni abandoné lo que estaba haciendo. Al contrario, creo que le puse más garra a partir de ahí, que fueron las palabras de la quiromántica las que me dieron el empujón final.

Y creíste que los empujones siempre eran posibles.

Lo sigo creyendo, sí.

Entiendo. Así que cuando no hay quiromántica está el escritorio. Perdón, la mesa.

La mesa, sí. Y te recuerdo que, haya sido mágica o no, apenas la traje a casa

La *trajimos*, querida; esa tarde dichosa en el supermercado, ¿no estaba todavía al lado tuyo el hombre de ojos azules?

La trajimos, cierto, y admito que estar con él cuando descubrí la mesa fue parte de la dicha. Pero más allá de la tristeza inmensurable que sucedió después, y del aprendizaje de la soledad, la mesa estaba y cuando pude hacerla mía avancé como nunca en esos años había avanzado.

(Murmullo apenas audible). En qué dirección.

Qué. No te oí.

Se ve que todavía no llegó el momento. Tampoco llegó, parece, el estruendoso final de *Vera y el optimismo*.

Pero llegará.

Por qué.

Porque así soy. Un día lo decidí y entonces.

También decidiste que te ibas a suicidar a los treinta y ocho años, ¿te acordás?

Me acuerdo, pero sencillamente estaba equivocada.

¡No! Otra vez se equivoca, increíble.

Era muy joven. Tenía una idea errónea del paso de los años.

Anotalo, es interesante lo del paso de los años.

Eso ya lo sé, no necesito a ninguna enana jodida que me lo recuerde.

Mmmm, eso está por verse. Lo que me pregunto es por qué, si estás tan segura de llegar a buen término, te pegaste semejante sacudón hace un momento, cuando tus visitantes pronunciaron el título de la novela.

No quiero volver a ser mal comprendida.

No es para tanto, querida. La historia del arte está llena de incomprendidos. Más tarde la posteridad, que sí los comprende, se regodea con cada una de las anécdotas en que se los muestra ignorados por sus contemporáneos. Y lo que un día fue su desdicha termina haciéndolos inmortales. No me digas que el programa no te gusta.

No creo que mi anécdota valga la pena de ser conocida por la posteridad. Fui mirada por un inquisidor que no supo mirarme. Así de simple.

Pero no es tan simple. La mirada del que "no supo mirarme" no deja de perseguirla desde la noche en que volvieron de la clínica y el inquisidor la dejó con Ilich en la puerta de su casa. Igual, escribe mucho en ese tiempo, solo que, a pesar de sus propósitos, no es sobre *Vera y el optimismo*. Tampoco sobre la catástrofe que, en ese 2001, amenaza con no dejar piedra sobre piedra. Escribe sobre Ilich y sobre ella en su relación con Ilich. Necesita dejar registrada esta tristeza nueva que se suma a otra tristeza aún no cicatrizada en ocho años. Y, sobre todo, necesita consignar el espanto cotidiano de estar alimentando la muerte. Pero la mañana de la hecatombe, como la va a llamar cuando por fin esté en condiciones de ponerle un nombre, el mundo ha amanecido sonriente.

La despierta un maullido; gira sin abrir los ojos y unos segundos más tarde siente el peso —tan atenuado ahora— sobre su panza. La carga, aunque leve, la reconforta. La alegran estos destellos de vida, cada vez menos frecuentes. Pequeños indicios de que algunos rituales siguen vivos. Ilich no se mira en el espejo (ha escrito hace unos días) y no sabe nada de ecografías. Trepa a mi cama como puede y se instala sobre mi panza para que termine de despertarme. Porque me necesita despierta del todo. Cómo saben los gatos que una ya está despierta, escribiría años después. Ha hecho la experiencia con cada uno. Recién amanecida, se queda inmóvil y con los ojos cerrados. Y el gato, que hasta ese momento se había mantenido respetuoso del sueño, empieza a rondarla y, cada uno según su estilo, encara la tarea de ponerla a ella en actividad plena. Ilich, como si nada malo estuviese sucediendo, se ha acomodado sobre su panza. Eso la llena de alegría. Pero sobre todo la alegra lo perentorio de los maullidos: quiere comer. Apenas Greta abre los ojos —indicio claro, debe considerar el gato, de que en unos minutos estarán los dos en la cocina— deja de maullar; solo la mira, confiado. Rituales que arman un pequeño remanso. Greta lo piensa sin melancolía: esta mañana, la vida parece estar en su lugar.

Hay un momento de vacilación en la cocina; Ilich se le ha adelantado y la está esperando junto al recipiente del agua. Su modo tan discreto de controlarme (ha escrito años atrás) para que nada me distraiga hasta que tome de la alacena el recipiente con alimento y le llene bien llena la escudilla. Claro que en los últimos tres meses la materia alimenticia ha variado pero esta mañana los ademanes de su gato son tan parecidos a los de los buenos tiempos que durante unos

segundos la llevan a pensar (no es la primera vez) que más allá del diagnóstico Ilich, con su ayuda, podrá recuperarse. Ah, tu ayuda (la interrumpe la enana jodida), tu inestimable ayuda que todo lo consigue; despeja cielos, consigue la mesa de sus sueños, resucita condenados a muerte. Pero ella está demasiado contenta como para prestarle atención. Involuntariamente extiende la mano hacia el recipiente de alimento balanceado; con violencia la retrae y, tratando de no pensar en nada, saca la carne de la heladera, la pone en el platito y se concentra en el entusiasmo del gato mientras la corta en pedacitos. Estamos vivos, ¿no?, le dice. Claro que tiene la certeza de la muerte pero a veces le parece que es posible disfrutar hasta el hueso la vida que les queda por compartir. Y es justo eso lo que siente esa mañana: están vivos. O ella, al menos, se siente viva de pies a cabeza.

Lo siente con tanta intensidad que se convence de que hoy es el día en que, por fin, va a darle rienda suelta a la escritura de *Vera y el optimismo* y no va a parar hasta el final. Plena de energía se sienta ante la computadora y busca la carpeta. Vera y el optimismo3. El número tres no la llama a engaño; sabe que Vera y el optimismo1 fue borrada sin un segundo de vacilación y también sabe que después de haber revisado y vuelto a revisar los archivos de Vera y el optimismo2, abarrotados de escenas y apuntes inconexos que parecen no conducir a ninguna parte, se desligó limpiamente del caos abriendo una nueva carpeta: Vera y el optimismo3. No duda de que también en esa carpeta domina el desorden. Pero siempre pudo arreglárselas con el caos; ¿qué fue ella misma en el origen sino un caos ardiente? Un caos lleno de posibilidades, se dice; sonríe porque está corroborando una vez más que el título de su novela no tiene nada de descabellado. Para colmo de ventura, apenas abre la carpeta advierte que Ilich, que ya no puede saltar a la mesa por sí mismo, la mira desde el suelo con la expresión clara de que quiere ser acomodado en la mesa. Lo alza, espera a que se acurruque delante del atril y cuando está buscando entre los archivos el que debería contener algo propicio para esta nueva etapa suena el timbre. El buen augurio. ¿Lo piensa mientras camina hacia la puerta? Claro que lo piensa, si no, no habría sido ella. Es la vecina del tercero que viene a traerle la correspondencia.

Poca cosa: la cuenta del gas y un suplemento cultural. Calcula que alguien se lo habrá mandado porque debe haber algo referido a ella. Y no se equivoca.

Lo primero que ve es la foto. Como una bofetada. No por ella, que está sentada en el suelo con las piernas cruzadas, sonriendo a la cámara ignorante de lo que sucede a su costado. Lo que ocurre a su costado es que junto a ella se ha acomodado Ilich, tal vez cumpliendo con una ceremonia que los dos han protagonizado muchas veces: posar para la foto. Nada le gusta tanto a Greta en materia de fotos como salir con un gato. Puede ostentar una galería de fotos con gato: sobre los hombros, en su mesa de trabajo, mirándola desde arriba de la estufa, en sus brazos. Iluminan la foto con su belleza y su gracia. Por eso la exposición de este ser flaquito y deformado que de felino solo guarda la mirada atenta es una absoluta obscenidad. Siente una furia y una pena tan intensas que se propone tirar ahí nomás la revista a la basura; sacarla de su

vida como si nunca hubiera existido. Solo que, cuando está por cerrarla, una palabra salta sobre ella como un zarpazo. Optimismo. ¿Qué? Mira con más atención. Vera y el optimismo. Lo dijo entonces la deslenguada. Va al principio de la nota para saber en qué circunstancia lo dijo y se da cuenta de que no hay entrevista, solo consideraciones sobre ella del autor de la nota —el inquisidor—, empeñado en ridiculizarla desde la primera línea. Se siente desnuda. ¿Qué le pasó? ¿Creyó que el aura de Voltaire iba a librarla de interpretaciones a la ligera de la palabra "optimismo"? ¿Acaso no supo siempre que eso complejo y contradictorio que la constituye no cabe en una palabra, que hasta que publique la novela solo se puede permitir usarla en la intimidad, como una expresión de entrecasa? Contra su voluntad sigue leyendo; la nota resulta mucho más agraviante de lo que suponía. No solo la pone en ridículo a ella, la imbécil, la vanidosa —la que cree (dice la nota) que todo lo que le pasa al adorable gatito es que está inapetente por su ausencia, claro, le faltó la diosa, cómo no va a sufrir el pobre animalito—, sino que pone en ridículo a Ilich, ese supergato, dice el inquisidor, y a continuación enumera, caricaturizándolas, cada una de las habilidades del gato que la deslenguada le contó; si se lo puede llamar gato, aclara, ya que en realidad es un bichito informe al que da un poco de asco mirar. Es lo último que Greta recordará haber leído. Le quedará resonando confusamente en la cabeza el relato paródico de las reacciones de "esta optimista patológica" cuando en el instituto veterinario escucha el veredicto: cáncer terminal, no operable; y la descripción de su cara en el instante en que cae de las nubes. Pero no lo registra del todo. Se recuerda rompiendo la revista con toda la rabia de la que es capaz y llorando a los gritos, abrazada a Ilich, en la cama. También se acuerda de su doble juramento cuando ya empieza a anochecer: un día va a desplegar hasta sus últimas y más inesperadas consecuencias lo que el título promete; va a terminar su novela fáustica y entonces el imbécil va a entender —si es que le da el cuero para entenderlo— qué quería decir ella cuando hablaba de optimismo. En ese momento concibe una novela tan poderosa que aun a aquellos que no la leyeran les iban a llegar los ecos y todos los sarcásticos del mundo tendrían que meterse la lengua, y sobre todo la pluma, en el culo. Hasta ese día (y ese es el segundo juramento), nunca más una entrevista, nunca la más tenue existencia pública. Después sí: como el cielo encapotado que por fin se despeja, Greta, triunfal, autora de una novela única, va a salir nuevamente a la luz.

La distrae un maullido; Ilich que le está pidiendo que lo baje de la mesa. Lo alza con el amor con que se alza un tesoro muy preciado y frágil, le da un beso entre las orejas, nos quieren hacer pelota, le dice, pero no lo van a conseguir. Sabe que esa frase es una perfecta mentira. Que Ilich va camino a la muerte. ¿Y ella? Ignora qué va a ser de ella. Aunque en este instante tiene el presentimiento de que no hay nada bueno por delante. Y eso es lo que el inquisidor nunca va a ser capaz de conocer, piensa; las dos fuerzas que continuamente están peleando dentro de ella, esto de querer en cuerpo y alma que del pequeño pedacito de cielo azul emerja el día luminoso y al mismo tiempo saber, como si la atravesara un puñal de escepticismo, que cualquier pequeño

accidente —ella misma como accidente no tan pequeño— puede desbaratarlo todo.

En las semanas que siguen solo es capaz de escribir sobre Ilich. Se siente un poco culpable por no estar cumpliendo con el primer juramento pero Ilich y su camino hacia la muerte la justifican ante este desvío de su camino a la meta. Hasta que llega el día en que el pretexto desaparece. Manera brutal de aludir a un episodio tan cargado de tristeza que Greta todavía no puede pensar en él sin que se le humedezcan los ojos. La mañana de ese día ocurre un episodio no habitual: Ilich rechaza la carne que ella le ofrece. Y Greta sabe que está llegando el fin.

Minuto a minuto, como se cumple un ritual, lo va acompañando; necesita beberse cada movimiento mínimo, cada pequeño gesto para guardarlo vivo. Para que no se vaya. No se engaña; entiende que la posibilidad de compartir que emana de lo vivo no tiene nada que ver con lo que se guarda en la memoria. Y lo más triste es que ese último día su amor resulta un acto no compartido. Ilich, con una dignidad conmovedora, se está despidiendo de la vida sin testigos. Se aísla, y ella sabe que debe respetar ese aislamiento. Hay una breve alteración, sin embargo, una pequeña escena que ella guardará para siempre. Está cenando sola en la cocina y lo ve avanzar trabajosamente, detenerse donde ella está sentada, mirarla desde abajo. Greta entiende que el gato se está despidiendo. Lo alza, lo pone con cuidado sobre la mesa, lo acaricia con toda la levedad de que es capaz. Él la mira, se miran los dos intensamente. Y eso es todo. Ella acepta que el gato ya no quiere nada más. Lo deposita en el suelo, Ilich se aleja con dificultad y ya no lo vuelve a ver. Hasta la mañana siguiente, cuando recorre la casa buscándolo y lo ve en el balcón de Julieta, detrás de una gran maceta, las patitas de adelante abiertas, como crucificado.

¿Contar la pena de la ausencia? No hace falta. Ilich es enterrado debajo de un árbol una mañana de octubre de 2001, en un hermoso jardín donde, debajo de otro árbol, está Mishkin. Y cuando Greta, después de meses, se siente en condiciones, va a la casa de una rescatista y se enamora de un gatito gris al que llama Antón que, como cada gato, instala nuevos ritos y le permite descubrir nuevos encantos. O sea, sencillamente, que la vida sigue. Con una novedad: ella se ha propuesto una tarea que desconocía. La tarea de desaparecer. No de la vida: de la vida pública. Sigue viendo a sus amigos, transita un largo romance y un romance más breve, bastante gratos los dos, disfruta de algunos viajes y de comidas deliciosas. Está dotada para la vida y sus goces y eso, tal vez, la va a acompañar hasta la muerte. También sigue, cada vez con más placer, dando cursos de lectura y de escritura por todo el país. Con sus cercanos no tiene mucho problema: tal vez con los años han aprendido que lo mejor es no indagar demasiado sobre sus proyectos. Y con los lejanos solo le hace falta una conducta firme: no contestar nunca más una entrevista y alejarse a rajatabla de cualquier acto o actividad cultural. Comprueba que, a la larga, la gente se va olvidando; ya ha tenido oportunidad de verificar que lo peor que le puede pasar a un escritor, por conocido que haya sido, es morirse a destiempo. Si nadie se ocupa de su obra con tanto fervor como él mismo lo ha hecho, poco a poco se consuma su muerte total: deja de existir en vida y obra. Lo suyo no tiene fecha de defunción; en todo lo demás, salvo tal vez en la

memoria de algunos lectores devotos, ya no existe. Y mientras, ella dispone de todo el tiempo del mundo para ir consumando esa obra única que un día la hará renacer, llena de gloria.

Al margen de esta decisión la existencia de Greta no se detiene. La tristeza por Ilich pasa a constituirla como otras tristezas y otras pérdidas; Antón, enorme, de terciopelo gris y mirada soñadora, se adueña de la mesa e instala su propia belleza y sus propios rituales, que en él son movedizos. Igual que sus otros gatos, es una presencia dichosa. Como va a serlo dieciséis años después —y lo sigue siendo— la hermosa Prascovia. Entonces, ¿qué es lo no dichoso? Lo no dichoso podría rastrearse en las palabras que Greta acaba de escuchar como se escucha un disparo que va a dar en el centro mismo del corazón. Vera y el optimismo. Está encerrado en ese título promisorio que un día lejano la llenó de felicidad y que ahora retumba en su cabeza como si fuera a quebrarla. ¿Qué pasó con esa novela? La pregunta, suspendida en el aire, ha conseguido que Greta, en un segundo, fuera sacudida por treinta años de deseos, de locura, de traspiés, de amor y de impotencia que la arrasan como un huracán. La estoy buscando, querría gritar para que se rompa por fin este silencio que le parece eterno. Pero lo que sale de su garganta es otro grito.

—¡Recuperarme! —dice como una posesa—. ¡A mí! —se golpea el pecho—. ¿De qué enfermedad terminal, si se puede saber, pretendían recuperarme? —Marcos parece a punto de hablar pero Greta no le da tiempo—. Pongamos de una vez las cartas sobre la mesa, ¿qué se proponían hacer conmigo?

—¿Hacer con vos? —indignada Albertina—. ¿Te parece que te consideramos un felpudo? ¿Cómo se te puede ocurrir esa ridiculez?

—Se me puede ocurrir, Albertina, por la sencilla razón de que tu conejito-cara-de-santo consiguió meterse en mi casa con el pretexto de no sé qué tesis que le faltaba para recibirse de Gran Periodista y resulta que, al parecer, lo único que buscaba era una manera elegante de traerte a cuestas para que me robaras los cuadernos.

—No tenés derecho a decir lo que estás diciendo.

Lo ha dicho Marcos y Greta advierte la violencia contenida en sus palabras. ¿Y alguna tristeza tal vez? A pesar de sí misma Greta se conmueve. Ojo, no pasarse de la raya. Tal vez sea cierto que ella no tiene derecho a atribuirles intenciones tan infames pero Albertina le robó los cuadernos, ¿no? Un recoveco adulto le advierte que otra vez está utilizando una lógica de niña de ocho años. Pero lógica al fin, ¿no?

—A esta altura ya no sé a qué tengo derecho, ¿entendés, Marcos? Me siento utilizada, o no sé, burlada, y no entiendo todavía en qué consiste esa burla. Al menos me gustaría saber qué estaban buscando —y otra vez siente que lo que de verdad le gustaría es tirarse en el suelo y ponerse a llorar.

Debe ser un sentimiento general porque a Albertina se le caen lágrimas sin ningún pudor y Marcos, pese a la cara de rabia, tiene los ojos húmedos. Dios mío, qué payasada es todo esto, piensa Greta; cómo llegamos a este punto.

Un estruendo viene desde abajo, ¿Marita ya estará en la planta baja?

—Lo que buscaba él no lo sé —dice Albertina entre lágrimas—. O sí lo sé; el boludo buscaba nada menos que hacerte una entrevista que te hiciera inmortal. No me mires con esa cara, boludo, bien que me lo dijiste, ¿o ahora me lo vas a negar?

—Dije que quería inmortalizarla en una entrevista, que no es lo mismo; no me tergiverses, pedazo de estúpida.

Greta observa un poco perpleja la saña con que discuten. Discuten sobre mí, Dios mío, como si ya no estuviera, o como si fuera un mero objeto digno de cierto interés. Quiere advertir: ¡Estoy

acá, niñitos! Pero es Albertina la que toma la palabra.

—Eso que fuiste, entendés, eso es lo que yo quería rescatar en mi novela-biografía —qué biografía, qué novela, de qué está hablando esta chica, ¿se cree en serio que puede hacer una novela sobre mí? Aaayyy— porque después de darle muchas vueltas tuve que terminar aceptando que a esta altura de tu vida ya nunca vas a poder ser esa que fuiste. Y es natural. Pero qué importa al fin y al cabo si la que fuiste ya está; en tus libros, en tus notas, en los reportajes, en la entrevista que te pensaba hacer este tarado: todo eso ya existe. Pero yo quería hablar no solo de la que fuiste; quería contarte a vos ahora, te necesitaba viva, entendés, te necesito viva, presente, con toda tu locura y tus sueños pero ahora, así que tenía que descubrir cómo eras pero también cómo sos en este momento, qué te está pasando, qué siente alguien como vos cuando sabe que ya nunca va a poder hacer real su último sueño. Quería averiguar cómo fue que se terminó ese sueño. Por eso tenía que leer los cuadernos. Esperaba encontrar eso que.

—¡Qué! ¡Qué esperabas encontrar! ¡Que se terminó el sueño de qué! No me liquides tan fácil, por favor.

—Greta, no te pongas así. Claro que sé de lo que te sentís capaz. Eso es justo lo que quiero contar. Qué pasa cuando alguien tiene casi ochenta años y sigue teniendo sueños pero ya no puede… Por favor, no me mires con esa cara. No es un pecado tener casi ochenta años.

—¡Claro que no es un pecado! Qué vas a saber vos, pendeja, lo que es tener ochenta o mil docientos años. Qué vas a saber lo que arde ahora mismo dentro de mí. ¿Creés que los años te hacen perder ese poder que siempre sentiste en carne viva? ¿Que no seguís teniendo las mismas ganas, y no te traspasan de golpe unas ráfagas de alegría que te voltean y la sensación a veces de que vas a poder alcanzar lo que siempre soñaste? Sí, ya sé lo que estás pensando; yo también tuve tu edad y la convicción estúpida de que toda posibilidad y todo deseo se agotan a los treinta. Pero no se agotan. ¿Sabés lo que estaba haciendo esta misma mañana, antes de que ustedes irrumpieran en mi vida? ¡La vertical, estaba haciendo la vertical! No, no es una metáfora, es bien real. Pararse cabeza abajo, patas para arriba. Ver-ti-cal. Y no me miren con esta cara de la vieja se volvió loca. ¿No me creen? ¡Miren!

Y antes siquiera de pensar en lo que está haciendo, como llevada por una necesidad irrefrenable o por un resabio imprevisto de Mujer Maravilla, sin decir agua va se levanta, busca un pedazo de suelo libre, y ahí mismo se agacha, apoya los antebrazos en el suelo, y luego de poner la cabeza en el nido que hacen sus manos, toma impulso con las piernas y.

Un ACV, alcanza a pensar en el momento en que cae como una bolsa de cemento. Siente la mitad del cuerpo adormecida y un hormigueo que la recorre de pies a cabeza. Oye las voces desesperadas de Marcos y de Albertina y hay manos que la refriegan sin ton ni son. Intenta hablar pero le parece que las palabras no le salen. Se siente atravesada por el miedo; un miedo nuevo, que no se parece a ningún otro. Ya está, se terminó todo. Más que un pensamiento es una lava que se va metiendo en cada recoveco de su cuerpo. Eso que fue ella, la risa secreta que

tantas veces la acometió, las canciones de las que nadie más que ella se acuerda ya, el recuerdo único e incomunicable de cada una de las personas que amó y de las que odió, las noches de insomnio en las que se le cruzaron historias que nunca todavía se animó a contar, el león que la esperaba detrás de la mesa del comedor, la torcacita que hace su nido en la ventana y de la que ella sigue cada día su paciente empollar, cada uno de los minutos que compartió con el hombre de ojos azules, los equilibristas alemanes que actuaron una noche en el Obelisco, el hombre de Mar del Plata que cayó a metros de ella porque no se le abrió el paracaídas, la felicidad de sumergirse en el mar, la mirada de cada uno de sus gatos, cada incidente que la había hecho aullar de alegría o sufrir hasta el derrumbe o contraerse de espanto o derretirse de amor, ese laberinto solo descifrable por ella que fue su propia historia y que a veces recordaba tan en detalle que creía enloquecer, todo eso único e inestable y esplendoroso que una vez fue su propia vida se había terminado para siempre. Así de fácil. Quiero vivir, grita algo dentro de ella pero su prima Sonia se le ríe en la cara, ¿así que querías parecerte a mí, guachita?; lo conseguiste al fin; comamos orejones. ¡No!, quiere gritarle ¡No quiero ser vos! ¡Te juro que nunca lo quise de verdad! ¿Acaso me habría dado algún placer desparramar una cuota de luz por el simple mérito de haber venido al mundo con luz propia como quien nace con la nariz respingada o con una deficiencia hepática? Tu cuerpo, Sonia, impartía luz propia pero yo no quería eso, yo quería hacer la luz, ¿entendés?, inventarla cada día, y ahora… Sacude la cabeza con violencia o tal vez solo cree que la está sacudiendo con violencia. ¿Ya no es capaz siquiera de discernir algo tan simple como si está moviendo o no la cabeza, ella que se creía con aptitud para descifrar los secretos del universo? ¡Quiero ser yo! Y presiente algo inabarcable en las palabras que gritan en su interior, algo prodigioso y único que está a punto de esfumarse.

¡Qué pasa acá! La voz vigorosa de Marita Volkonski irrumpe como una campana. Dos brazos que ella percibe de una fortaleza capaz de sostener el mundo la están alzando. La transportan. ¿A dónde? Ya no importa. Nada de lo que ocurre sobre la tierra importa. Ya no es: se ha entregado. La Cosa se deja transportar a lo largo de un camino que le parece infinito: es agradable. Nada que pueda hacer, nada que deba hacer. Como una letanía le llegan las voces angustiadas de Marcos y Albertina. Qué aúllen todo lo que quieran, no es asunto de la Cosa. ¿Era esto lo que quería entonces? ¿Este descanso? Este descanso eterno. Descansar de sí misma, ¿no fue eso lo que deseó más de una vez? ¡No! El grito en el interior de su cuerpo la ha sacudido como una corriente eléctrica pero no puede hacer nada. ¿Qué sentís? La voz de Marita ahora. ¿Dónde está Marita? Y la Cosa, ¿dónde está? El lugar es extraño, ¿a dónde la trajeron esos brazos tan fuertes? Son un recuerdo grato alrededor de su cuerpo, como de madre acunadora. Tratá de decirme qué sentís, resuena la voz de Marita. Un hormigueo en la mitad del cuerpo. ¿La Cosa habló? ¿Dijo hormigueo? ¿Se entendieron sus palabras? La mano de Marita levanta un brazo de la Cosa que cae como un peso muerto; levanta el otro que no cae. Las manos de Marita ahora masajean el costado del brazo muerto, atacan atacan atacan atacan. Son como la canción de cuna que le

cantaba su madre, *shlof mayn kind, mayn treyst, mayn sheyner, shlof mayn petzale kind*, una canción que la resguardaba de todo miedo, de toda zozobra. Y ahora, ¿esas manos la resguardan también? ¿Es cierto que poco a poco el hormigueo va cediendo?

—Ya está —dice Greta—. Ya estoy bien.

Marita le acaricia la frente.

—Por supuesto que no —dice—. Vamos al hospital.

—¿Al hospital? ¿Qué hospital?

Hace el ademán de levantarse pero la Cosa cae rotundamente.

—Yo me encargo, no te preocupes —lejanamente oye—. Te van a atender como a una diosa.

Y el camión arranca.

Trtrateatat, ¿por qué tanto ruido? Van a espantar a la torcacita. Está en el alféizar de la ventana, empollando lo más pancha, y me mira. Trrrrrrrrrr. El ruido la va a asustar. No quiero que se asuste, quiero que me siga mirando. Trot-trot-trot. Basta de ruido, la van a inquietar y va a salir volando. Yo. Yo soy la que va a salir volando. Quiero volar. ¿Soy la torcacita entonces? No estoy empollando, ¿por qué tanta oscuridad? Trac-crop-pum-trrrrr. Y tanto ruido. ¿Dónde estoy?, ¿en una cueva? Soy la bruja entonces. Trrtratatac.

No sos una bruja, ¿qué te pasa?

Quiero volar, entonces soy la torcacita, troc-troc.

No sos la torcacita, ponete en órbita.

En órbita, sí, eso es lo que quiero, trrrrrrrr, estar en órbita, la luna está en órbita, ¿soy la luna?

No sos la luna, hacé un esfuerzo.

No quiero hacer un esfuerzo, no tengo nada de ganas, soy la luna, soy la torcacita, soy.

No sos la torcacita ni sos la luna, lo que pasa es que te estás escapando, ¿sabés por qué?

Claro que sé por qué: porque tengo miedo, troc-troc-trooooc, ¿y qué? ¿No tengo derecho a tener miedo?

No tenés derecho a escaparte.

Por qué no; ya desde antes de la adolescencia me escapaba, me acuerdo muy bien. Soñaba con volverme loca. Prrrrrrr. Cuando las cosas me explotaban en la cabeza y ya no podía más conmigo pensaba acá nomás largo el chorro y todos van a saber que me chiflé. Me daba mucho alivio eso. Es que a veces no soportaba estar controlándolo todo, pensándolo todo. Tratarratatatá. Pero si de golpe me volvía loca, chau Pinela. Troc-troc-troc. No es difícil, solo animarse a soltar la soga. Me acuerdo que una vez iba por la calle y pensé: Qué pasa si ahora me pongo a gritar ¡dónde está la escupidera de Al Jolson! Ahí nadie iba a dudar. Raro que apareciera esa escupidera, ¿no? Trac-puuuum. Se ve que el ruido no va a parar pero ya no me importa; los ruidos de mi cabeza lo tapan, ya no los escucho, les saco la lengua, mmmm. Eso de Al Jolson, qué pirada, jajá, a mi papá le gustaba Al Jolson, el cantor de jazz, qué pirada. Pero era así la cosa: si era loca tenía que ser loca con todo, entonces la gente pensaba esa está más loca que un plumero y me dejaban en paz y todo estaba permitido.

O sea que no estabas tan loca que digamos, planificabas tu locura, alcanzás a darte cuenta, ¿no?

¿De qué? ¿De qué tengo que darme cuenta? Qué importa que lo planificara; lo que importa es

que la locura siempre fue mi escape. Y lo sigue siendo, ¿por qué no?: da cierta paz saber que si un día una no da más solo va a tener que dejarse llevar, entregarse, y todo va a estar permitido. Ahora ni hace falta, total estoy acá, bien encerrada adentro de esta cueva, nadie me ve, nadie sabe que existo así que igual todo está permitido. Soy la torcacita.

No sos la torcacita ni estás en una cueva y si dejás de jugar a la chiflada del barrio vas a acordarte de dónde estás.

¿Por el azul? ¿Quiere hacerme acordar de algo ese azul? Acaba de cruzárseme como un viento en medio de la negrura, ¿qué era?

Un recuerdo afortunado. Pero todavía no te llegó el momento de entenderlo, estás demasiado confusa. Primero ponete en órbita y acordate de dónde estás. Vamos a ver, ¿qué pasó?

¿Cuándo?

Hace dos horas, cuando te pegaste el julepe de tu vida.

Ah, el julepe de mi vida, ahí está: tenía miedo. Y, ¿sabés una cosa? Sigo teniendo miedo. Es que el temita de la muerte, guau. Una se da aires, ¿no?, se la pasa hablando sobre la muerte, escribiendo sobre la muerte, qué profunda la chica, qué valiente. Y una misma se la cree: piensa que tiene bien cocinado el asunto. Pero, la verdad, cuando el asunto te sopla en el cogote te das cuenta de que tan cocinado no lo tenías.

Muy cierto. Pero llamemos al pan pan y al vino vino. ¿De verdad lo que estás temiendo es que te podés morir?

Pausa cavilosa. ¡Sorpresa! Acaba de darse cuenta de que ni siquiera tuvo tiempo de considerar en serio el asunto. ¿Por qué? ¿Porque las cosas ocurrieron demasiado rápido o porque el miedo a la muerte fue tapado por otro miedo mucho peor? Ahí está: un miedo que no tiene nada de prestigioso, y ese sí que no lo puede tapar con nada. Ser Sonia por fin. Objetivo logrado. ¡Orejones, orejones, que se acaba el mundo!

Y entonces, meta torcacita y meta bruja, ¿no? Refugiarte en la locura, que tiene mejor prensa que la idiotez. Pero, según el diagnóstico de la ciencia, tampoco a ese refugio tenés derecho.

No entiendo.

¿En serio? Tan inteligente que parecías. Bueno, te lo recuerdo. Por el momento no tenés visado médico para refugiarte en el vuelo de la torcacita. ¿O ya no te acordás de las pruebas que te hicieron hace apenas una hora?

¿Pruebas? Cierto, hubo pruebas, ahora empieza a acordarse. Ella sentada en una camilla con Marita Volkonski al lado como su ángel de la guarda. Y el médico examinándola. Examinando a la minusválida, ¿lo pensó o lo está pensando ahora, en medio de esta oscuridad ruidosa que no consigue entender? Qué linda manito que tengo yo. Claro que se acuerda de las pruebas. Antes de las manos el corazón, tictac, parece que corazón tiene, mirá vos. Y ahora sí, las manos, adelante, atrás, cruzarlas. Muestre la derecha, muestre la izquierda, agárrese la oreja, haga la vertical. La vertical no, la vertical caca. Nunca más la vertical, lección aprendida ¿para siempre?

Le falta energía para analizarlo. Mejor volver a las manos. Qué bien mueve las manos esta chica: Coordina, dijo el sabihondo. Mirá vos lo que viene a descubrir (¿lo pensó sentada en la camilla?, ¿lo piensa ahora?); claro que coordino, pedazo de nabo, ahora mismo podría explicarte, sin la más mínima vacilación, cuál es la esencia de la teoría cuántica. Yo soy cuántica, ¿sabías?, avanzo a saltos. Pero ahora quiero volar, eso me pasa. Quiero perderme a mí misma y volar.

Mentiras.

¿Qué?

Que no querés perderte a vos misma. ¿O ya no te acordás de cómo te enfureciste cuando el médico indicó el próximo paso, el que seguía a la prueba de las manos? No pongas esa cara de desconcertada que estamos llegando al punto. Ahora justamente estás dando ese paso tan agraviante que hace una hora te ordenó el médico. Empieza con erre.

Reeesonancia, sí, ahora se acuerda. Resonancia magnética del cerebro. Y se indignó. Qué pretendían descubrir en su cerebro. No les alcanzaría toda su ciencia para entender lo que hay ahí adentro, le hubiera gustado decir pero no estaba segura de que las palabras salieran de su boca. Y de lo que soy capaz con lo que hay ahí adentro, piensa en la oscuridad y el pensamiento la inquieta.

Muy capaz, sí, pero cuando las papas queman, meta torcacita y meta bruja, ¿no? Refugiarte en la locura. Lamentablemente, querida, vas a tener que dejarlo para otra oportunidad. Qué le vas a hacer, el juego de las manitos te salió bastante bien. Así que, al menos para costurera, parece que te da el cuero.

La costurerita que dio aquel mal paso, sí. ¿Y a dónde queremos llegar, si puede saberse?

A que, en vez de dar tantas vueltas alrededor del miedo a la muerte y el miedo a la estupidez, deberías animarte a un temor más tangible.

¿Cuál?

Vos sabrás. ¿Qué fue lo que te sacudió apenas sentiste que no te salían las palabras?

No hablemos de eso.

Hablemos de eso, porque ahí está, o vos al menos creés que ahí está el meollo del miedo.

No se trata de que lo crea. Es. Y bien real. Ahora me acuerdo. Apenas me derrumbé, y sentí dormida la mitad del cuerpo y quise hablar pero no pude, pensé: No voy a poder terminar la novela.

En efecto. Pero las palabras que pronunciaste no fueron exactamente esas.

¡Me estaba muriendo, enana idiota! Cómo podía preocuparme por la exactitud de lo que decía.

Caramba, creí que las palabras eran lo tuyo.

¡Son lo mío, sí! ¡Hasta el día en que me muera van a ser lo mío, si te interesa el dato!

Bueno, bueno, se ve que estamos recuperándonos; ese estilo categórico es un síntoma de que la vuelta carnero tanto no te cambió. Lo que está por verse es si debemos tomarlo como un hecho venturoso.

Hoy sí que estás enigmática. No tengo idea de a dónde querés llegar. Y te voy a decir algo más: ni siquiera me importa.

¡Guau! Así que ni sabés a dónde quiero llegar ni te acordás de la frase que pronunciaste. Se ve que más allá de esa habilidad manual recién descubierta no estás muy aguda que digamos.

¡Sí me acuerdo de la frase, la puta madre!, el don de la memoria me sigue intacto por si te interesa el dato. Y te juro que es más valioso que la linda manito que tengo yo. Dije textualmente: Chau, no voy a poder escribir la novela.

(Voz en off: ¡Brillante!, no hay como provocarla donde más le duele el amor propio). ¿Y, querida especialista en cuestiones del habla? ¿Entonces dónde está la diferencia? ¿O ese don sí lo perdiste?

No perdí nada; mirá si no voy a entender la diferencia que hace el chau. Chau, se terminó, alivio de la hablante, asunto terminado. ¿A eso querías llegar? Bueno, capto la sutileza. Pero en este caso, como te darás cuenta, no hay ningún asunto terminado. O sea que me salió así y listo.

Algo la alarma en lo que acaba de decir. Por supuesto: sabe perfectamente que nada sale-y-listo, que debería ahondar en el motivo de ese chau, tratar de llegar al fondo de lo que le está pasando. Porque algo le está pasando, de eso no tiene dudas, algo que —difusamente presiente— tiene que ver con el azul que cada tanto atraviesa lo negro del encierro y la deslumbra. Pero no quiere pensar en eso; lo que vale es que está viva, la cabeza al parecer le funciona y entonces, qué importancia tiene un *chau*: nada está terminado.

Mañana mismo encontrás el escritorio mágico, o el gato mágico, o el cruce mágico que hará que por fin te vengan esas ganas que, al parecer, te están faltando.

¿Y? ¿Dónde está lo malo? No es la primera vez que me faltan ganas. Para escribir o para lo que sea.

Cierto, sí. Pero, ya que estás tan especulativa, ¿te preguntaste por qué ahora, no hace veinte ni cuarenta años, *precisamente ahora* te están faltando esas ganas?

No me digas que porque tengo setenta y siete años porque te borro de un plumazo.

Sos vos la que lo está diciendo.

¿Soy yo? Claro que soy yo, no hay más que yo, basta de trampas. Estuve al borde de la muerte. Peor, estuve al borde de perderme a mí misma. O sea que es posible, atenti, pebeta, la imperdible puede perderse como cualquier hija de vecino. Pero está acá. Estoy acá, con este ruido infernal y con esta cabeza. E pur si muove. La cabeza, digo. Y aunque me la taladren y me la bombardeen, nunca van a llegar a saber qué es lo que se mueve ahí adentro. Lo que *yo* muevo. Montañas, estoy resucitando y me animo a mover montañas, a qué viene ese aire de duda, ¿acaso no es así desde siempre? No me lo digas, no hace falta. No es así desde siempre, hace años que no es así. Pero estoy a tiempo, ¿no?; siempre se está a tiempo. ¿Hace falta una prueba? Ahí va: sé muy bien qué significa lo que dije. Chau; lo que quiere decir: se terminó. Y lo dije con alivio, lo reconozco. ¿A eso querías llegar? Y sí, sentí alivio: por fin tenía la gran coartada. Me terminé, no

hay más lola.

¿Y por qué necesitás una coartada?

Nada de conclusiones exprés. No *necesito* una coartada. Creí en ese momento de pavor que la necesitaba. Ahora sé que no. Sigo sintiéndome capaz de hacer cualquier cosa que me proponga.

Mírenla a la mosquita muerta: sigue sintiéndose todopoderosa. Justo cuando parecía que lo de "basta de trampas" iba en serio.

Va en serio: no quiero mentirme. Y no me siento todopoderosa. Sé muy bien que hasta ahora no pude.

¿Qué cosa? ¿Hacer la vertical?

¡Qué me importa la vertical!

Pero intentaste hacerla. ¿Qué te proponías demostrar?

Que puedo hacer lo que quiero. Reconozco que lo de la vertical era una metáfora, y bastante impropia. Lo que de verdad quería demostrar era que, aunque Marcos y Albertina ya hayan decretado que es imposible, voy a poder escribir *Vera y el optimismo*.

La metáfora no me parece tan impropia. No pudiste hacer la vertical; tampoco vas a poder escribir esa novela. Y antes de tirarte del resonador pensá bien en esto: no vas a poder escribirla por la sencilla razón de que *no querés* escribirla. Hace muchos años que no querés escribir esa novela

¿Que no quiero? Yo que dejé al hombre que amaba por escribirla, yo que me guardé a silencio durante veinte años por escribirla, ¿no quiero? Es lo que más he deseado en mi vida.

Bien usado el verbo: *he deseado*. ¿Cuándo? ¿Cuánto hace que no lo deseás?

¿Qué estás insinuando? *Necesito* escribir esa novela.

Habrás notado que cambiaste el verbo, ¿verdad? Pero no importa demasiado; desear, necesitar. Hubo un tiempo en que fueron lo mismo: deseabas escribir lo que desde el fondo de las tripas necesitabas escribir, ¿te animás a verlo?

¿Se anima? Hay un suspenso en el que solo resaltan los ruidos del resonador. ¿Algo parecido a una revolución se agita dentro de ese silencio?

No sé si me animo. Creo que no me gusta este juego de indagarme hasta lo desconocido. O no quiero jugarlo, esa es la verdad. Pero quiero, claro que quiero. Todavía soy yo. Me animo hasta a lo que no me animo. Hasta a lo que duele. Y cómo duele. Porque miro en el fondo de mis últimos años y no puedo encontrar nada parecido a la ráfaga que se me cruzó esa tarde lejana, tan resplandeciente, tan poderosa, ¿como el impulso de ponerme cabeza abajo? Claro que no, no hace falta que me lo digas: ese arranque desubicado no tiene nada que ver con la ocurrencia de que yo un día cercano iba a abordar lo fáustico, ¡una mujer abordando lo fáustico! Qué revulsiva era en el tiempo en que todo consistía en tener ideas sublimes. Sublime mentirosa, eso fui.

¿Estás cuestionando a la que fuiste? No tenés derecho. A lo mejor para esa de cuatro décadas atrás la idea fue de verdad brillante y revulsiva. Disparadora de todo lo grande que se le agolpaba

en la cabeza.

Entonces es peor de lo que creía. Porque ya no quedan ni las migas de esa que, frente al espejo, se probaba pilchas y se delineaba los ojos y pensaba: La juventud eterna depende de mí; no necesito a Mandinga enfrente. Qué queda ahora de esa explosión, qué queda de ese deseo desmedido. Cada vez que me siento ante la máquina se me cruzan escenas que me muero por escribir y ahí nomás tengo que ponerles freno porque me doy cuenta de que no tienen nada que ver con lo fáustico. Y no puedo descubrir dónde está la falla.

La falla, Greta querida, está en que esta vez se te traspapeló la memoria. La del espejo no pensaba que con lo fáustico iba a construir la gran novela que se elevaría sobre todo lo escrito por una mujer. La del espejo solo pensaba en lo maravilloso de ir acercándose a la imagen que cautivaría a los jóvenes escritores que estaba por conocer; se divertía arreglándose y el cruce con Fausto le dio risa. *No necesito a Mandinga: miren, con un lapicito y unos trapos viejos me invento como se me da la gana*.

¿Entonces?

Entonces lo que deseabas a los veintidós no era lo mismo que lo que deseaste a los cuarenta y dos. En cuanto a la de setenta y siete…

No, no me hagas pensar que hoy no deseo lo mismo que esa tarde de mis cuarenta y dos años. Construí las últimas décadas de mi vida alrededor del deseo de escribir esa novela, ¿qué quedaría de mí si acepto que hoy ese deseo no existe? Ahora me doy cuenta: es por eso que me hace falta una coartada.

La imbecilidad o la muerte, flor de coartadita.

Mejor eso que sobrellevar la vida que me queda si me traiciono a mí misma.

Traición, guau, cómo te gustan las palabras prestigiosas. ¿Y si meramente te animaras a pensar con cierta humildad que a lo mejor fuiste cambiando un poco con los años?

¿Y eso no se llama traición? Yo me juré un día que iba a escribir esa novela, que iba a ser...

Vamos, Greta, llamemos a las cosas por su nombre. Lo que vos juraste fue vengarte de un señor inquisidor que te miró con sarcasmo. Pero de verdad, ¿te sigue importando tanto ese señor?

Ya ni me acuerdo de cómo se llamaba; ni siquiera sé si vive.

O sea que en algo cambiaste. Es posible entonces.

¿Olvidarme del nombre del inquisidor? Eso sí es posible. ¿Pero de mi decisión? De eso sí que no me olvido. Yo tenía que escribir esa novela.

Tenías que. Bueno, sí, a lo mejor creíste en serio que *tenías que*. Y ahí nomás Fausto y el optimismo hicieron resonar los tambores que anunciaban tanta grandeza. Pero a esta altura, ¿no te parece un poco ruidoso el destino que te prometiste?

No importa el ruido, importa que me lo prometí. Y si me lo prometí tengo que cumplirlo.

Aunque quieras escribir otra cosa.

Greta se sobresalta. ¿Quiere escribir otra cosa? Hace siglos que no se le ocurre, ¿que no

permite que se le ocurra?, algo por el estilo. Y mejor que no se le ocurra porque entonces, ¿qué tiene por delante? La invade una sensación de vértigo. El vacío, eso es lo que tiene por delante.

Ah, ahora sí estamos llegando al problema verdadero. El vacío. Pero el vacío no siempre es un agujero negro. También puede ser intensamente azul; ¿te acordás del azul?

Cómo no va a acordarse si se le cruza a cada rato; ráfagas de belleza en medio de la oscuridad. Pero no se trata solo de eso, ahora está segura. Hay algo importante en el azul, algo que ella debería traer a este cubil tan oscuro.

El escritorio de las persianitas.

¡No! ¡El escritorio no tiene nada que ver! Era un engaño. Me estaba mintiendo a mí misma, eso ya lo entendí.

Era solo para ayudarte. ¿De dónde venías cuando te encontraste con el escritorio?

De los glaciares, qué novedad.

¿Y qué viste en los glaciares?

Uh, lo que vi, el esplendor del mundo, eso vi; no me alcanzaría la vida para contar tanta belleza.

Vas dando en el clavo.

No entiendo.

Entendés, solo que todavía no te permitís aceptar esto que estás entendiendo.

Qué cosa. No, no hace falta que me lo digas, sé muy bien lo que tengo que entender. Que queda mucha hermosura por contar todavía, y mucho absurdo, y mucha tristeza, y la vida no es eterna, mejor que lo tenga en cuenta, ¿no? Eso me querías decir. Pero no hace falta; mirá si no lo voy a tener en cuenta. Justamente hoy, que sentí, que todavía siento que soy vulnerable, que en cualquier momento pum.

Nos vamos acercando, bien. Y entre tanta hermosura, ¿qué fue lo más hermoso? ¿Cuál fue el regalo?

¿El regalo?

Con esa palabra lo pensaste; la palabra que después no pudiste recordar. Regalo. Y en ese momento se te ocurrió que esa palabra que había venido de la nada era por completo inexplicable. Porque no sabías, y al parecer todavía no sabés, qué clase de regalo era.

El iceberg, claro.

El iceberg, sí. Y mirá que hablaste en tu vida del iceberg.

Unos días antes, sin ir más lejos, en la clase sobre la escritura de cuentos que Greta había dado en Patagones les había hablado a sus alumnos sobre el iceberg. Del mismo modo (les dijo) que la parte visible de un iceberg está sostenida por la enorme masa de hielo que queda sumergida, un cuento se sostiene por la historia que hay debajo, la que no se dice pero sostiene e ilumina cada escena. Y, como suele suceder, los que consiguieron llegar a la médula de esa revelación tan sencilla se deslumbraron. Solo que, cuando dio esa clase, todavía no había hecho el viaje a los

glaciares. Recién al día siguiente tomó esa decisión alocada de sacar el pasaje de avión e irse al Calafate. Ahora, en la oscuridad del resonador y en medio del ruido infernal, empieza a entender que no es el único secreto deslumbrante que guarda el iceberg. *Ah, Hemingway querido, que tanto nos iluminaste a los aprendices del oficio* (piensa en el resonador): *ahora soy yo la que te puede dar una noticia sobre el iceberg*. Se ve a sí misma en el barquito de excursión, recorriendo los glaciares. Travesía luminosa. ¿Fue entonces que se le cruzó? No, no puede ser: cuando se le cruzó debían estar en la ruta ya que ella miró con atención un cartel que decía La Vitícola para no olvidarse de ese momento. Por qué. Por qué no debía olvidarse de ese momento, ni de ese viaje. Porque le venían sucediendo cosas tan sustanciales que ella sintió de pies a cabeza, como una corriente que la atravesaba y la hacía vibrar, sintió que se estaba preparando para algo esencial que aún desconocía. Necesito llegar a la médula de ese viaje, piensa en el resonador. Estamos en el barquito y no me alcanza la mirada para abarcar tanta belleza. Ahora, cerca del glaciar Upsala, el barquito se ha detenido. Ante mis ojos, deslumbrándome con su blancura majestuosa, está el iceberg. Me siento conmovida desde cada fibra de mi cuerpo; como ante alguien largamente admirado que ahora tengo frente a mí. Pienso: Puedo contemplarlo en todo su esplendor, soberbio e inamovible, porque una montaña sumergida, mucho más grande que esto monumental que estoy viendo, lo sostiene. Trato inútilmente de imaginar esa enorme masa de hielo inmersa en el mar cuando una explosión de agua me sorprende hasta hacerme gritar. No soy la única: un grito unánime ha salido del barquito, un torrente de agua se ha disparado hacia lo alto. ¿Qué ocurrió? Un pedazo del iceberg acaba de desprenderse, nos está explicando el guía. A veces sucede, ustedes tienen mucha suerte de haber visto este desprendimiento. Suerte, pienso, suerte es lo que necesito. Algo se mueve dentro de mí, algo que estoy tratando de definir; con vaguedad presiento que voy a poder descubrirlo. Y es entonces cuando, ante nuestros ojos, ocurre el regalo. Eso imponente, eso que un momento atrás llamé inamovible, está girando sobre sí mismo. No sucede con rapidez; es una alteración que lenta, cuidadosamente, está ocurriendo. Gira ante nuestros ojos como un gigantesco animal marino que jugara a darse un revolcón. Lo veo girar como quien asiste a un milagro. En los años que me queden por vivir no voy a olvidar ni el más pequeño detalle de este acontecimiento único: el lento volcarse de aquello que no parece hecho para la movilidad.

Hasta que todo movimiento cesa. Ahora está otra vez ante nosotros, imponente, inmóvil. El iceberg. Solo que ya no es blanco; ahora es de un azul esplendoroso. Y su forma no es aquella que le vi hace dos minutos.

Fue eso entonces, ahora entiendo: ese era el regalo. El iceberg que se ha desgastado, que ha perdido pedazos durante su larga existencia y que, cuando todo parecía definitivo, ha conseguido moverse, buscar un nuevo equilibrio, encontrar una nueva forma. Y ahí está. Tan bello como antes, tan imprescindible y único como antes, recortado contra el glaciar Upsala, con su vasto pasado sumergido y su nueva traza luminosamente azul emergiendo del mar. Es posible

entonces. Eso es lo que ahora mismo, con este ruido infernal y en medio de esta oscuridad, puedo contarte, querido Ernest. No todo estaba dicho sobre el iceberg. Pierde jirones, lo desgastan las olas y el tiempo. Y lo prodigioso es que, desgastado y faltándole partes de sí mismo y llevándose a cuestas su historia sumergida, es capaz de dar el giro que le hace falta y emerger radiante y azul y recién inventado. No se paró de cabeza, no me engaño: la vuelta del iceberg no me sirve para esa metáfora. Un matemático que estaba en el barquito lo dijo: No se engañen, no giró ciento ochenta grados (como ignorante pensé y otros habrán pensado), giró alrededor de noventa grados y no tan prolijo, ni lo sueñen, no tan prolijo como giran las aspas de un molino. Giró lo suficiente, me acuerdo que pensé; lo suficiente para encontrar su nuevo equilibrio. Su nueva forma. No menos hermosa que la anterior pero de una hermosura distinta, y con ese azul intenso que antes no existía; este azul inolvidable que el iceberg ha instalado en el mundo para nosotros. Ese es todo el secreto entonces. Animarse a buscar esa nueva forma. Animarse a saber que el deseo de los treinta años no es el mismo que el de ahora. Se me cayeron pedazos, y cuántos y con qué impiedad se me cayeron, ¿y?, ¿puedo jurar que esos pedazos me hacían mejor? ¿No seré más libre ahora, sin esa carga? Se me cruzan tantos episodios, tanta vida vivida da vueltas en mi cabeza que me marea la sola posibilidad de hacer algo con todo esto. ¡Qué libertad por delante, mi Dios! ¡Qué vértigo! No sé si me va a alcanzar la vida. Ya sé, no me hables, a esta altura ya no necesito que me hables. Lo sé, me animo a saberlo sin ayuda. No me va a alcanzar la vida. ¿Me da miedo? Un poco, por qué negarlo, pero ahí también está lo nuevo, ¿no? En esta instancia inédita de la muerte. Cómo soy, y qué soy capaz de hacer ante la cercanía de la muerte. Sí, ya sé, también con algo peor que la cercanía de la muerte: el cuerpo, claro, esta amenaza de que al cuerpo, ese cuerpo que corría y saltaba por las calles como si la vida fuera eterna, se le sigan cayendo pedazos. ¿Me da miedo? Me da miedo.

¿Y la cabecita, hermosa mía?

Shh, la cabeza va bien, no interrumpas que me las arreglo sola.

Mmm, demasiada fe en el pequeño y útil adminículo pero vuelvo a decirte, ¿tenés bien claro dónde estás desde hace media hora?

Cómo no tenerlo claro con este ruido infernal, Dios, casi me olvidé del ruido con tanto movimiento adentro de la cabeza. Nunca van a encontrar lo que hay ahí, por mucho que el resonador suene y hurguen y me atraviesen. Esta cabeza es mía y está a punto de descubrir el mundo. Mi Dios, qué lujuria. Un mundo por delante, y yo con la posibilidad de hacer con ese mundo todo lo hermoso de que sea capaz.

Epa.

Nada de epa. El iceberg gira, busca el equilibrio que le pide esta nueva circunstancia, lo encuentra, tiene una nueva forma y una nueva vida y un futuro de mirones embelesados que ni siquiera van a sospechar que esto bello y azul que están admirando no fue así desde siempre, que se le cayeron pedazos, que tuvo que reformularse, que hasta la historia sumergida tuvo que

reamoldarse. Pero el corazón sigue siendo el mismo. Y mi corazón, a pesar de los pedazos que se fueron cayendo y de los que todavía van a caer, sigue deseando algo único porque, para bien y para mal, revuelta y un poco maltrecha, yo también sigo siendo única. No sé qué voy a hacer. Pero sé que no va a ser eso que, engañosamente, creí seguir deseando con el deseo de la loca que fui. No me mires con esa cara; ya no cuestiono a esa loca: al fin y al cabo es la que me trajo hasta acá. No me arrepiento de nada: esta es mi historia, el único tesoro que tengo. Qué voy a hacer con ese tesoro; ah, incertidumbre; ah, tembladeral. Claro que tengo miedo. Se abre lo desconocido ante mí. Ahora entiendo lo que Albertina me quiso decir: hay otra nostalgia que no está atrás ni a los costados; la nostalgia de lo todavía nunca hecho. Y esa sí tiene reparación, ¿qué te parece? No me importa lo que te parece, ya no necesito enanas jodidas. Yo soy todo ahora. La enana, y la jodida, y también, ¿por qué no?, la módicamente sabia. Algo aprendí con nitidez: la vertical no se hizo para mí. Es un buen punto de partida, ¿no? Espero seguir viva para contarlo. Confío en que mi cabeza. Ya está.

¿Lo escuchó? Lo escuchó. Alguien ahí afuera acaba de decir: Ya está. Y el ruido se detuvo. Una mano se extiende hacia ella para ayudarla y ella se aferra a esa mano.

Mareada, cansada, ebria de vida, sale del resonador.

—¿Y mi cabeza? —le pregunta a la mujer que la está ayudando.

—Parece que sigue ahí —dice la mujer con una sonrisa.

—Es lo básico —dice ella—. Con eso me arreglo para lo que resta.

Aferrada al brazo de Marita Volkonski sale a la calle. Junto al camión, sentados en la vereda, están Marcos y Albertina. Greta señala la caja del camión.

—El escritorio es para Albertina —le dice a Marita. Después se dirige a Albertina—: Y vos no me mires con esa cara falluta de “no me lo merezco”; ni te imaginás hasta qué punto te lo merecés. Los cuadernos, eso sí, los leés y me los devolvés; después te presto los otros.

Se ríe para adentro, ¿robarme el alma?, vamos, las idioteces que una dice, quién puede robarme este caos rebosante. Echarle un vistazo tal vez, y hacer lo que pueda con el paquete. ¿Y? ¿Acaso hay algo más grato para un escritor que exponer el alma? Cuanto más turbia, mejor. Nadie me la puede robar, piensa; es bien mía y le queda tela para cortar todavía. El camión arranca. “Vamos amarraditos los dos”, canta Marita. Greta, Marcos y Albertina le hacen coro. Travesía luminosa, piensa Greta, y ahora se acuerda con claridad del momento en que lo pensó. Se siente parte de una procesión gozosa.

—No, no necesito que me acompañen —dice en la puerta de su casa; se ríe—. Quiero oficiar sola mi entrada al templo —mira a Marcos—. Y llamame mañana. La entrevista no terminó: tengo una primicia que darte.

Apenas entra en el estudio, Prascovia viene corriendo y se instala en la mesa, bajo la lámpara. Desde allí la mira, como esperando. Solo para indicarle que todo está en orden —o para indicárselo a sí misma— Greta enciende la máquina y entra en el Word. La página en blanco le provoca un vértigo que casi no se parece al miedo. Se le ocurre un título que supone provisorio y, a modo de ritual, lo anota. Piensa que, si esto fuera una novela, el pequeño acto que acaba de realizar instalaría un final feliz. La magia de los finales, piensa: son capaces de cristalizar la eternidad en un mero instante de escritura y gata resurrecta. Pero lo que le está pasando a ella no es una novela: es la incierta, accidentada, fulgurante aventura de la vida. Una aventura que ahora mismo, ante la página en blanco y bajo la mirada atenta de su gata, cree que va a ser capaz de saborear hasta la última gota.

Agradecimientos

A Sylvia Iparraguirre, escritora esencial, amiga única, que supo escucharme y compartir conmigo los incidentes, descubrimientos y virajes múltiples que, durante la escritura, nos fueron sucediendo a esta novela y a mí. Y que me regaló al final su lectura iluminadora.

A Julieta Obedman, editora, amiga, lectora apasionada, por quien me sentí comprendida y protegida en las diversas etapas de la escritura de este libro.

A Azucena Galettini, Romina Doval, Manuel Tacconi e Inés Arteta, por sus certeros comentarios y marcas que me ayudaron a *ver* la novela y seguir trabajándola.

A mi sobrino Esteban Tabak, quien, durante un divertido diálogo telefónico Nueva York-Buenos Aires, elaboró el sostén teórico de ese giro prodigioso que se mandó mi iceberg.



«Greta siente que la alegría la recorre como un vino. ¿Viste, tarada, que podías dar una entrevista y el lobo no te iba a comer? Años de cautela que le pesaban como un fardo caen de su cuerpo y la dejan liviana como un pájaro».

¿Puede una mujer reinventarse más allá de sus setenta años? ¿Puede un autor volver a sentir la urgencia de crear luego de décadas sin componer una sola obra nueva? Greta, que en el pasado brilló como escritora, vive retirada en compañía de su gata Prascovia. Atrás quedaron su fulgurante irrupción literaria a los veintidós años y su impactante segunda novela, que le otorgaron fama y prestigio. Desde entonces no ha dado entrevistas. ¿Qué pasó con ella?

Movidos por el deseo de descubrir el misterio, Marcos, estudiante de periodismo, y Albertina, una chica ávida de penetrar en la vida secreta de la autora, irrumpen en su casa y provocan una serie de situaciones disparatadas que dan paso al humor absurdo, uno de los tonos destacados de esta obra, y a que Greta, acuciada por una voz implacable que la interpela, remueva una historia que no quería contar y nos revele el complejo camino de la invención de sus tres libros.

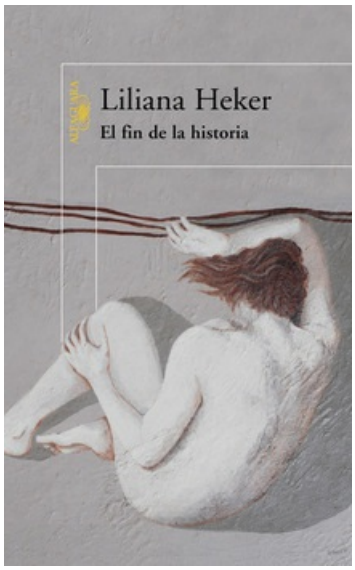
Sensibilidad y talento, visión sin concesiones de la madurez femenina y humor corrosivo dan cuenta de la magistral lección de narrativa de Liliana Heker en *Noticias sobre el iceberg*, su nueva y esperada novela.



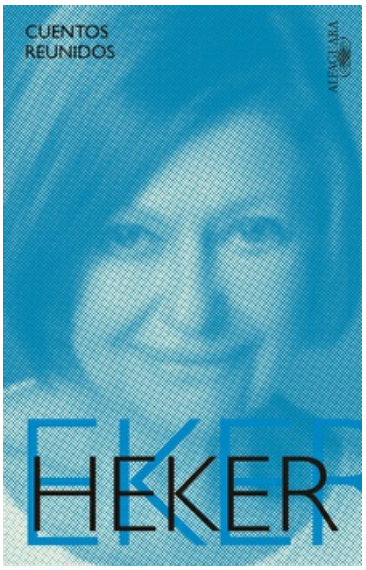
LILIANA HEKER

Es novelista, cuentista y ensayista. Junto con Abelardo Castillo, fundó y fue responsable de dos de las revistas literarias de mayor repercusión en la literatura latinoamericana: *El Escarabajo de Oro* (1961-1974) y *El Ornitorrinco* (1977-1986). Su primer libro de cuentos, *Los que vieron la zarza* (1966), obtuvo la Mención Única en el Concurso de Casa de las Américas, marcando el inicio de una prolongada y exitosa carrera literaria. A ese libro le siguieron: *Acuario* (cuentos, 1972), *Un resplandor que se apagó en el mundo* (nouvelle, 1977), *Las peras del mal* (cuentos, 1982), *Zona de clivaje* (novela, 1987; Primer Premio Municipal), *Los bordes de lo real* (cuentos, 1991), *El fin de la historia* (novela, 1996), *Las hermanas de Shakespeare* (ensayos, 1999), *La crueldad de la vida* (cuentos, 2001), *Diálogos sobre la vida y la muerte* (entrevistas, 2003) y *La muerte de Dios* (cuentos, 2011). En 2016, Alfaguara publicó sus *Cuentos reunidos* y en 2019, *La trastienda de la escritura*, donde narra su trabajo como formadora de escritores. Coordinó durante muchos años talleres literarios por los que han pasado varios de los mejores autores argentinos de la actualidad. Su obra está traducida a numerosos idiomas. Heker fue distinguida en 2010 con el Premio a la Trayectoria Esteban Echeverría, en 2014 con el Premio Konex de Platino y en 2018 recibió el Premio Nacional de Literatura, en la categoría Cuentos.

Foto de la autora: © Alejandra López







Otros títulos de la autora en penguinlibros.com

Heker, Liliana
Noticias sobre el iceberg / Liliana Heker. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara,2024.
(Hispánica)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-301-076-9

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



© Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané, inspirado en un diseño original de Enric Satué

© 2024, Liliana Heker

Edición en formato digital: abril de 2024
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-631-301-076-9

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

Noticias sobre el iceberg
Dedicatoria
Epígrafes
Hilda Wangel
La memoria de Uma Harán
Vera y el optimismo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de la autora
Créditos